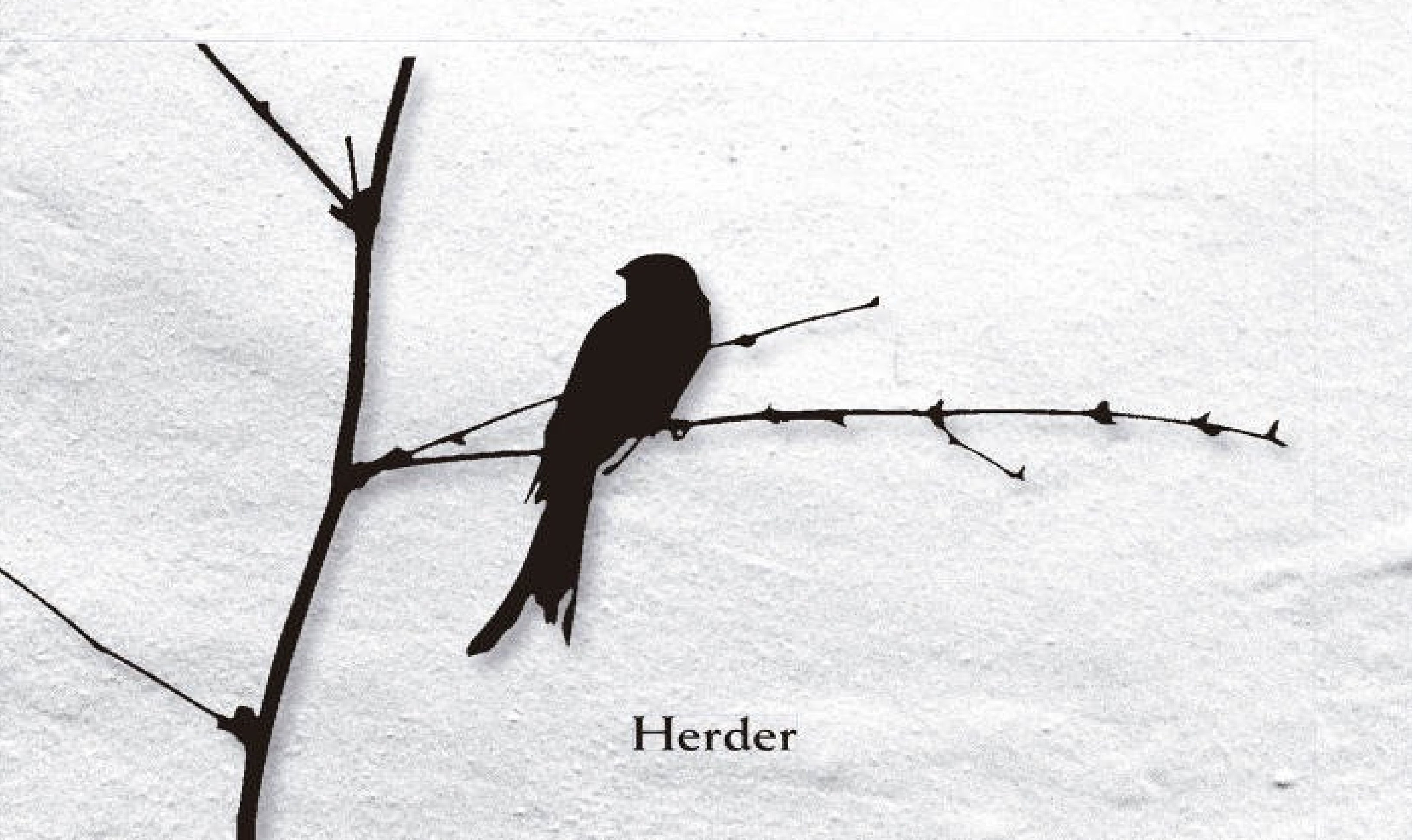
VIKTOR FRANKL

EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO



Herder

VIKTOR FRANKL

EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO

Traducción y edición
COMITÉ DE TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL

Prefacio
JOSÉ BENIGNO FREIRE

Herder

Títulos originales:
Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager
Man's Search for Meaning
From Death-Camp to Existentialism

Traducción y edición:
Comité de traducción al español (2015)

Diseño de portada: Ferran Fernández

3.ª edición, 1.ª impresión, 2015

Índice

PREFACIO

El escenario de *El hombre en busca de sentido* se dibuja sobre el atroz paisaje de la vida en los campos de concentración nazis. Enfocar esa tragedia en su conjunto amortigua el impacto de la turbación y es capaz de mitigar la sensación de crueldad del Holocausto. Al contemplar sus hileras de tumbas en perfecta simetría, el honroso cementerio de Auschwitz solo parece albergar una multitud de personas recordadas con una dignidad póstuma, tras una muerte sin sentido. Sin embargo, el panorama cambia radicalmente si, ante cada tumba, el espectador juega con la imaginación y percibe un sinfín de vidas malogradas: en ese hueco podría yacer una persona que, en plenitud de energías, emprendía un prestigioso proyecto profesional...; aquí, una madre que ha muerto con la angustia de ignorar cuál ha sido la suerte de unos hijos arrancados de su regazo...; allá —uno junto al otro—, un matrimonio, un hombre y una mujer que, tras sortear los avatares de una larga existencia, esperaban con sosiego envejecer juntos...; más allá, a una joven le abortaron los sueños de un feliz matrimonio...; todavía más allá, el cuerpo inerme de un niño o una niña que aún conserva la sonrisa, helada, de una vitalidad en expansión... Esa suma de sufrimientos silenciosos, más el infernal horror de la brutal monstruosidad, aciertan a vislumbrar el dramatismo y la barbarie de los campos de concentración...[1]

Una de aquellas vidas rotas fue la de Viktor Emil Frankl (1905-1997).[2]

Situémonos en los años cuarenta del pasado siglo en la ciudad de Viena. En esos tiempos, Viena aún ejercía un notable influjo y embrujo en los ambientes intelectuales de la época, por su mecenazgo en las artes y la cultura. Aquella «Viena —nadie lo puede negar o menospreciar— era un foco excepcional de la cultura, las artes y el civismo europeos. Se ha dicho bien que Viena es el último esplendor del pasado» (L. Brajnovic). Y, además, para un psiquiatra, Viena era el lugar de Sigmund Freud y de Alfred Adler. También de Viktor Frankl.

Viktor Frankl, por esas fechas, comenzaba a despuntar como un profesional prestigioso: se encontraba bien posicionado en los círculos médicos y académicos y disponía de una prometedora consulta privada. En 1940 había sido nombrado Director de la sección de Neurología del Hospital de Rothschild, que atendía únicamente a pacientes judíos; el hecho de que hubiese aceptado ese nombramiento suponía un desafío y una temeraria audacia, pues ya arreciaba la persecución nazi. Crecía su fama de profesor competente e ingenioso, y en los ambientes psiquiátricos aún resonaban, entre censuras y alabanzas, las públicas controversias de aquel joven médico con las

autoridades del momento: Freud y Adler.

Esas discusiones científicas lo encaminaron hacia una crítica-superación del psicoanálisis. Frankl recogió entonces en un texto sus aportaciones personales para una rehumanización de la psiquiatría, tanto teóricas (análisis existencial) como técnicas (logoterapia). El manuscrito ya se encontraba en fase de encontrar editor. Había depositado grandes esperanzas en ese libro...

Personalmente vivía el afectuoso y sereno ambiente familiar de siempre; de una familia de origen judío que empezaba a superar las penurias económicas gracias a los nuevos ingresos de Viktor. A ese remanso hogareño se unió la feliz boda con la joven Tilly Grosser (diciembre de 1941), también judía de origen.

Esa tranquilidad profesional y familiar chocaba con la situación de encrucijada social que se vivía en la calle. Ya había comenzado abiertamente la destrucción de sinagogas y el confinamiento y deportación de la población judía; una población dominada por el miedo y la angustia ante el futuro. La familia Frankl entendió el dramatismo de la situación y buscó una salida. La única alternativa sensata parecía la huida. Stella, la hermana de Viktor, huyó a Australia. El hermano intentó una salida hacia Italia como refugiado político; pero fue descubierto por los servicios de seguridad y lo deportaron, junto a su mujer e hijos, al campo de Auschwitz, y allí murieron.

Viktor Frankl consiguió un visado para emigrar a los Estados Unidos. Este visado le permitía la salida de Austria y le abría oportunidades inesperadas de desarrollo profesional, pero sus padres únicamente disponían de una documentación insegura, que no superaría el más ligero control de las autoridades. Además, como ya eran ancianos, quedarían ciertamente desvalidos si no contaban con la ayuda de ningún hijo.

La situación de sus padres planteó a Frankl una grave duda de conciencia: «¿Cuál era mi responsabilidad? ¿Ocuparme de mi obra o cuidar de mis padres?». Tras profundos titubeos optó por dejar vencer la visa. Fue una decisión heroica, aunque él lo cuenta con sencilla naturalidad: «Evidentemente el campo de concentración fue mi real prueba de madurez. No estuve obligado a presentarme —hubiese podido escapar de ello y emigrar a tiempo a Norteamérica—. Hubiese podido desarrollar la logoterapia en América, cumpliendo así con la misión de mi vida, pero no lo hice. Y así llegué a Auschwitz». Por supuesto, al dejar caducar el visado a Estados Unidos sucedió lo previsible: unas semanas después la familia Frankl fue deportada.

No es ese el único suceso que roza el heroísmo en la biografía de Frankl. Recordaré otro que atañe a nuestro asunto, tanto en lo personal como en lo profesional.

Ocurrió nada más entrar en Auschwitz. Los prisioneros debían desprenderse de todas sus pertenencias. Sin embargo, Frankl fue incapaz de renunciar al manuscrito que contenía su obra científica, y que ocultó en el primer registro. Intentó esconderlo en un

repliegue de su chaqueta, pero también se apoderaron de ella. Así lo cuenta Frankl:

> No nos entraba en la cabeza que nos lo quitarían todo, absolutamente todo.
>
> Intenté ganarme la confianza de uno de los prisioneros veteranos. Acercándome sigilosamente, señalé el fajo de papeles del bolsillo interior de mi abrigo y le dije:
>
> —Mira, es el manuscrito de un libro científico. Sé que me vas a decir que no puedo esperar nada en estas condiciones y que debo estar agradecido de salvar la vida. Pero no lo puedo evitar: necesito conservar este manuscrito como sea; es el trabajo de toda mi vida. ¿Comprendes?
>
> Parecía que comprendía. Empezó a esbozar una sonrisa, primero de compasión, luego burlona, insultante, hasta que soltó una palabra en respuesta a mi ansiedad, la palabra más omnipresente de la jerga del *Lager:*
>
> —¡Mierda!

Con una sorna macabra, y los correspondientes improperios, los guardias del campo rompieron el manuscrito en su presencia.[3] En dos o tres minutos destrozaron su trabajo y sus investigaciones de años:[4] aquel libro en el que había depositado tantas esperanzas.

Pese a todo, la historia del manuscrito continúa:

> En el invierno y la primavera de 1945 se desató una epidemia de tifus que contagió a muchos reclusos. [...] Algunos síntomas de la enfermedad eran extremadamente desagradables: la irreprimible aversión a la comida, que incrementaba el peligro de muerte, y los horribles ataques de delirio. [...] Para no sucumbir a esos aterradores ataques intentábamos no dormir. Yo lo lograba improvisando conferencias imaginarias, y me propuse reconstruir el manuscrito perdido en la cámara de desinfección: garabateaba en taquigrafía las palabras esenciales en pequeños trozos de papel.

Fueron dieciséis noches de fiebre, en vela. Esperaba que aquellas notas le sirvieran de guión para rehacer el libro si alguna vez era liberado. Este suceso ocurrió en el campo de Türkheim y el libro era *Psicoanálisis y existencialismo*.[5]

Alcanzado este punto, conviene interrumpir la narración para formular un comentario. Uno de sus biógrafos, Alfried Längle, hace especial hincapié en el posible riesgo de desvirtuar la figura de Frankl si enfatizamos demasiado los hechos heroicos que señalan su vida. Lo dice así: «Más allá de toda la veneración que merezca como hombre, y de todo el respeto que pueda sentirse por su contribución humana y científica, Frankl no debe ser eximido de la discusión crítica. Debe ser inteligible para nosotros, comprensible, tangible, y también debe poder llegar a ser piedra de escándalo y de contradicción. De este modo, su vida y su obra seguirán vivas entre nosotros y no estarán en las alturas de un pedestal, ajenas a la vida cotidiana, inalcanzables, expuestas solo al polvo de la historia». El comentario es acertado y mesurado. Frankl es un científico y debe ser juzgado y evaluado según su pensamiento y quehacer psiquiátrico. Su figura y su

magisterio se engrandecen a la par de sus aportaciones y descubrimientos profesionales, tanto médicos como antropológicos.

Bien es verdad que la personalidad de las figuras históricas puede erigirse en un icono de referencia para la población en general. Sus opiniones y gestos suelen trascender el espacio de su estricto magisterio profesional. Pero también es cierto que algunos entusiastas de Frankl exageran al presentarlo como un hombre deslumbrantemente heroico, inigualable. Y ese no era el hombre Frankl.

La biografía de Frankl, como la de los grandes hombres, se sustenta en la paradoja de los contrastes: tanto en la naturalidad con que asume sus éxitos como en la fortaleza para superar los fracasos; desde la intensidad de sus pasiones y proyectos, hasta la hondura de sus desencantos... Los hombres ilustres siempre recomienzan, y eso los convierte en admirables e imitables. Para hacerse imitable no se precisa esconder algún suceso oscuro o denigrante, pero sí resulta necesario percibir el ángulo frágil de su entereza...

Y Frankl también presenta un ángulo frágil... No necesitamos curiosear en su vida: Frankl reconoció a Haddon Klingberg, otro de sus biógrafos, el largo nihilismo existencial de su juventud, y que no en todas las épocas de la vida vivió de acuerdo con sus principios. Y nos consta, además, que sufrió desgarradores decaimientos...

El primero ocurrió a las pocas semanas de su entrada en Auschwitz. Al igual que la mayoría de los prisioneros, experimentó el *shock* del internamiento, con su correspondiente desplome del ánimo, a lo que vino a sumarse la ausencia de su mujer, embarazada de su primer hijo, la muerte de su padre, tras una horrible agonía, y la despedida de su madre en el campo de Theresienstadt, con el convencimiento de verla por última vez. Vio desbaratados los esfuerzos profesionales de dos décadas y, como sus compañeros de reclusión, comenzó ya a notar los síntomas típicos del rigor de la vida en el campo: extenuación, malnutrición, vestimenta escasa y harapienta, piojos, edemas, enfermedades, congelamiento, hambrunas... Y a todo ello se ha de añadir la presunción de un futuro pavoroso, que hasta les hacía mirar a la muerte con un cierto desdén. En tales condiciones, en el campo Kaufering III se dejó abatir por una insidiosa desesperanza... En medio de ese desaliento sostuvo una larga conversación con su amigo Benscher, al que había canjeado un cigarrillo por una sopa aguada con algo de sabor a caldo. Benscher llegó a ser un famoso actor de la televisión austríaca. Años después Frankl reconoció públicamente que, con aquella conversación, Benscher lo devolvió a la vida.

El segundo intenso decaimiento lo padeció a los pocos meses de la liberación, que llegó el 27 de abril de 1945. Con la ansiada liberación no terminaron los sufrimientos. Disminuir la tensión acumulada en los años de internamiento tomaba su tiempo, muy lento; Frankl se encontraba físicamente exhausto y psicológicamente débil. Pasó unos

meses de convalecencia en Múnich, donde se enteró de la muerte de su madre: no había superado la selección, por lo que entró directamente en las cámaras de gas de Birkenau. Después se confirmó la muerte de su mujer. La añoranza de su mujer despertó en Frankl el último e imborrable recuerdo vivido junto a ella. Los nazis no permitían dar a luz a las mujeres judías, y por eso fue forzada a abortar al ingresar en Auschwitz. Antes de consumarse el aborto, Frankl y su mujer decidieron dar nombre a la criatura: Harry o Marion, según hubiese nacido hombre o mujer. De ahí la aparentemente enigmática dedicatoria de su libro *Psicoterapia y humanismo:* «Para Harry o Marion, que no han nacido todavía».

No llegó a Viena sino hasta agosto. De acuerdo con un sencillo balance, la situación se presentaba desoladora: sin familia, sin hogar ni cobijo, sin dinero, sin trabajo, casi sin amigos... La mayoría de sus conocidos habían muerto en los campos, los pocos que regresaron se encontraban en su misma condición de precariedad, y aquellos que permanecieron en Viena comenzaban a caer en desgracia por su pasado pro-nazi. No tenía nada ni a nadie, de nuevo lo atacó la insidiosa desesperanza...

Fue a desahogarse con su amigo y vecino Paul Polak. Al recordar la muerte de sus padres y de su mujer, Frankl no consiguió reprimir su llanto, un prolongado llanto. Al atardecer visitaron al doctor Tuchmann, por si aún conservaba algún contacto para abrirle alguna puerta a Frankl. Tuchmann, con realismo, les expuso las dificultades para encontrar trabajo en aquellos tiempos; no obstante, prometió tratar el asunto con máximo interés. Al despedirse de Tuchmann y de Polak, Frankl se siente aturdido y derrotado... Pero esta vez se conjuró consigo mismo para rehacer aquel libro suyo con la ayuda de las notas que había tomado en el campo.

La tarea resultó más sencilla de lo previsto, porque Paul Polak guardaba una vieja copia del manuscrito que Frankl le había entregado en custodia, junto con otros recuerdos familiares, la noche anterior a su deportación. Frankl lo había olvidado. Con los apuntes del campo y el viejo manuscrito, pronto acabó la redacción definitiva de *Psicoanálisis y existencialismo*. Tuchmann le ofreció un puesto de neurólogo, inicialmente provisional, que le procuró los recursos mínimos para alquilar una habitación y sobrevivir decorosamente. También conoció a Eleonore Katharina Schwindt, una enfermera de ojos vivarachos y de una dulzura cautivadora. En definitiva, Frankl recobraba, pausadamente, el vigor físico y psíquico, y también la ilusión.

El éxito de *Psicoanálisis y existencialismo* —tres ediciones en el mismo año— resultó uno de los factores principales para reintegrar a Frankl en los afanes de la vida cotidiana. Parecía casi recuperado; sin embargo, notaba un ligero desasosiego afectivo que repercutía en su ánimo, ahora frágil y tornadizo. Comprendió que, en su interior, aún continuaba abierta la herida de la salvaje indignidad sufrida en el *Lager*. Debía cicatrizar,

con presteza. Eligió la catarsis como terapia. Para ello decidió refundir en un escrito las atrocidades vividas en el campo, suponiendo que al verbalizarlas liberaría su pesada carga emocional. Y así nació la idea de este libro...

Conviene retratar la escena. Debemos situarnos en una Viena sumida en la pobreza y afanada en la tarea de la reconstrucción (diciembre de 1945). Frankl vive en una habitación de alquiler, con pocos muebles, bastante destartalados, con una luz escasa y con las ventanas tapadas con tablones debido a la falta de cristales. Cada amargo recuerdo aviva con crudeza sus sentimientos. Formula y reformula cada frase hasta encontrar la palabra adecuada, intenta expresarse con la precisión con la que un cirujano maneja el bisturí. Trabaja a ritmo frenético, deambulando por la habitación de un extremo a otro. Tres secretarias, por turnos, transcriben taquigráficamente el torrente de pensamientos dictados por Frankl. De vez en cuando, rendido y conmovido, se sienta en una silla y llora...; las secretarias respetan discretamente aquella irrefrenable erupción de emociones y sufrimientos. En nueve días la obra estaba concluida. En esos nueve días Frankl limpió de su intimidad hasta la más mínima mota de rencor o resentimiento. No olvidó la experiencia de los campos, pero sí superó su experiencia personal.[6]

La crónica de ese libro es sugestiva. Apareció por primera vez en 1946 con el título *Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager (Un psicólogo en un campo de concentración)*. Los pocos ejemplares de la primera edición se vendieron con rapidez. Debido a ello, enseguida publicaron una segunda edición más numerosa; pero esta vez la obra pasó prácticamente desapercibida, hasta el punto de que la mayoría de los ejemplares se ofrecieron en saldos o terminaron en la guillotina. Parecía incomprensible el comportamiento desigual de las dos ediciones. Por eso Frankl consultó con Deuticke, su editor. Este, para animarlo y aleccionarlo sobre los caprichosos itinerarios de ciertos libros, le contó las peripecias comerciales de *La interpretación de los sueños* (Freud) —una de las obras cumbre del psicoanálisis—, que también pertenecía a su fondo editorial. En 1900 se publicó una primera edición de mil ejemplares; cien se destinaron a reseñas y, por tanto, solo salieron a la venta novecientos ejemplares. Las novecientas copias tardaron en venderse... ¡diez años! Y tiempo después se convirtió en un libro universal.

El libro se tradujo al inglés —a pesar del fracaso de la edición alemana— bajo el título *From Death-Camp to Existentialism (Desde el campo de la muerte al existencialismo)*, también con escasísimo éxito (1955 y 1959). Únicamente se vendieron unos cientos de copias. La Beacon Press lo catalogó como «libro enfermo»; lo cual significa, en el lenguaje editorial, un libro sin posibles lectores. En 1961 el profesor Gordon Allport sugirió a Gobin Stair, director de la Beacon Press, una nueva edición del libro. La Beacon Press consintió en publicarlo por deferencia a Allport, uno de sus autores estrella por aquellos tiempos. Pusieron como condición que Frankl añadiera al texto original una

breve exposición de los conceptos básicos de la logoterapia. Con este nuevo formato el libro salió al mercado con el título *Man's Search for Meaning (El hombre en busca de sentido)*. El comportamiento del libro cambió de signo y la obra encontró lectores de forma paulatinamente arrolladora. El éxito de esta edición fue deslumbrante: hizo olvidar el título original en alemán, se convirtió en modelo para las nuevas ediciones y en el texto para las siguientes traducciones a otros idiomas. Aunque el estallido definitivo tardó un par de años más. Lo recuerda el propio Viktor Frankl: «En el año 1963 la Washington Square Press se encargó de la edición de bolsillo con el nuevo título *Man's Search for Meaning* y, a pesar de seguir ignorado por los grandes periódicos y revistas, los lectores comenzaron a recomendar el libro, uno a otro».

A partir de ahí se convirtió en un éxito mundial, ya que la obra se ha traducido a cerca de treinta idiomas.[7] Ese giro comercial también manifiesta la paradójica relatividad del éxito: de «libro enfermo»... a ser declarado por la Library of Congress, en Washington, como uno de los diez libros de mayor influencia en Estados Unidos en el siglo XX. De ser silenciado en las asociaciones y revistas científicas hasta ser considerado por Karl Jaspers como «uno de los pocos grandes libros de la humanidad». Una opinión similar ya había sido aventurada por el profesor Gordon Allport en el prólogo de aquella primera exitosa edición norteamericana: «Recomiendo calurosamente esta pequeña obrita, por ser una joya de la narrativa dramática centrada en torno al más profundo de los problemas humanos. Su mérito es tanto literario como filosófico y ofrece una preciosa introducción al movimiento psicológico más importante de nuestro tiempo». Tal vez este último comentario suponga más un halago merecido que un frío juicio científico. No obstante, es justo reconocer que *El hombre en busca de sentido* merece inscribirse entre las obras cumbre del patrimonio intelectual de la humanidad: por la profundidad de sus intuiciones psicológicas, pero también por la belleza de su prosa; y también por ese amable humanismo que retrata con claridad la capacidad de grandeza y de miseria que anida en el interior del hombre, convirtiéndose en un canto esplendoroso a la libertad. Por la mesura de sus juicios y la sutileza de su pluma, Frankl consigue infundir ganas de vivir al contar la bestialidad humana de la vida en el *Lager*. Describe los acontecimientos con la imparcialidad de un testigo, jamás se arroga la posición de juez. «Vale la pena leerlo todavía, porque no destila ni una gota del resentimiento o del espíritu de venganza, y ni siquiera del sadomasoquismo habitual en este tipo de literatura» (Joan Baptista Torelló). En definitiva, *El hombre en busca de sentido* es un libro sabio, admirable y sorprendente.

El libro sorprende porque es mucho más que un texto autobiográfico o testimonial. En efecto, aunque narra sucesos vividos por Frankl en los campos de concentración nazis, *El hombre en busca de sentido* no es, propiamente, un libro autobiográfico o un libro

testimonial, ni por el propósito ni por la intención. Todavía más: Frankl decidió publicar el libro anónimamente, firmarlo sencillamente con su número del *Lager*. Fueron sus amigos más cercanos, y el editor, quienes lo convencieron de lo contrario, argumentando que una publicación de esas características, sin una firma que la respaldase, perdería credibilidad y carecería de un oportuno sello de autenticidad. Conservamos una prueba evidente de esa determinación de Frankl: en la portada de la primera edición alemana no aparece el nombre del autor; sin embargo, sí figura en la portadilla. Es decir, ya se encontraba estampada la portada cuando Frankl aún mantenía su decisión de publicarlo anónimamente.

En definitiva, y básicamente, es un texto de psicología... Así lo declara Frankl, con rotundidad, desde el inicio. Me serviré de sus propias palabras: el libro procura «responder a la pregunta: ¿Cómo se veía afectada la psicología del prisionero por el día a día en un campo de concentración?». Es contundente, no deja lugar a dudas. Fíjense: el primer apartado del libro —tras una breve introducción— se titula: «El informe del prisionero n.º 119.104. Un ensayo psicológico». Y el «ensayo psicológico» comienza así:

> Debo resaltar que este texto, el informe del prisionero n.º 119.104, no pretende contar mis vivencias en el campo de concentración. Mi intención es describir, con mi experiencia y desde mi perspectiva de psiquiatra, cómo vivía el prisionero normal en el campo y cómo esa vida influía en su psicología.[8]

Se trata de un libro de psicología redactado sin la textura de una obra científica, lo cual facilita su lectura, la hace comprensible y amena. Y sugerente. Es muy común que los temas de psicología resulten sugestivos para el público en general, porque desvelan los orígenes del comportamiento y los dinamismos del psiquismo: permiten bucear por las complejas profundidades del mundo interior. Pues bien, en *El hombre en busca de sentido* asoma esa sabiduría psicológica casi inadvertidamente: mientras la crudeza de la historia mantiene la atención del lector, Frankl describe con precisión los cambios psicológicos operados en los reclusos del campo.

Además, redobla su atractivo porque, no sin cierta paradoja, la psicología de *El hombre en busca de sentido* se asienta sobre la teoría de la personalidad del hombre normal. Por eso me entretuve en detallar las circunstancias de la redacción de *Psicoanálisis y existencialismo*. Recordemos que Frankl ya había formulado su pensamiento psicológico y psiquiátrico con anterioridad a su ingreso en el *Lager*. Todo parecía desbaratarse con la ruptura del manuscrito. Sin embargo, Frankl reaccionó afrontando la vida en el campo como una oportunidad para «vivir, sufrir y morir según aquel libro». Es decir, los análisis psicológicos que Frankl efectúa en el campo se rigen

por las leyes y las aportaciones de la doctrina contenida en *Psicoanálisis y existencialismo*.[9] Por ello, uno de los mayores méritos de *El hombre en busca de sentido* radica en ratificar y validar la teoría frankliana sobre el hombre.[10]

Pero sin radicalizar el juicio, por supuesto. Resulta obvio que, en aquel «laboratorio de seres humanos que era el campo» (Jean Samuel), Frankl pudo experimentar situaciones impensadas e insospechadas para ahondar en el conocimiento del hombre. Él alude especialmente al sufrimiento, presente en el *Lager* en todas sus modalidades e intensidades. Estudió con detalle sus efectos en el psiquismo y observó cómo algunos reclusos se abatían o degradaban ante el sufrimiento, mientras otros parecían madurar interiormente. De esa observación dedujo que no es el sufrimiento en sí mismo el que madura o enturbia al hombre, es el hombre el que da sentido al sufrimiento. Hasta tal punto resulta esencial la postura del hombre que Frankl le arrancó al *Lager* una gran lección existencial: «El sufrimiento, en cierto modo, deja de ser sufrimiento cuando encuentra un sentido...».

Esa conclusión arraiga en los cimientos de su psicología: *el sentido de la vida*.[11] ¿Cuál es el concepto de *sentido de la vida* en Frankl? Conviene precisarlo porque, con frecuencia, en el lenguaje coloquial el sentido se confunde con el significado. Por sentido de la vida, en el habla común, tendemos a considerar la filosofía o las creencias personales, la visión global sobre la existencia, los proyectos vitales... En definitiva, algo abstracto y omniabarcante. A ese sentido trascendente o general Frankl lo denomina *metasentido*, o con expresiones similares. Frankl no niega, ni reniega, del sentido trascendente de la existencia, del metasentido; por el contrario, lo presenta como una prueba de la primacía de la *dimensión espiritual* en la estructura ontológica del hombre, y la espiritualidad[12] constituye la noción axial de la antropología de Viktor Frankl. Pero las funciones del *metasentido* y las del *sentido de la vida* son distintas. El concepto frankliano de *sentido de la vida* no se sitúa tanto en el análisis intelectual de la existencia como en el plano del comportamiento; es algo cercano, concreto: es más «una cuestión *de hecho* que de *fe*».

Procuraré explicarlo con otro suceso de la vida de Frankl. El horror del *Lager* creaba su propia jerga. Una de las expresiones más temidas eran los *traslados*. Con el eufemismo de «traslado de campo» los nazis solían encubrir el envío de prisioneros directamente hacia las cámaras de gas. En cierta ocasión, el nombre de Frankl apareció en la lista del siguiente *traslado*. Sus amigos se sentían consternados e intentaron, por todos los medios, borrarlo de la temida lista. No lo consiguieron, ni Frankl lo consintió. En la densa espera para subir al camión, Frankl ruega a un camarada el favor de custodiar su *última voluntad:*

> —Escucha, Otto, si no regreso a casa con mi mujer y tú la vuelves a ver, dile, en primer lugar, que hablábamos de ella todos los días, a todas horas. Recuérdalo. En segundo lugar, dile que la he amado más que a nadie en el mundo. Y en tercer lugar, que el breve tiempo de felicidad de nuestro matrimonio me ha compensado de todo, incluso del sufrimiento que aquí hemos tenido que soportar.

¡Eso es el sentido...! Esa *última voluntad* perdería valor de autenticidad si se interpretara en clave emocional o sentimental; recordemos que son palabras pronunciadas por una persona ante la certeza de una muerte cercana... El sentido de la vida, en su acepción frankliana, es así de natural: amores, amistades, proyectos, obligaciones, ilusiones, nostalgias...,[13] todo aquello capaz de servir de palanca para la acción concreta y cotidiana. Y son, precisamente, esas acciones concretas y cotidianas las que completan el sentido de una vida, el día a día de una vida: «No hay nada en el mundo que sea tan capaz de consolar a una persona de las fatigas internas o las dificultades externas como el tener conocimiento de un deber específico, de un sentido muy concreto, no en el conjunto de su vida, sino aquí y ahora, en la situación concreta que se encuentra».[14] Aquí se esconde otra de las insólitas sorpresas de *El hombre en busca de sentido:* se analizan las excepcionalmente brutales condiciones de los prisioneros sobre una falsilla que resalta la importancia psicológica de lo ordinario. Paradójicamente, la lectura de tanta atrocidad conduce al lector hacia el cumplimiento del deber cotidiano. Y esa es la mejor descripción del significado del *sentido de la vida* en Viktor Frankl.

He de reconocer que la historia del libro me distrajo de la vida del autor. Retomo el hilo. Lo abandonamos en aquella maltrecha habitación en la que, en diciembre de 1945, dictaba *El hombre en busca de sentido*. Por mediación del doctor Tuchmann, como ya hemos dicho, Frankl retornó a su actividad médica en la sección de neurología del Policlínico. El puesto, inicialmente provisional, pasó a definitivo en poco tiempo. Ese trabajo le procuró la justa holgura económica para alquilar, poco a poco, otras habitaciones del inmueble, hasta quedarse como único inquilino. Esta nueva situación le permitía soñar en la boda con Eleonore Katharina, que se celebraría a mediados de 1947. Al año siguiente ganó la Cátedra de Neurología y Psiquiatría en el Ateneo Vienés y, a continuación, se doctoró en Filosofía.

A partir de la década de los cincuenta la actividad y el prestigio profesional de Viktor Frankl en Austria y Europa central crece de forma gradual y progresiva. Su naciente notoriedad la ganó por el reconocido éxito de *Psicoanálisis y existencialismo*, su fama de conferenciante profundo y ameno y su valiente postura al no admitir la teoría de la «culpa colectiva». El rechazo de la «culpa colectiva» le costó enfrentamientos con grupos influyentes y algún desencuentro con la sinagoga de Viena. Pero, a su vez, ese clima de figura controvertida, al que se sumaban sus antiguas controversias con los

maestros del psicoanálisis, aumentó su reputación como docente en Psiquiatría y Neurología en la Universidad de Viena.

En la década de los sesenta el nombre de Viktor Frankl alcanzó resonancia mundial. Arrancó en el seminario que impartió en la Universidad de Harvard (1961) sobre los fundamentos antropológicos y la técnica clínica de la logoterapia, al aceptar la invitación del profesor Gordon W. Allport. El proceso de la invitación a ese seminario esconde una historia de amistad sincera. Frankl, en deferencia a su antigua amistad y magisterio, enviaba un ejemplar de sus publicaciones a Rudolf Allers, psiquiatra vienés exiliado en Estados Unidos. Allers nunca contestó a esos envíos. Sin embargo, remitía esas publicaciones al profesor Allport, quien por aquella época gozaba de un acreditado prestigio internacional. Allport conoció el pensamiento de Frankl por los libros remitidos por Allers, y así lo invitó a su famosa cátedra.

Aquel seminario significó un punto de inflexión en la difusión del pensamiento y la obra de Viktor Frankl. A partir de ahí, por la novedad de sus aportaciones psicológicas y la fama de orador brillante, es reclamado en infinidad de foros de todas las latitudes. Desde esa fecha los datos documentados de su currículum resultan abrumadores: treinta libros publicados, casi todos traducidos, al menos, a cuatro o cinco idiomas; cerca de doscientas invitaciones de distintas universidades en treinta y cuatro países; Presidente de la Sociedad Médica de Psicoterapia de Austria; alienta y preside los nacientes institutos y fundaciones de logoterapia erigidos en los cinco continentes; Director del Instituto de Logoterapia de la Universidad de San Diego (California) y profesor visitante de Harvard, Stanford, Pittsburgh, Filadelfia, Dallas. Recibe la prestigiosa distinción de «Doctor Honoris Causa» por veintinueve universidades...

¿Y el futuro? ¿El futuro de *El hombre en busca de sentido*? Le trasladé esa pregunta a Joan Baptista Torelló, uno de sus más lúcidos tratadistas y amigo personal de Viktor Frankl. Me respondió que, «¡sin ser profeta!», le auguraba un largo recorrido, porque este libro no envejecerá, o envejecerá muy lentamente, ya que se acerca a las entrañas de las experiencias humanas explicándolas desde su origen constitutivo —¡la unidad!—: Frankl mira más allá de la visión materialista, pues jamás olvida la dimensión espiritual del hombre; mira más allá de la visión espiritualista, porque jamás olvida su condición de médico.

JOSÉ BENIGNO FREIRE
Facultad de Educación y Psicología
Universidad de Navarra

EL HOMBRE
EN BUSCA DE SENTIDO

PRIMERA PARTE

UN PSICÓLOGO
EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN

A la memoria de mi madre

«Un psicólogo en un campo de concentración». Este libro no pretende ser un informe sobre hechos y sucesos, sino el relato de experiencias personales, experiencias que han sufrido millones de personas una y otra vez. Es la historia del interior de un campo de concentración, contada por uno de sus supervivientes. No se ocupa de resaltar los grandes horrores, que en otros lugares ya han sido descritos exhaustivamente —y no siempre se han creído—, sino que se detiene en los pequeños sufrimientos diarios. En otras palabras, intentará responder a la pregunta: «¿Cómo se veía afectada la psicología del prisionero por el día a día en un campo de concentración?».

La mayoría de los sucesos que aquí se describen no ocurrieron en los grandes campos, los más famosos, sino en los pequeños, donde tuvo lugar la mayor parte del exterminio real. Este no es un libro sobre el sufrimiento y la muerte de grandes héroes y mártires o prisioneros de renombre, ni sobre la crueldad de los *kapos*[1] —prisioneros especiales que gozaban de la confianza de los guardias de las SS—. No se ocupa, por tanto, del dolor de quienes ostentaban algún poder, sino de los sacrificios, el padecimiento y la muerte de muchas víctimas anónimas y olvidadas. Los *kapos* despreciaban particularmente a estos prisioneros normales y corrientes, aquellos sin un brazalete distintivo en la manga. Mientras que estos reclusos comunes no tenían nada o casi nada que llevarse a la boca, los *kapos* nunca pasaban hambre; de hecho, para muchos *kapos* su estancia en el campo fue la mejor etapa de su vida, antes y después del cautiverio. A menudo trataban a los prisioneros con mayor crueldad que los guardias y los golpeaban con más saña que los miembros de las SS. Los *kapos* eran elegidos exhaustivamente entre los reclusos cuyo carácter y actitud revelaban que eran aptos para tales procedimientos, y si no cumplían su cometido, enseguida se los destituía. En poco tiempo se asemejaban a los guardias y a los miembros de las SS, hasta el punto de que se los puede incluir en un mismo perfil psicológico.

Quienes nunca han pisado un *Lager*[2] se hacen una idea equivocada de la vida en un campo de concentración, mezclando sentimentalismo y compasión. Desconocen la lucha por sobrevivir que extenuaba a los prisioneros, especialmente en los campos pequeños: la lucha diaria por un trozo de pan, por mantenerse vivo o salvar a un amigo. Tomemos como ejemplo un traslado oficialmente anunciado para llevar a cierto número de prisioneros a otro campo; no era difícil adivinar el destino de esos prisioneros: la cámara de gas. Se seleccionaba a los enfermos, a los más débiles, a los que no podían trabajar, para enviarlos a uno de los grandes campos centrales, equipados con cámaras de gas y crematorios. El anuncio del traslado suponía la señal que desencadenaba una encarnizada lucha entre los prisioneros, o entre distintos grupos, para conseguir, del modo que fuera, tachar de la lista el propio nombre o el de un amigo. Todos éramos conscientes de que había que encontrar otra víctima para sustituir el número borrado; la cantidad estipulada de trasladados no podía alterarse. Seguir vivo exigía la muerte de otro.

A las autoridades del *Lager* solo les importaba que se cubriera cada traslado con el número previsto de prisioneros. Les daba igual quiénes estaban incluidos en la lista. Los prisioneros eran un número, y eso era lo que constaba en el traslado. Al entrar en el *Lager* —ese era al menos el método practicado en Auschwitz— se despojaba a los prisioneros de todas sus pertenencias, incluidos los documentos de identificación, circunstancia que algunos aprovecharon para adoptar otro nombre o atribuirse una profesión igualmente ficticia; y por los más diversos motivos muchos lo hacían. A las autoridades del campo les interesaba únicamente el número del prisionero, un número que tatuaban en la piel, y que había que llevar también cosido en un determinado lugar del pantalón, la chaqueta o el abrigo. Los guardias nunca utilizaban el nombre del prisionero; si querían presentar una queja sobre algún recluso —casi siempre por «pereza» en el trabajo— les bastaba mirar el número (¡cómo temíamos esas miradas por sus posibles consecuencias!) y apuntarlo en su libreta.

Volvamos al convoy a punto de partir. No teníamos tiempo, ni ganas, para consideraciones morales o éticas. Nos aferrábamos a un pensamiento obsesivo: seguir vivos para volver con la familia o salvar a un amigo. En esas condiciones no se dudaba en arreglar las cosas para que otro prisionero, otro «número», se incluyera en la lista del traslado.

Como ya he mencionado, la selección de los *kapos* era por vía negativa; para esa tarea se elegía exclusivamente a los prisioneros más brutales (aunque, por suerte, hubo algunas felices excepciones). Pero además de esta selección de los *kapos* llevada a cabo

por las SS, y que podríamos llamar «activa», se producía una continua autoselección «pasiva» entre todos los reclusos del campo. En general lograban sobrevivir solo aquellos prisioneros que, endurecidos tras años de deambular por distintos campos, habían perdido todos los escrúpulos en su lucha por la supervivencia, y para salvarse recurrían a cualquier medio, honrado o deshonroso, sirviéndose incluso de la fuerza bruta, el robo o la traición a sus amigos. Los escasos afortunados que sobrevivimos, gracias a una concatenación de casualidades o milagros —llámese como se quiera—, estamos convencidos de que *los mejores no regresaron.*

EL INFORME DEL PRISIONERO N.º 119.104
UN ENSAYO PSICOLÓGICO

Debo resaltar que este texto, el informe del prisionero n.º 119.104, no pretende contar mis vivencias en el campo de concentración. Mi intención es describir, en virtud de mi experiencia y desde mi perspectiva de psiquiatra, cómo vivía el prisionero normal en el campo y cómo esa vida influía en su psicología. Al describir, desde la profesión psiquiátrica, la psicología del prisionero medio, debo señalar —no sin orgullo— que yo fui un preso ordinario; allí no ejercí la psiquiatría, ni trabajé como médico, excepto las semanas anteriores a la liberación. Unos pocos colegas tuvieron la suerte de ser reclutados para aplicar rudimentarios vendajes de papel en puestos de primeros auxilios, con la ventaja de que podían gozar de una precaria calefacción. Pero yo permanecí la mayor parte de mi tiempo de internamiento cavando y tendiendo traviesas para el ferrocarril. En cierta ocasión me asignaron la tarea de abrir un túnel bajo una carretera para la instalación de una tubería, sin ninguna ayuda. Este trabajo no quedó sin recompensa: me reportó dos llamados «cupones de regalo», que recibí antes de la Navidad de 1944. La empresa constructora pagaba a las autoridades del *Lager* un precio fijo por día y prisionero; prácticamente nos habían vendido como esclavos. Nos daban «cupones de regalo», que a la empresa le costaban unos cincuenta *pfennig* cada uno. Los cupones constituían un preciado capital, ya que durante varias semanas —aunque se corría el riesgo de que perdieran su valor— se podían canjear por cigarrillos: un cupón equivalía a seis cigarrillos. Me convertí en el afortunado propietario de doce cigarrillos, y esos valiosísimos cigarrillos, a su vez, podían cambiarse por doce raciones de sopa, y esas raciones de sopa eran un remedio para el hambre, al menos durante dos semanas.

Los reclusos comunes nunca fumábamos los cigarrillos conseguidos: se cambiaban por alimentos. El privilegio de fumar, con una cuota asegurada, estaba reservado a los *kapos;* a veces, también algún prisionero que trabajaba de capataz en un almacén o taller recibía cigarrillos como compensación por alguna tarea peligrosa. Pero si un recluso fumaba se juzgaba un mal presagio. Significaba una evidente pérdida de su voluntad de vivir, la intención fatal de «disfrutar» de sus últimos días. Declaraba su renuncia a sobrevivir, y, perdida la voluntad, raramente se recuperaba.

Hay una abundante literatura publicada sobre los campos de concentración. Este ensayo se ha concebido con un enfoque menos usual: describir las experiencias de un hombre, trazar la psicología de sus vivencias. A quienes fueron liberados de los campos intentamos explicarles esas experiencias a la luz del conocimiento psicológico actual. A

los que nunca han pisado un campo quizá les sirva para entender las atroces vivencias de los reclusos y, lo que resulta más difícil, para comprender la actitud vital de los supervivientes. Se trata de hacer comprensible, a quienes no la han sufrido, la experiencia de los reclusos. Los antiguos prisioneros suelen decir: «No nos gusta hablar de nuestras experiencias. Los supervivientes no necesitamos ninguna explicación. Y los demás no comprenderían cómo nos sentíamos en el campo y cómo nos sentimos ahora».

Es enormemente difícil una presentación sistemática del tema, pues, como toda ciencia, la psicología exige distanciarse de los hechos. ¿Cómo conseguir, siendo al mismo tiempo observador y prisionero, el distanciamiento necesario? Alguien ajeno a los campos podría garantizar la distancia afectiva, pero la distancia misma le impediría conocer la realidad subjetiva de los hechos. Solo quien ha padecido esas atrocidades podría revelar las vivencias de los reclusos. De ahí que sea probable, y tal vez inevitable, que mis valoraciones y juicios caigan en la subjetividad y que mis evaluaciones se puedan ver distorsionadas. Una obra de estas características ha de esforzarse en superar la subjetividad y, al mismo tiempo, tener el coraje de contar abiertamente experiencias personales. El verdadero peligro de un ensayo de esta índole no radica en que se detecte un enfoque personal, sino en que se escriba con un tinte tendencioso.

Dejo a otros autores la tarea de despersonalizar este texto para poder obtener teorías objetivas a partir de experiencias subjetivas. Estas teorías supondrían una aportación a la psicología o la psicopatología de la vida en cautiverio, cuya investigación se inició en la Primera Guerra Mundial con la descripción del «síndrome de la alambrada de púas». La Segunda Guerra Mundial enriqueció nuestros conocimientos con los estudios sobre «psicopatología de las masas» (si se me permite parafrasear el título del libro de LeBon), pues nos legó la guerra de nervios y la experiencia imborrable de los campos de concentración.

En este punto quisiera hacer una observación. Mi propósito inicial era publicar el libro de forma anónima, firmándolo con mi número de prisionero. Me impulsaba a ello mi rechazo al exhibicionismo. Sin embargo, terminada la redacción, me convencieron de la ineptitud de una edición anónima, pues en esta clase de testimonio la fuerza de la confesión incrementa el valor de los hechos. Por esta razón decidí expresar mis convicciones con la máxima franqueza y, venciendo mi natural desagrado por el exhibicionismo, me abstuve de suprimir los pasajes más personales.

PRIMERA FASE
INTERNAMIENTO EN EL CAMPO

Al examinar la abundante documentación recogida de las observaciones y experiencias de los confinados en los campos de concentración, se distinguen tres fases psicológicas en la reacción de los reclusos a la vida en el campo: la fase inmediata al internamiento, la fase de adaptación y la fase que sigue a la liberación.

ESTACIÓN DE FERROCARRIL DE AUSCHWITZ

El síntoma característico de la primera fase es el *shock*. En ciertas situaciones, ese *shock* puede preceder a la entrada del recluso en el campo. Ofreceré, como ejemplo, las condiciones de mi propia llegada al campo.

Mil quinientas personas fuimos trasportadas en un tren durante varios días con sus noches. En cada vagón se hacinaban ochenta personas tendidas sobre su equipaje, lo poco que conservábamos de nuestras pertenencias. Los vagones estaban tan repletos de gente que solo quedaba despejada la parte superior de las ventanillas, por donde entraba la claridad gris del amanecer. Todos creíamos que nos llevaban a una fábrica de munición como empleados para trabajos forzados. No sabíamos siquiera si seguíamos en Silesia o si habíamos entrado ya en Polonia. De pronto el silbato de la locomotora sonó con un aire misterioso, como un lamento de compasión por el cargamento destinado a la desgracia. El tren realizó una maniobra y aminoró la marcha; estábamos entrando en una estación. Entonces se escuchó un grito angustiado: «¡Hay un letrero que dice “Auschwitz”!». Sentimos que se nos paralizaba el corazón. Auschwitz, ese nombre evocaba las mayores atrocidades: cámaras de gas, hornos crematorios, el exterminio. El tren seguía avanzando despacio, casi vacilante, como si tratara de evitar a los pasajeros la constatación de la atroz evidencia: ¡Auschwitz!

La claridad de la mañana dejaba ver los contornos de un inmenso campo: una larga extensión de alambre de espino, las torretas de vigilancia, los potentes focos y las interminables filas de andrajosas figuras humanas, pardas bajo la luz grisácea del amanecer, arrastrándose sin rumbo por las desoladas calles del campo hacia un destino incierto. Se oían voces aisladas y silbatos de mando. No sabíamos qué significaban. Imaginé cadalsos con cuerpos colgados de una cuerda. Me estremecí de horror, pero la realidad no iba a diferir de lo imaginado; lentamente, teníamos que acostumbrarnos a la

inmensa y terrible barbarie.

El tren se detuvo al fin en la estación. El silencio inicial fue roto por los estridentes gritos de mando; a partir de entonces, oiríamos constantemente esos bramidos ásperos en todos los campos; parecían los estertores de una víctima, roncos y cortantes, saliendo de la garganta de un hombre que no podía dejar de gritar, un hombre al que asesinaran una y otra vez. Las puertas del vagón se abrieron de golpe y un pequeño destacamento de reclusos nos recibió con ligera algazara. Vestían trajes a rayas, tenían las cabezas rapadas, pero parecían bien alimentados. Hablaban en todas las lenguas europeas imaginables y se expresaban con cierto humor, que en esas circunstancias resultaba grotesco. Como quien se agarra a un clavo ardiendo, dado mi innato optimismo (que tantas veces me ha ayudado a controlar mis sentimientos, incluso en las situaciones más desesperadas), me aferré a esta idea: estos prisioneros tienen buen aspecto, aparentan buen humor e incluso se ríen. Quién sabe, quizá yo consiga ser uno de ellos.

En psiquiatría hay un estado de ánimo que se denomina «ilusión del indulto». Se trata del proceso de consolación que desarrollan los condenados a muerte antes de su ejecución; conciben la infundada esperanza de que van a ser indultados en el último minuto. Nosotros también nos aferrábamos a una débil esperanza, e incluso frente a la evidencia creíamos que aquello no sería tan cruel. Las mejillas sonrosadas de los reclusos que nos habían recibido alentaban nuestra ilusión. Entonces no sabíamos que componían un grupo especial, seleccionado para servir de comité de recepción a las remesas de prisioneros que diariamente llegaban a la estación. Acogían a los recién llegados, se ocupaban de sus equipajes y de los escasos objetos que traían, incluso de las joyas escondidas que habían superado todos los controles. Auschwitz era un lugar insólito en la Europa de los últimos años de la guerra: debió de haber allí un verdadero tesoro, en sus almacenes se acumulaba oro, plata, platino y diamantes, sin contar lo incautado por las SS.

Metieron a unas mil quinientas personas en un barracón para un máximo de doscientas, a la espera de trasladarnos a campos más pequeños. Hambrientos, tiritando de frío, no disponíamos de espacio ni para estar en cuclillas, y menos para tumbarnos. En cuatro días, el único alimento que ingerimos fue un trozo de pan de unos 150 gramos. En esas duras condiciones oí a un prisionero veterano, encargado del barracón, regatear con un miembro del comité de recepción por un alfiler de corbata de platino y diamantes. La mayoría de las ganancias de tales transacciones se convertían en tragos de aguardiente. No recuerdo cuántos miles de marcos se necesitaban para comprar suficiente aguardiente como para pasar una «tarde alegre», pero sí sé que los veteranos necesitaban beber. En estas circunstancias, ¿quién podría reprocharles que intentaran calmar su conciencia con la embriaguez? Había otro grupo que disfrutaba de aguardiente

en cantidades casi ilimitadas, suministradas por las SS: los hombres que trabajaban en las cámaras de gas y los crematorios, que sabían que cualquier día serían relevados por otra remesa y dejarían de ser verdugos para convertirse en víctimas.

LA PRIMERA SELECCIÓN

La mayoría de las personas de mi expedición se encontraba bajo la «ilusión del indulto»; no perdían la esperanza de que serían liberados e imaginaban que aquello iba a terminar bien. No podíamos captar la realidad de nuestra condición; el significado se nos escapaba. Para explicarme mejor recupero la siguiente escena (hasta esa tarde no lo comprendimos): nos ordenaron dejar el equipaje en el vagón y formar dos filas —las mujeres a un lado y los hombres al otro— que debían pasar delante de un oficial de las SS de alta graduación. Tuve la osadía de esconder mi macuto debajo del abrigo. Mi fila debía pasar delante del oficial, uno a uno. Me di cuenta de que corría peligro si el oficial descubría el macuto. Seguramente, me tiraría al suelo de un bofetón, un escarmiento del que ya tenía constancia. Instintivamente, al acercarme a él, adopté una postura enérgica para disimular la pesada carga. Ahora lo tenía enfrente. Era un hombre alto y delgado, con un uniforme impecable que vestía soberbiamente. ¡Cómo contrastaba este porte elegante con nuestro aspecto mugriento después del viaje! El oficial mantenía una posición relajada, sujetándose el codo derecho con la mano izquierda. Su mano derecha estaba erguida y con el dedo índice señalaba con parsimonia a la derecha o a la izquierda. En aquel entonces ignorábamos el siniestro significado del leve movimiento de su dedo, apuntando ya a la izquierda, ya a la derecha, con mayor frecuencia a la izquierda...

Me llegó el turno. Alguien me había susurrado que ir a la derecha implicaba trabajos forzados; a la izquierda enviaban a los débiles y enfermos, que trasladaban a otro campo. Me resigné al curso de los acontecimientos, comportamiento que repetí en varias ocasiones durante mi internamiento. El peso del macuto me ladeaba un poco hacia la izquierda, pero me esforcé en caminar erguido. El hombre de las SS me escudriñó de arriba abajo, dudó un momento, y entonces puso sus manos en mis hombros. Intenté demostrar la mejor voluntad. Me giró muy lentamente a la derecha y seguí en esa dirección.

Por la tarde nos explicaron el significado del «juego del dedo». Era la primera selección, el primer veredicto sobre la aniquilación o la supervivencia. Para el 90% de nuestra expedición había significado la muerte, y la sentencia se cumpliría a las pocas horas. Los que habían sido colocados a la izquierda fueron de la estación directamente al crematorio. Ese edificio —me dijo un recluso que trabajaba allí— tenía en las puertas,

escrita en varios idiomas, la palabra «baño». A cada prisionero se le daba a la entrada una pastilla de jabón y después... Gracias a Dios no necesito contar lo que sucedía después. Se ha escrito mucho sobre esa experiencia terrible.

Los pocos que nos salvamos del numeroso grupo inicial conocimos la verdad esa misma noche. Pregunté a un antiguo recluso si sabía adónde habían mandado a mi amigo y colega P.

—¿Lo enviaron a la izquierda?

—Sí —contesté.

—Pues ahí lo tienes —respondió.

—¿Dónde?

Una de sus manos señalaba una chimenea, a unos cientos de metros, que escupía una llamarada de fuego al gris cielo de Polonia; la llamarada se disolvía en una siniestra nube de humo.

—Allí está tu amigo, elevándose al cielo —contestó con brusquedad. Pero no alcancé a entender bien sus palabras, hasta que me revelaron la verdad con toda su crudeza.

Pero me estoy anticipando a los hechos. Desde el punto de vista psicológico, todavía nos esperaba un camino largo, muy largo, desde el amanecer en la estación hasta la primera noche en el campo. Escoltados por los guardias de las SS, con sus pesados fusiles listos para disparar, recorrimos a paso ligero, pasando la alambrada electrificada, el trayecto de la estación al pabellón de desinfección. Para los que habíamos superado la primera selección fue un auténtico baño. Eso fomentó nuevamente nuestra esperanza de sobrevivir. Incluso los hombres de las SS nos parecían casi encantadores. Pronto descubrimos la razón: eran amables con nosotros por el reloj de pulsera que llevábamos en nuestras muñecas, y con buenos modales nos querían convencer de que teníamos que dárselos. ¿No teníamos que despojarnos, en cualquier caso, de todas nuestras pertenencias? Entonces ¿por qué no entregar a esas personas relativamente afables lo que nos quedaba? Tal vez algún día podrían devolvernos el favor...

Desinfección

Nos llevaron a un cobertizo que parecía la antesala de la cámara de desinfección. Entraron los hombres de las SS y extendieron unas mantas en el suelo para que depositáramos allí los objetos de valor: relojes y joyas. Para regocijo de los reclusos veteranos, ayudantes de los guardias, aún había algunos ingenuos entre nosotros que preguntaron si podían quedarse el anillo matrimonial, una medalla o algún amuleto de oro. No nos entraba en la cabeza que nos lo quitarían todo, absolutamente todo.

Intenté ganarme la confianza de uno de los prisioneros veteranos. Acercándome sigilosamente, señalé el fajo de papeles del bolsillo interior de mi abrigo y le dije:

—Mira, es el manuscrito de un libro científico. Sé que me vas a decir que no puedo esperar nada en estas condiciones y que debo estar agradecido de salvar la vida. Pero no lo puedo evitar: necesito conservar este manuscrito como sea; es el trabajo de toda mi vida. ¿Comprendes?

Parecía que comprendía. Empezó a esbozar una sonrisa, primero de compasión, luego burlona, insultante, hasta que soltó una palabra en respuesta a mi ansiedad, la palabra más omnipresente de la jerga del *Lager:*

—¡Mierda!

En ese momento comprendí la verdad desnuda del campo de concentración, y me llevó a culminar la primera fase de mi reacción psicológica: hice borrón y cuenta nueva, dejando atrás toda mi vida anterior.

De pronto se produjo un revuelo entre mis compañeros de expedición, que habían permanecido de pie, pálidos y asustados, forcejeando con su esperanza. De nuevo oímos voces roncas vociferando órdenes. Nos introdujeron a empujones en la antesala de los baños. Allí, un hombre de las SS aguardaba a que todos estuviéramos dentro. Luego dijo: «Os doy dos minutos cronometrados por mi reloj. En dos minutos tenéis que desnudaros y dejar todo en el suelo. Solo podéis quedaros con los zapatos, el cinturón o los tirantes, las gafas y, en todo caso, el braguero. Empiezo a contar: ¡ya!».

Nos quitábamos la ropa con increíble rapidez. Según pasaba el tiempo, nos poníamos más nerviosos y algunos se trababan con el cinturón o los cordones de los zapatos. Entonces oímos los restallidos del látigo por primera vez, las largas correas de cuero sobre los cuerpos desnudos.

Después nos metieron en otra habitación para afeitarnos; no solo nos rasuraron la cabeza, sino que nos dejaron todo el cuerpo sin un pelo. A continuación fuimos hacia las duchas, y allí nos alinearon otra vez. Apenas nos reconocíamos unos a otros y mirábamos angustiados el techo, pero comprobamos, con gran alivio, que de las duchas salía agua, agua de verdad.

La existencia desnuda

Mientras esperábamos la ducha se nos hizo patente nuestra desnudez, en su sentido literal: éramos solamente un cuerpo. Nada más. Solo poseíamos la *existencia desnuda.* ¿Qué vínculo material me ligaba a la vida anterior? En mi caso, eran las gafas y el cinturón, pero a este último pronto tuve que cambiarlo por un pedazo de pan.

A los que usaban braguero les reservaban otra sorpresa. Por la tarde, el prisionero a cargo de nuestro barracón nos recibió con un discursito de bienvenida; aseguró que, por su honor, personalmente colgaría de «aquella viga» —y la señaló— a quien llevara cosido dinero o joyas en el braguero. Explicó con orgullo que las leyes del campo concedían ese derecho a los veteranos.

También con los zapatos tuvimos problemas. Aunque supuestamente podíamos conservarlos, los que tenían zapatos en buen estado fueron obligados a entregarlos y se los cambiaron por zapatos desgastados y de otro número. Les fue aún peor a los que, guiados por el consejo de los veteranos, habían cortado la caña de las botas, disimulando el corte con jabón. Los hombres de las SS conocían esa práctica y metieron a todos los sospechosos del engaño en una habitación contigua. Oímos de nuevo los chasquidos de los látigos y los gritos de los torturados. Esta vez el castigo duró bastante tiempo.

Las primeras reacciones

Así se desvanecían, una tras otra, las ilusiones que algunos de nosotros habíamos aún concebido. Y entonces, inesperadamente, la mayoría nos sentimos embargados por un *humor macabro.* Ese humor lo provocaba la conciencia de no tener nada, excepto nuestra ridícula *existencia desnuda.* Cuando las duchas empezaron a funcionar, todos hicimos de tripas corazón y bromeamos sobre nosotros mismos y sobre los demás. A fin de cuentas, ¡salía agua de verdad!

Además del extraño sentido del humor, se apoderó de nosotros otra sensación: *la curiosidad.* Ya había experimentado antes ese tipo de curiosidad como reacción primaria en situaciones extremas. Cuando, haciendo montañismo, sufrí un accidente que casi me costó la vida; en el peor momento, durante un segundo (o milésimas de segundo), sentí la aguda curiosidad de saber si saldría con vida, con el cráneo fracturado o con otras lesiones.

Esta fría curiosidad predominaba incluso en Auschwitz. Ella nos permitía distanciarnos de alguna manera de lo que nos rodeaba y nos facilitaba contemplar la realidad con cierta objetividad. En aquellos momentos utilizábamos ese mecanismo como medida de protección. Estábamos ansiosos por saber qué iba a suceder y qué consecuencias tendría, por ejemplo, estar de pie a la intemperie, con el frío del final de otoño, completamente desnudos y mojados por el agua de la ducha. A los pocos días la curiosidad derivó en sorpresa: ¡no nos habíamos resfriado!

El *Lager* reservaba muchas sorpresas semejantes para los recién llegados. A los médicos del grupo nos sorprendió comprobar la *falsedad* de los libros de medicina.

Siempre se ha afirmado que el hombre necesita determinado número de horas de sueño para poder vivir. ¡Mentira! Yo creía que ciertas cosas eran imprescindibles, que no podría dormir sin esto, o vivir sin aquello. La primera noche en Auschwitz dormimos en literas de tres pisos. En cada litera, de aproximadamente 2 x 2,5 metros, dormían nueve hombres, directamente sobre tablones. A cada cajón, es decir, a nueve presos, correspondían dos mantas. Lógicamente, solo podíamos estar tendidos de costado, apretujados como sardinas en lata, lo que tenía cierta ventaja: combatir el frío que penetraba en los huesos. Algunos usaban de almohada sus zapatos —aunque cubiertos de lodo—, a pesar de que estaba prohibido. Había otra opción, bastante penosa, para hacer una almohada: apoyar la cabeza sobre el pliegue casi imposible del brazo, a punto de dislocarse. Pues bien, en esas infames condiciones conciliábamos el sueño, que nos traía alivio y olvido de las penas durante unas horas.

Quisiera señalar algo más sobre nuestra capacidad de soportar los envites del *Lager:* a pesar de no cepillarnos nunca los dientes y de la carencia vitamínica que sufríamos, teníamos las encías más sanas que nunca. Resistíamos medio año con la misma camisa, si a «eso» se le podía llamar camisa. Otra cosa inexplicable: se helaban las cañerías y no nos lavábamos durante días ninguna parte del cuerpo; y, sin embargo, las llagas y las heridas de las manos, sucias del trabajo en la tierra, no supuraban (a menos que se congelaran). Un prisionero que antes tenía el sueño ligero, a quien despertaba el más mínimo ruido, ahora dormía profundamente con otro compañero apretujándose a su lado y roncando en su oído. Si alguien nos hubiera preguntado si la afirmación de Dostoyevski que define al hombre como un ser que puede acostumbrarse a todo era cierta, habríamos contestado: «Sí, el hombre puede acostumbrarse a todo, pero no nos pregunte cómo lo hace».

¿«Lanzarse contra las alambradas»?

Pero conviene aplazar el análisis de estas cuestiones, pues estamos en el comienzo de nuestro ensayo psicológico, y los presos no tenían aún, en tan poco tiempo, una conciencia precisa de su estado. Nos hallábamos todavía en la primera fase de nuestras reacciones psicológicas.

La idea de suicidarnos estaba presente en prácticamente todos nosotros, aunque fuera solo por momentos. Nacía de lo desesperado de la situación, de la amenaza de muerte que día tras día, hora tras hora, cada minuto se cernía sobre nosotros, y de la proximidad de la muerte de otros —la mayoría—. Como resultado de las convicciones personales que luego mencionaré, la primera noche en el *Lager* me prometí a mí mismo no

«lanzarme contra las alambradas». Esa era la expresión, en la jerga del campo, del método más frecuente de suicidio: tocar la valla de alambre electrificada. No resultaba tan difícil, en Auschwitz, decidir no «lanzarse contra las alambradas». No tenía sentido suicidarse, pues, para el prisionero común y corriente, la esperanza de vida, considerando objetivamente las circunstancias y aplicando un cálculo de probabilidades, eran muy escasas. Nadie podía tener la certeza de ser parte del remoto porcentaje de hombres que sobrevivirían a las sucesivas selecciones. De ahí que en la primera fase de *shock*, el recluso de Auschwitz perdiera el miedo a la muerte. Pasados los primeros días se observaban las cámaras de gas con un horror atenuado: a fin de cuentas, le ahorraban a uno la decisión de suicidarse.

Algunos compañeros, a los que vi después de la liberación, me aseguraron que yo no había sido de los más deprimidos tras el *shock* del internamiento. Recuerdo haberme reído, con toda sinceridad, cuando la mañana siguiente a la primera noche en Auschwitz ocurrió el siguiente episodio. A pesar de las estrictas órdenes de no salir de los barracones, un colega mío, que ya llevaba semanas en el campo, se coló en nuestro barracón. Quería tranquilizarnos, consolarnos y contarnos algunas cosas. Había adelgazado tanto que tardamos en reconocerlo. Con fingido humor y despreocupación, nos dio unos cuantos consejos apresurados:

—¡No tengáis miedo! ¡No temáis las selecciones! El doctor M. —se refería al jefe de la sección médica de las SS— siente debilidad por los médicos. —No era cierto; las amables palabras de mi amigo no se correspondían con la verdad. Un prisionero de unos sesenta años, médico de un bloque de barracones, había suplicado al doctor M. que liberara a su hijo destinado a la cámara de gas. El doctor M. rehusó fríamente ayudarlo —. Pero hay una cosa que os aconsejo —continuó—: que os afeitéis, si es posible, a diario, aunque tengáis que hacerlo con un trozo de vidrio y a cambio del último pedazo de pan. Así pareceréis más jóvenes y los arañazos harán que las mejillas parezcan más lozanas. Si queréis seguir vivos, el único modo de conseguirlo es aparentar capacidad de trabajo. Si cojeáis por una llaga o porque os roza el zapato, cualquier SS os apartará del trabajo y al día siguiente os enviará a la cámara de gas. ¿Sabéis a quién llamamos aquí «musulmán»?[1] Al de aspecto miserable, por dentro y por fuera; enfermo y demacrado, incapaz de resistir el trabajo físico duro: ese es un «musulmán». Antes o después, más bien antes, el «musulmán» acaba en la cámara de gas. Por eso os lo repito: afeitaros a diario, manteneros siempre erguidos, andad con soltura, y no os mandarán a la cámara de gas. Ninguno de vosotros, aunque llevéis solo veinticuatro horas aquí, debéis temer la cámara de gas, salvo quizá tú. —Me señaló y dijo—: Espero que no tomes a mal que te lo diga con tanta franqueza. —Continuó dirigiéndose al grupo—: Es el único de vosotros que debe preocuparse por la próxima selección. Los demás podéis estar tranquilos.

Yo sonreí. Estoy convencido ahora de que cualquiera en mi lugar habría respondido aquel día de la misma manera: sonriendo.

Creo que fue Lessing quien afirmó: «Hay cosas que pueden hacerte perder la razón, a no ser que no tengas ninguna razón que perder». En una situación anormal, una reacción anormal constituye una conducta normal. Incluso los psiquiatras esperamos que las reacciones de un hombre ante una situación anormal, por ejemplo la reclusión en un centro psiquiátrico, sean anormales en proporción a su grado de normalidad. La reacción de un hombre tras su internamiento en un campo de concentración supone también un estado psíquico anormal, pero si se juzga objetivamente, en función del *Lager*, se trata de una respuesta normal y, como demostraré más adelante, es la reacción típica ante esas determinadas condiciones de vida.

SEGUNDA FASE
LA VIDA EN EL CAMPO

APATÍA

Las reacciones descritas de la primera fase quedaban atrás a los pocos días, en el escaso tiempo que necesitaba un prisionero para entrar en la segunda fase: la de la apatía generalizada que lo llevaba a una especie de muerte emocional.

Además de las reacciones ya descritas, ahora la tortura interior se intensificaba con sensaciones más dolorosas que el prisionero intentaba apaciguar. La principal era la intensa añoranza del hogar y la familia. Era tan intensa que el recluso a veces se consumía de nostalgia. Seguía después la repugnancia ante la fealdad circundante, incluso en los aspectos más superficiales.

A la mayoría de los prisioneros se les entregaba un uniforme tan andrajoso que, por comparación, un espantapájaros parecía elegante. El suelo entre los barracones era un lodazal, y cuanto más intentábamos evitarlo, más nos hundíamos en él. Era una práctica habitual destinar a los recién llegados a limpiar las letrinas y retirar los excrementos. Si, debido a las irregularidades del terreno, aquella porquería le salpicaba la cara, una mueca de asco o la intención de limpiarse implicaba un latigazo del *kapo*, irritado por los «remilgos» del recién llegado. Así se aceleraba la represión de las reacciones normales.

Al principio, el prisionero apartaba la vista ante las marchas de castigo de otros grupos, incapaz de soportar la imagen de sus compañeros andando durante horas arriba y abajo, hundidos en el fango, azuzados por los *kapos.* En unos días o semanas el carácter cambiaba.

Temprano en la mañana, todavía a oscuras, el prisionero tenía que alinearse en su destacamento, preparado para la marcha. De repente rompía el silencio el grito de un compañero al que derribaban a golpes, luego lo levantaban del suelo, solo para que otra sarta de golpes lo derribara una vez más. ¿Por qué? Tenía fiebre, y había ido a la enfermería fuera de hora para que le controlaran la temperatura y le dieran la baja. Ahora lo castigaban por su desesperado intento de pedirla, lo que indicaba que quería eludir el trabajo. Si el prisionero que estaba observando la escena había entrado en la segunda fase de sus reacciones psicológicas, ya no apartaba la vista. Con ese grado de adaptación, sus sentimientos estaban embotados e, impasible, podía contemplar la escena. Otro ejemplo: el mismo prisionero hacía cola por la tarde ante la enfermería con la ilusión de conseguir dos días de trabajos ligeros en el interior del campo a causa de sus heridas, o

por un edema, o por la fiebre. Mientras esperaba veía, impertérrito, cómo arrastraban a un muchacho de doce años que había sido obligado a permanecer en posición de firme varias horas, o a trabajar a la intemperie, bajo la nieve, con los pies desnudos porque no había zapatos para él en el almacén. Tenía congelados los dedos y el médico le arrancaba, con unas tenazas, uno a uno, los muñones gangrenados. Repugnancia, piedad, indignación, horror eran emociones que nuestro prisionero ya no podía sentir.

Pasé un tiempo en un barracón cuidando enfermos de tifus, afectados por fiebres altas y delirios, muchos de ellos agonizantes. Cuando se producía una muerte, yo observaba, impasible, la siguiente escena, que se repetía en cada fallecimiento: uno por uno, los prisioneros se acercaban al cadáver aún caliente de su compañero; uno cogía los restos de un plato de patatas hediondas, otro veía que los zapatos de madera del difunto eran mejores que los suyos y se los cambiaba, otro hacía lo mismo con el abrigo, y había quien se alegraba de encontrar en un bolsillo —¡quién lo diría!— un buen trozo de cuerda. Imperturbable, yo miraba todo eso sin sentir la más mínima conmoción. Después pedía al «enfermero» que retirara el cadáver. Si se decidía a hacerlo, lo cogía por las piernas y lo dejaba caer como un fardo al estrecho pasillo, entre las hileras de tablas que hacían de camastros para los cincuenta enfermos de tifus, y luego lo arrastraba por la tierra desigual del pasillo hasta la puerta. Para salir había que superar dos escalones, de unos 15 centímetros cada uno, lo que requería un gran esfuerzo para nosotros, exhaustos por la crónica malnutrición. Al cabo de unos meses de internamiento éramos incapaces de subir esos escalones sin agarrar la puerta para coger impulso. El hombre que arrastraba el cadáver se acercaba a los escalones, que apenas podía subir, tiraba de las piernas del cadáver y la cabeza del muerto —con un sonido siniestro— subía rebotando de escalón en escalón. Inmediatamente después nos distribuían la ración diaria de sopa.

Yo me encontraba en la parte opuesta del barracón, al lado de la pequeña y única ventana, situada casi a ras del suelo. Miraba por la ventana mientras cogía con las manos frías el cuenco de sopa caliente, que engullía con avidez. El cadáver parecía observarme con sus ojos vidriosos. Dos horas antes había estado hablando con él. Seguí sorbiendo mi sopa.

Si la falta de emoción no hubiese despertado mi interés profesional, ahora no recordaría el incidente; en aquel momento no me suscitó ningún sentimiento.

Lo que hiere

La apatía, la anestesia emocional y la sensación de que a uno ya no le importa nada eran los síntomas característicos de la segunda fase de las reacciones psicológicas de los

internados del campo y, de hecho, permitían que estos pudieran permanecer impasibles ante los sufrimientos diarios. Pronto, el prisionero construía, gracias a la insensibilidad, un muy necesario escudo protector. En el *Lager* se reciben golpes por cualquier motivo, y a veces sin motivo alguno. Por ejemplo: el pan se repartía en el lugar de trabajo y debíamos formar perfectamente alineados para recibirlo. En una ocasión, el compañero que estaba detrás de mí se salió unos centímetros de la fila, y esa mínima falta de simetría disgustó al guardia de las SS. Se armó un revuelo a mis espaldas, pero por precaución no volví la cabeza; no sabía a qué atenerme con el guardia, y de pronto recibí dos fuertes porrazos en la cabeza. Entonces advertí que a mi lado blandía su porra un hombre de las SS. En esa situación no es el dolor físico lo que más hiere (y esto vale tanto para los adultos como para los niños castigados), sino la humillación y la indignación por la injusticia, el sinsentido de todo eso.

Aunque parezca extraño, en ciertas circunstancias un golpe fallido hiere más que uno que haya dado en el blanco. Una vez estaba de pie al lado de la vía del ferrocarril, bajo una tormenta de nieve. A pesar del temporal, nuestra cuadrilla no podía interrumpir el trabajo. Me afanaba en reparar la vía rellenando los huecos con gravilla, pues esa era la única manera de entrar en calor. Hice una pausa de unos segundos para tomar aliento y apoyarme en la pala. Por desgracia, el guardia se giró precisamente en ese momento y me vio: pensó que me hacía el remolón. No usó su látigo, ni me insultó, ni lanzó ningún juramento. No juzgó necesario malgastar palabras, ni siquiera palabrotas, con aquel cuerpo andrajoso y demacrado, que no parecía una figura humana. En lugar de eso, se agachó alegremente, cogió una piedra y me la arrojó. Así se llama la atención de un animal doméstico para que vuelva a su trabajo, una criatura con la que se tiene tan poco en común que ni siquiera se la castiga. Aquella piedra me hirió más que los latigazos o los insultos soeces. Se quedó imborrable en mi corazón.

EL INSULTO

El aspecto más lacerante de los golpes era el insulto implicado en ellos. En una ocasión teníamos que cargar unas pesadas traviesas sobre las vías heladas. Si un hombre resbalaba, no solo corría peligro él, sino todos los que sostenían la misma traviesa. Un viejo amigo mío tenía una luxación congénita de cadera; podía dar gracias de poder trabajar aun así, pues a los que padecían algún defecto físico los apartaban en la primera selección. Debido a la cojera, al cargar la pesada traviesa mi amigo oscilaba sobre la vía, dando la impresión de estar a punto de caerse y arrastrar a los demás. En ese momento yo no cargaba ninguna traviesa y, sin pensarlo mucho, me dispuse a ayudarlo.

Inmediatamente recibí un duro golpe en la espalda y la agria orden de volver a mi puesto. Minutos antes, el mismo guardia nos había dicho que los «cerdos» como nosotros no teníamos espíritu de compañerismo.

Otro día, a veinte grados bajo cero, estábamos en un bosque helado cavando una zanja para tender unas cañerías de suministro de agua. Ya entonces me encontraba bastante débil. Se acercó un capataz de mejillas sonrosadas. Me recordaba, sin poder evitarlo, la cabeza de un cerdo. Me fijé, con envidia, en sus cálidos guantes, mientras nosotros trabajábamos sin ninguna protección; también envidié su chaquetón de cuero forrado de piel, en medio de aquel intenso frío. Me miró en silencio un instante. Presentí que iba a haber problemas, pues delante de mí se veía un escuálido montón de arena que mostraba lo poco que había cavado. Entonces me gritó, furioso:

—¡Hijo de perra! Llevo observándote un buen rato. Yo te enseñaré a trabajar. Verás lo que es cavar la tierra con los dientes y morir como un animal. ¡En dos días acabo contigo! Tú no has pegado golpe en toda tu vida. ¿Qué hacías antes, cerdo? ¿Te dedicabas a los negocios?

La soflama no me impresionó, pero su amenaza de muerte iba en serio. Me incorporé y lo miré fijamente a los ojos.

—Era médico especialista.

—Así que médico. Y cobrarías un montón a los pacientes.

—De hecho, la mayoría de las consultas no las cobraba; trabajaba en clínicas para pobres —respondí.

Comprendí que había hablado demasiado. Se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo gritando como un energúmeno. Soy incapaz de recordar lo que vociferaba.

Cuento este suceso, aparentemente trivial, para mostrar que la indignación podía surgir incluso en prisioneros endurecidos, una indignación suscitada menos por la crueldad física o el dolor que por el insulto. En aquel momento, me hirvió la sangre al verme juzgado por un hombre que no sabía nada de mí, «de aspecto tan vulgar y brutal que la enfermera de mi hospital no le habría dejado entrar siquiera en la sala de espera» (confieso que pronunciar este comentario ante mis compañeros, después del enfrentamiento, me produjo un alivio infantil).

No todos se comportaban igual, por supuesto. Por suerte, el *kapo* de mi compañía me apreciaba; me fui ganando su amistad en las interminables marchas al lugar de trabajo, escuchando sus historias de amor y sus problemas matrimoniales. Lo había impresionado con mi diagnóstico sobre su carácter y mis consejos psicoterapéuticos. Me estaba agradecido y eso significaba una gran ayuda. Me reservaba un puesto a su lado en las cinco primeras hileras del destacamento, formado habitualmente por 280 hombres. Eso suponía un favor muy especial. Teníamos que alinearnos por la mañana muy temprano,

con el claroscuro del amanecer, como ya he dicho. Todos teníamos miedo de llegar tarde y quedarnos en las últimas filas. Si se necesitaban hombres para un trabajo desagradable, el jefe de los *kapos* los elegía por lo general de las últimas filas. Esos hombres casi siempre tenían que desplazarse a lugares muy lejanos para realizar trabajos especialmente horribles, a las órdenes de guardias desconocidos. De vez en cuando, el *kapo* superior escogía a hombres de las primeras cinco filas con el fin de desconcertar a los que intentaban hacerse los listos. Las protestas o súplicas se silenciaban con certeros puntapiés, y los desafortunados eran llevados a trabajar a fuerza de gritos y golpes.

Sea como fuese, mientras duraron las confidencias de mi *kapo* nunca fui seleccionado. Tenía garantizado un puesto de honor a su lado, que me reportaba, además, otra ventaja. Como la mayoría de mis compañeros, yo padecía edema por el hambre. Apenas podía doblar las rodillas por la piel tirante y la hinchazón de las piernas; tampoco podía atarme los zapatos, de tan hinchados como tenía los pies, y no hubiera podido usar calcetines, en caso de tenerlos. Los pies desnudos y los zapatos llenos de nieve traían como consecuencia frecuentes sabañones y congelaciones. Cada paso suponía una auténtica tortura. En las largas marchas sobre los campos nevados se formaban carámbanos en los zapatos. Era habitual que un compañero resbalara y los que venían detrás tropezaran y cayeran unos sobre otros. La columna se detenía entonces un momento, no muy largo. Enseguida entraba en acción uno de los guardias, que golpeaba a los caídos con la culata del fusil para que se levantaran de prisa. En las primeras filas había menos posibilidad de tropezar y tener después que correr con los pies doloridos para alcanzar la columna, que seguía avanzando sin preocuparse por los caídos. ¡Qué agradecido me sentía de mi nombramiento como médico privado de «su señoría» el *kapo*, y de poder caminar a su lado en la primera fila a un paso regular! También recibía otro pago adicional por mis servicios: cuando se repartía el plato de sopa, al llegar mi turno, el *kapo* metía el cacillo hasta el fondo para pillar unas pocas alubias.

Este mismo *kapo*, que había sido oficial del ejército, se atrevió a exponer el buen concepto que tenía de mí, como trabajador excepcionalmente bueno, ante el capataz con el que había tenido yo aquel incidente violento. Esto no servía de mucho, pero me salvó la vida (como me ocurriría muchas veces durante la reclusión). Al día siguiente del grave altercado con el capataz, el *kapo* se las ingenió para asignarme a otra cuadrilla de trabajo.

También había capataces que sentían compasión por nosotros y hacían cuanto podían por mitigar nuestro sufrimiento, al menos en el lugar de trabajo. Aun así, nos recordaban que un trabajador normal rendía varias veces más que nosotros, y en menos tiempo. Pero nos comprendían cuando decíamos que ningún trabajador normal se alimenta con 300 gramos de pan (en la práctica recibíamos menos) y un litro de sopa aguada al día; no está sometido a la tensión psíquica de no tener ninguna noticia de sus familiares, que tal

vez han sido deportados a otros campos y quizá han muerto ya en la cámara de gas; tampoco un trabajador normal vivía continuamente, cada día y a todas horas, amenazado de muerte. Incluso una vez me permití decirle a un capataz amable: «Si usted aprendiera de mí a puncionar un cerebro con la rapidez con que yo aprendo de usted a construir carreteras, sentiría por usted una gran admiración y respeto». Me sonrió con una mueca.

La apatía, el principal síntoma de la segunda fase, actuaba como un mecanismo necesario de autodefensa. La realidad era atenuada y todos los esfuerzos y emociones se concentraban en una única tarea: la de conservar la propia vida y la vida de los amigos. Así, cuando caía la noche y, conducidos como rebaños, volvíamos de nuestros lugares de trabajo al campo, con frecuencia se oía a los prisioneros suspirar hondo y decir: «Bueno, ha pasado otro día».

Los sueños de los prisioneros

Se entiende fácilmente que esa tensión psíquica, añadida a la obsesión de seguir vivos, reprima la vida interior llevándola a un nivel elemental. Algunos colegas del campo, de orientación psicoanalítica, hablaban a menudo de «regresión»: el prisionero del *Lager* retrocedía a un estadio más primitivo de vida psíquica. Los deseos y aspiraciones se manifestaban claramente en los sueños.

¿Con qué soñaban los prisioneros más a menudo? Soñaban con pan, pasteles, cigarrillos y un buen baño de agua caliente. No poder resolver en la realidad esos deseos básicos los inducía a satisfacerlos en el sueño. Que esto fuera psicológicamente beneficioso o no, es otra cuestión; al despertar, el soñador volvía a la realidad y debía sobreponerse al terrible contraste entre el *Lager* y su sueño.

Nunca olvidaré la noche en que me despertaron los fuertes gemidos de un compañero agitado por alguna horrible pesadilla. Como siempre me han conmovido las personas que sufren pesadillas angustiosas, quise despertarlo. Estaba a punto de hacerlo cuando de repente retiré la mano, asustado por lo que iba a hacer. En aquel momento comprendí, con toda crudeza, que ningún sueño, por horrible que fuera, podía ser peor que la realidad del *Lager* a la que cruelmente iba a devolverlo.

Hambre

Debido a la grave desnutrición que sufrían los prisioneros, era natural que el instinto básico principal en torno al cual giraba la vida psíquica fuera el afán de conseguir comida.

Si no se sentían estrechamente vigilados, algo infrecuente, los prisioneros empezaban a hablar enseguida de comida. Preguntaban a su compañero de zanja por su plato preferido; intercambiaban recetas y planeaban un suculento menú para el día en que, liberados, se reunieran en su casa. Y una y otra vez imaginaban esa escena con todo detalle, hasta que una advertencia, transmitida de boca en boca, por lo general a través de una consigna o un número convenido, les indicaba que se acercaba el *kapo.*

Consideraba estas conversaciones sobre comida psicológicamente peligrosas. ¿No supone una agresión al organismo provocarlo con esas deliciosas y detalladas descripciones gastronómicas, cuando ya se ha adaptado a las míseras raciones y la escasez de calorías? Aunque produzcan algún alivio psicológico momentáneo, acarrean perjuicios fisiológicos.

En la última época de nuestro cautiverio, la dieta diaria se reducía a una ración de sopa aguada y un minúsculo pedazo de pan. Adicionalmente, se repartía una «entrega extra»: de forma alterna, o bien 20 gramos de margarina, o una rodaja de salchicha de mala calidad, o un trocito de queso, o una pizca de algo que pretendía ser miel, o una cucharada de mermelada aguada. Una dieta absolutamente insuficiente en calorías, sobre todo teniendo en cuenta el duro trabajo físico y la continua exposición a la intemperie con ropas inapropiadas. Los enfermos que necesitaban «cuidados especiales», es decir, los que tenían el permiso de quedarse en el barracón y no salían a trabajar, se encontraban en condiciones aun peores.

Cuando desparecían las últimas capas de grasa subcutánea y parecíamos esqueletos disfrazados con pellejos y andrajos, podíamos ver que nuestros cuerpos se devoraban a sí mismos. El organismo digería sus propias proteínas y los músculos desaparecían; entonces el cuerpo perdía todo poder de resistencia. Uno tras otro, los miembros de nuestra pequeña comunidad del barracón iban muriendo. Podíamos calcular, con estremecedora precisión, quién sería el próximo, e incluso cuándo nos llegaría el turno. Teníamos experiencia, conocíamos los síntomas a la perfección, y el pronóstico rara vez fallaba. «No durará mucho» o «Este será el siguiente», decíamos en voz baja. Y por la noche, cuando nos quitábamos los piojos, al ver nuestro propio cuerpo desnudo todos pensábamos lo mismo: «En realidad, este cuerpo, mi cuerpo, ya es un cadáver. ¿Qué ha sido de mí? No soy más que una mínima parte de una gran masa de carne humana, encerrada tras la alambrada de espino, hacinada en un barracón de adobe. Una masa que cada día se descompone, porque ya no tiene vida».

Ya he referido con cuánta insistencia, cuando se tenía una pausa, regresaban a la conciencia los pensamientos sobre la comida y se hablaba de los platos favoritos. Así se comprende que incluso los más fuertes de nosotros imaginaran un futuro con buenos alimentos y en cantidad suficiente, no tanto por la comida en sí, sino porque de ese modo

ya habría terminado la vida infrahumana que nos impedía pensar en otra cosa que no fuera el alimento.

Quienes no han sufrido una experiencia similar difícilmente pueden concebir el destructivo conflicto mental y la lucha de voluntades que dominan a un hombre hambriento. No pueden hacerse una idea cabal del suplicio que significa cavar una trinchera obsesionado con el sonido de la sirena que anuncia las nueve y media o las diez de la mañana —la media hora del descanso para comer—, a la espera del reparto de pan (si lo había); y en esa espera preguntar al capataz —si no era un tipo desagradable— constantemente la hora. Tocar después con mimo el pedazo de pan en el bolsillo, acariciarlo primero con los dedos helados, sin guantes, luego partir unas migajas y llevarlas a la boca. Y finalmente, con un supremo esfuerzo de voluntad, reservar el resto, decidido a conservarlo hasta el mediodía.

Manteníamos largas discusiones sobre lo adecuado o inadecuado de ciertos métodos empleados para conservar el trozo de pan diario, que en la época final de nuestro confinamiento nos daban solo una vez al día. Predominaban dos criterios. Unos eran partidarios de comer el pan inmediatamente. Eso tenía la doble ventaja de aliviar, al menos una vez al día, aunque brevemente, los dolorosos retortijones del hambre, y evitar el posible robo o la pérdida de la ración. Otros optaban por fraccionar la ración. Yo finalmente me uní a este grupo. Tenía mis razones:

El despertar era, sin duda, el momento más terrible de las veinticuatro horas de la vida en un campo de concentración. Aún era de noche cuando los tres agudos pitidos de la sirena nos arrancaban sin piedad de nuestro sueño exhausto y de sus añoranzas. Empezaba entonces el esfuerzo de meter, a duras penas, los pies, llagados e hinchados, en los zapatos húmedos. A esto seguían los lamentos y quejas por los percances diarios, por ejemplo, que se rompiera el alambre que reemplazaba los cordones de los zapatos. Una mañana vi a un compañero —un hombre valiente y digno— llorar desconsolado como un niño porque, al haberse encogido sus zapatos por la humedad, no le entraban los pies y tendría que andar descalzo por la nieve. En esos fatídicos minutos yo encontraba un exiguo consuelo mordisqueando, con inmenso deleite, el trocito de pan guardado el día anterior en el bolsillo del abrigo.

SEXUALIDAD

La desnutrición, además de provocar la obsesión por la comida, explica quizás también la falta de deseo sexual en el *Lager*. El hambre y los efectos del *shock* inicial parecen ser la causa de la mínima perversión sexual en el campo, muy por debajo de lo previsible en un

establecimiento estrictamente masculino (por ejemplo, un cuartel), un fenómeno ciertamente llamativo para un psicólogo. El deseo sexual ni siquiera aparecía en los sueños de los prisioneros, lo que contradice el postulado del psicoanálisis que asegura que «los deseos inhibidos» se manifiestan de forma especial en el sueño.

AUSENCIA DE SENTIMIENTOS

En la mayoría de los reclusos, la reducción a los instintos más básicos y el continuo esfuerzo concentrado en «salvar el pellejo» llevaba a despreciar todo lo que lo apartara de ese único objetivo; esto explica la absoluta falta de sentimientos con la que el prisionero solía considerar los acontecimientos. Yo mismo lo comprobé en el traslado de Auschwitz a un campo filial de Dachau, en Baviera. El tren, atestado con unos dos mil prisioneros, atravesaba Viena. Cerca de medianoche pasamos por una estación de la ciudad. El trayecto del tren nos acercaba a la calle donde había nacido y vivido durante tantos años (hasta el día de mi internamiento). Íbamos cincuenta personas en aquel vagón, que tenía dos pequeños ventanucos con rejas. Debido al escaso espacio, tan abarrotado de gente, solo unos pocos podían estar en cuclillas; los demás aguantaban de pie, durante horas, amontonados junto a los ventanucos. Alzándome de puntillas y mirando desde atrás, por encima de las cabezas, conseguí atisbar, tras los barrotes, una imagen fantasmagórica de mi ciudad natal. Todos nos sentíamos más muertos que vivos, pues sospechábamos que el transporte se dirigía al campo de Mauthausen y que nos quedaban una o dos semanas de vida. Tuve la intensa sensación de mirar las calles, las plazas y las casas de mi niñez con los ojos de un muerto que regresa del otro mundo a contemplar una ciudad fantasma. Tras un retraso de varias horas, el tren arrancó lentamente de la estación y entonces vi la calle donde había nacido, ¡mi calle! Los jóvenes, tras años de cautiverio, se agolpaban en los ventanucos contemplando la ciudad; aquel viaje era para ellos un acontecimiento. Les rogué, les supliqué que me dejaran un momento acercarme al ventanuco. Intenté explicarles cuánto significaba para mí volver a ver mi calle. Imploré en vano; me rechazaron con rudeza y cinismo: «¿Que has vivido ahí tantos años? Entonces ya lo tienes muy visto».

POLÍTICA Y RELIGIÓN

Este vacío emocional de los reclusos veteranos es uno de los fenómenos que mejor expresa la desvalorización de todo lo que no favorezca la conservación de la propia vida.

Lo demás se consideraba superfluo. En el *Lager* sufríamos, por decirlo así, una «hibernación cultural», con dos excepciones: la política y la religión. En el campo se hablaba por todas partes y casi constantemente de política. Las discusiones surgían de rumores que se filtraban en el campo y se propagaban rápidamente. Los rumores sobre la situación militar eran, en general, contradictorios. Se sucedían con celeridad y solo conseguían azuzar la guerra de nervios librada en la mente de todos los prisioneros. Una y otra vez se desvanecía la esperanza del inmediato final de la guerra, avivada por habladurías candorosas. Con tantos desencantos, algunos perdían toda esperanza, aunque había quien mantenía un incorregible optimismo que resultaba irritante.

Cuando los prisioneros sentían inquietudes religiosas, estas brotaban de lo más profundo que cabe imaginar. El recién llegado se sorprendía, con frecuencia, de la admirable convicción de las creencias religiosas de los reclusos. Eran estremecedores los momentos de oración y los ritos improvisados en un rincón del barracón o en la penumbra del camión de ganado en el que volvíamos al campo desde el distante lugar de trabajo, cansados, hambrientos, helados, con las ropas harapientas.

En el invierno y la primavera de 1945 se desató una epidemia de tifus que contagió a muchos reclusos. La mortalidad aumentó entre los más débiles, obligados a trabajar hasta el límite de sus fuerzas. Las barracas para los enfermos carecían de las más mínimas condiciones, apenas teníamos medicamentos y prácticamente no había personal sanitario. Algunos síntomas de la enfermedad eran extremadamente desagradables: la irreprimible aversión a la comida, que incrementaba el peligro de muerte, y los horribles ataques de delirio. El caso más doloroso de delirio lo sufrió un amigo mío que, creyéndose a punto de morir, no conseguía recordar ninguna oración. Para no sucumbir a esos aterradores ataques intentábamos no dormir. Yo lo lograba improvisando conferencias imaginarias, y me propuse reconstruir el manuscrito perdido en la cámara de desinfección: garabateaba en taquigrafía las palabras esenciales en pequeños trozos de papel.

Una sesión de espiritismo

De vez en cuando se producían discusiones científicas en el campo. En una ocasión presencié algo que jamás había visto en mi vida anterior, aunque se relacionara tangencialmente con mis intereses profesionales: una sesión de espiritismo. Me convocó el médico jefe del campo —también recluso—, que sabía que yo era psiquiatra. La reunión, rigurosamente secreta, se celebró en su pequeño cuarto privado de la enfermería. Formábamos un círculo reducido al que se agregaba, de forma antirreglamentaria, el suboficial de seguridad del equipo sanitario.

Un prisionero extranjero invocó a los espíritus con una especie de oración. El administrativo del campo estaba sentado ante una hoja de papel en blanco y un lápiz en la mano, pero sin la intención voluntaria de escribir. En el curso de la sesión, que concluyó a los diez minutos debido al fracaso del médium para conjurar a los espíritus, el lápiz del administrativo dibujó, lentamente, unas líneas sobre el papel, de las que surgió, de forma bastante legible, la frase «vae v.». Alguien aseguró que el administrativo no sabía latín y que nunca había oído esa expresión: *Vae victis*, «¡Ay de los vencidos!». En mi opinión, es muy probable que hubiese oído alguna vez esas palabras, sin captarlas conscientemente, y que hubieran permanecido en su interior para que el «espíritu» (el espíritu de su inconsciente) las recuperara en aquel momento, meses antes de nuestra liberación y del final de la guerra.

La huida hacia el interior

Pese a la bajeza física y mental imperantes en el campo de concentración, podía cultivarse una profunda vida espiritual. Las personas de mayor sensibilidad, acostumbradas a una activa vida intelectual, posiblemente sufrieran muchísimo (a menudo su constitución era frágil); sin embargo, el daño infligido a su ser íntimo fue menor, pues eran capaces de abstraerse del terrible entorno y adentrarse, a través de su espíritu, en un mundo interior más rico y dotado de paz espiritual. Solo así se explica la aparente paradoja de que los menos fornidos soportaran mejor la vida del campo que los de constitución más robusta.

Para aclarar esta cuestión tengo que recurrir de nuevo a la experiencia personal. Contaré la serie de rutinas que se repetían cada mañana, antes del alba, cuando nos dirigíamos al lugar de trabajo. Oíamos las órdenes vociferantes: «¡Atención, destacamento adelante! ¡Izquierda, dos, tres, cuatro! ¡Izquierda, dos, tres, cuatro! ¡Izquierda, dos, tres, cuatro! ¡Izquierda, dos, tres, cuatro! ¡El primer hombre, media vuelta a la izquierda, izquierda, izquierda, izquierda! ¡Gorras fuera!». Todavía resuenan en mis oídos esas palabras. A la orden de «¡Gorras fuera!» atravesábamos la verja del campo, enfocados por los reflectores. El que no marchaba con marcialidad recibía una patada, pero corría peor suerte el que, para protegerse del frío, osaba calarse la gorra hasta las orejas antes de tener permiso de hacerlo.

En la oscuridad del alba tropezábamos con las piedras y pisábamos los charcos de la única carretera de acceso al campo. Los guardias nos conducían a culatazos, gritándonos constantemente. Los que tenían los pies llagados se apoyaban en el brazo de su vecino. Apenas se oía una palabra; el viento helado no estimulaba la conversación. Con la boca

protegida por el cuello de la chaqueta, el hombre que marchaba a mi lado me susurró de repente:

—¡Si nuestras mujeres nos vieran ahora! Espero que ellas estén mejor en sus campos e ignoren nuestra situación. —Sus palabras avivaron el recuerdo de mi esposa.

CUANDO SE HA PERDIDO TODO

Caminábamos kilómetros a trompicones, resbalando en el hielo y sosteniéndonos mutuamente, sin decir nada, pero los dos sabíamos que cada uno pensaba en su mujer. Yo levantaba de vez en cuando la vista al cielo y veía diluirse las estrellas en el primer albor rosáceo de la mañana, tras una oscura franja de nubes. Pero mi mente se aferraba a la imagen de mi mujer, a quien imaginaba con asombrosa nitidez. La vi contestándome, sonriéndome con su mirada franca y alentadora. Real o imaginaria, su mirada iluminaba más que el sol del amanecer.

En ese estado de embriaguez un pensamiento vino a mi mente, comprendía, por primera vez, la verdad contenida en las canciones de los poetas y proclamada como el conocimiento supremo por tantos pensadores: el amor es la meta última y más alta a la que puede aspirar el hombre. Percibí entonces, en toda su profundidad, el significado del mayor secreto que la poesía, el pensamiento y las creencias intentan comunicar: *la salvación del hombre consiste en el amor y pasa por el amor*. Comprendí que un hombre despojado de todo todavía puede conocer la felicidad —aunque sea solo por un instante— si contempla al ser amado. Incluso en un estado de desolación absoluta, cuando ya no cabe expresarse mediante una acción positiva, cuando el único logro posible consiste en soportar dignamente el sufrimiento, en tal situación, el hombre es capaz de realizarse en la contemplación amorosa de la imagen de la persona amada. Por vez primera entendí el significado de las palabras: «Los ángeles se abandonan en la eterna contemplación amorosa de la gloria infinita».

Delante de mí un hombre tropezó y se desplomó, y sobre él cayeron los que iban detrás. Furioso, el guardia se acercó y sacudió el látigo sobre los cuerpos esparcidos por el suelo. Este incidente distrajo mi pensamiento por unos segundos, pero enseguida mi alma encontró el camino para regresar a su mundo, y, olvidándome de la vida en cautiverio, seguí hablando con mi amada: yo le preguntaba y ella contestaba; luego ella preguntaba y yo respondía.

—¡Alto!

Habíamos llegado al lugar de trabajo. Nos precipitamos en el interior de la oscura caseta en busca de una herramienta en buen estado. Cada prisionero se hizo con una

piqueta o una pala.

—¿No podéis daros más prisa, cerdos?

Pronto reanudamos el trabajo en la zanja, allí donde lo habíamos dejado el día anterior. El suelo helado crujía con los golpes de las piquetas y saltaban chispas. Los hombres permanecían silenciosos, con el cerebro entumecido.

Mi mente se aferraba aún a la imagen de mi mujer. De pronto me asaltó una inquietud: no sabía siquiera si seguía viva. Pero estaba convencido de algo: el amor trasciende la persona física del ser amado y halla su sentido más profundo en el ser espiritual, el yo íntimo. Que esté o no presente esa persona, que siga viva o no, en cierto modo carece de importancia.

Ignoraba si mi mujer vivía y no tenía medios para averiguarlo (a lo largo del cautiverio no tuvimos contacto postal con el exterior), pero en aquel momento esa cuestión había dejado de inquietarme. No sentía necesidad de comprobarlo; nada afectaba a la fuerza de mi amor, a mis pensamientos y a la imagen de mi amada. Si entonces hubiera sabido que mi mujer estaba muerta, creo que —insensible a la noticia— habría seguido contemplando su imagen y hablando con ella con igual viveza y satisfacción.

«Ponme de sello sobre tu corazón [...] pues fuerte es el amor como la muerte» (Cantar de los cantares 8,6).

Meditaciones en la zanja

La intensificación de la vida interior protegía al prisionero del vacío, la desolación y la pobreza espiritual de la vida del campo, devolviéndolo a su vida anterior. Al dejar libre la imaginación, esta se solazaba en hechos del pasado, aunque no en los más valiosos. Al contrario, se recreaba con ternura en pequeños sucesos, en cosas insignificantes. La nostalgia los transfiguraba y adquirían un matiz especial. El mundo al que pertenecían parecía muy distante y, no obstante, el alma se refugiaba en ellos con añoranza: yo me veía tomando el autobús, abriendo la puerta de mi apartamento, contestando al teléfono, encendiendo las luces... Nuestros pensamientos a menudo se concentraban en esos detalles insignificantes con tanta intensidad que casi nos hacían llorar.

A medida que se intensificaba la vida interior de algunos reclusos, apreciábamos también la belleza del arte y de la naturaleza con una emoción desconocida. Bajo su influencia olvidábamos a veces las terribles condiciones de nuestro entorno. Si en el trayecto de Auschwitz a un campo de Baviera alguien hubiera visto, asomados a los ventanucos de los vagones del tren, nuestros rostros radiantes al contemplar las cimas de las montañas de Salzburgo, refulgentes por la puesta de sol, no habría creído que

fuésemos hombres que habían perdido toda esperanza de vida y libertad. A pesar de ello —o tal vez precisamente por ello— nos maravillaba la belleza de la naturaleza, de la que nos privó tanto tiempo el cautiverio.

Incluso sucedía que, en pleno trabajo, un prisionero atraía la atención de su compañero señalándole un resplandeciente crepúsculo tras las altas copas de los bosques bávaros (como en la famosa acuarela de Durero), en los mismos bosques donde construíamos un enorme almacén secreto de munición. Una tarde, de vuelta en los barracones, ya tumbados en el suelo por el cansancio, con el cuenco de sopa entre las manos, entró de pronto un compañero que nos urgía a salir a contemplar una maravillosa puesta de sol. Allí, de pie, vimos hacia el oeste un cielo plagado de nubes que variaban de forma y color, del azul acero al rojo bermellón. Esa luminosidad contrastaba con la hiriente desolación grisácea de los barracones y del suelo fangoso, cuyos charcos reflejaban aún el resplandor del cielo. Luego, tras unos minutos de silenciosa emoción, un prisionero dijo: «¡Qué hermoso *podría* ser el mundo!».

Monólogo al amanecer

En otra ocasión, mientras cavábamos una zanja, el amanecer proyectaba una luz grisácea. Gris el cielo y gris la nieve, bañada por la luz del alba; grises los harapos, que malamente cubrían los cuerpos de los prisioneros, y grises sus rostros. Mientras trabajaba, mi imaginación hablaba con mi mujer, o acaso quería escudriñar la razón de mi sufrimiento, de mi lenta agonía. En una violenta protesta contra lo inexorable de la muerte inminente, sentí que mi espíritu atravesaba todo el gris circundante, que trascendía ese mundo desesperado, y en algún lugar oí un victorioso «sí» en respuesta a mi pregunta sobre si finalmente la vida tenía sentido. En ese momento se encendió una luz en una granja lejana, recortada en el horizonte como una pincelada de color, radiante en aquel amanecer grisáceo en Baviera. *Et lux in tenebris lucet.* «Y la luz brilla en medio de la oscuridad».

Estuve muchas horas despedazando la tierra helada. El guardia pasaba junto a mí y me insultaba, pero yo seguía hablando con mi amada. La sentía a mi lado cada vez con mayor intensidad. Tenía la sensación de que podía tocarla, que si extendía la mano alcanzaría la suya. Una sensación extraordinariamente viva: ella estaba realmente *ahí.* En ese preciso instante, un pájaro se posó justo delante de mí, sobre el montón de tierra extraído de la zanja, y me miró fijamente.

Unos párrafos atrás he hablado del arte. ¿Hay algo parecido en un campo de concentración? Depende de lo que se entienda por arte. De vez en cuando se improvisaba algo parecido a un espectáculo de cabaret. Se despejaba temporalmente un barracón, se apiñaban unos bancos y se planeaba un programa. Allí iban por la noche los privilegiados, los *kapos* y los que no tenían que realizar largas marchas fuera del campo. Se reían, lloraban, alborotaban un poco, cantaban, recitaban poemas, contaban chistes que satirizaban la vida del campo, con la exclusiva finalidad de ayudar a olvidar, y lo conseguían. El espectáculo tenía tanto éxito que incluso algún prisionero común asistía a la función, a pesar de que podía perderse el escuálido rancho diario y estar agotado.

Al principio del internamiento nos permitían reunirnos en un cuarto de máquinas a medio construir para saborear durante media hora —el tiempo de descanso— la ración de sopa (aguachirle que pagaba la empresa constructora). Al entrar, cada uno recibía un cucharón de esa sopa aguada; mientras la sorbíamos con avidez, un prisionero italiano, encaramado en una cuba, entonaba arias italianas, su buena voz era envidiable. Disfrutábamos enormemente el recital, y el italiano se garantizaba una ración doble del «fondo» del perol, es decir, ¡con guisantes!

En el campo se premiaba no solo el entretenimiento, sino también el aplauso. A mí, por ejemplo, podría haberme protegido (¡y fui muy afortunado en no necesitarlo!) el *kapo* más temido del *Lager*, conocido con razón con el sobrenombre de «el *kapo* asesino». Sucedió así: una tarde tuve el gran «honor» de ser invitado otra vez al cuarto donde había tenido lugar la sesión de espiritismo. Se habían reunido los mismos amigos íntimos del médico jefe y, de nuevo, de forma antirreglamentaria, el suboficial de seguridad del equipo sanitario. Entró por casualidad «el *kapo* asesino» y le pidieron que nos recitara alguno de sus poemas, tristemente célebres en el campo. No se hizo rogar. Sacó de inmediato una libreta y leyó algunos fragmentos de su arte literario. Me mordía los labios hasta sangrar para no reírme al escuchar sus poemas de amor. Posiblemente ese esfuerzo me salvó la vida. Aplaudí con adulador entusiasmo; esto podía suponer un trato de favor si era asignado a su cuadrilla, a la que ya un día me habían destinado, y me había bastado con aquella experiencia. Resultaba útil, en todo caso, que «el *kapo* asesino» lo conociera a uno desde una perspectiva favorable. Por tanto, aplaudía con todas mis fuerzas.

Desde luego, cualquier tentativa de hallar arte en el campo adquiría, en general, aspectos grotescos. La sensación artística, me parece, surgía del fantasmagórico contraste entre lo chusco del espectáculo y la desolación de la vida en el campo como telón de fondo. Nunca olvidaré que en la segunda noche en Auschwitz la música me

despertó de un sueño profundo. El vigilante del barracón celebraba una especie de fiestecilla en su cuarto, cerca de nuestra puerta. Voces achispadas tarareaban conocidas canciones. De pronto se hizo el silencio y un violín tocó en la noche un tango desesperadamente triste, una melodía desconocida y quizá por eso más atractiva. El violín parecía «llorar» y una parte de mí también lloraba: aquel día alguien cumplía veinticuatro años, alguien que dormía en algún lugar de Auschwitz, tal vez solo a unos cientos de metros de mí, y aun así por completo inalcanzable. Ese alguien era mi mujer.

EL HUMOR EN EL CAMPO

El descubrimiento de algo parecido al arte en un campo de concentración sin duda sorprenderá, pero aún más sorprendente es que allí también hubiera sentido del humor; claro que un humor apagado y de escasa duración. El humor es otra de las armas del alma en su lucha por la supervivencia. Es sabido que el humor, más que cualquier otra cosa en la existencia humana, proporciona el distanciamiento necesario para sobreponerse a cualquier situación, aunque sea un instante.

Yo mismo aleccioné a un amigo y colega, junto al cual trabajé durante semanas, a desarrollar su sentido del humor. Le sugerí que inventáramos cada día al menos una historia divertida que pudiera suceder tras nuestra liberación. El hombre era un cirujano que había trabajado en el equipo de un gran hospital; intenté arrancarle una sonrisa representando su actuación profesional al reincorporarse a su antiguo puesto sin haber olvidado aún las costumbres adquiridas en el campo. A pie de obra (y en especial si el supervisor hacía su ronda), el capataz nos forzaba a trabajar más rápido al grito de «¡Acción! ¡Acción!». Así que le dije a mi amigo: «Un día estarás en el quirófano operando a un paciente de peritonitis. Y un enfermero entrará de pronto anunciando la llegada del director del equipo de cirugía: “¡Acción! ¡Acción! ¡Que viene el jefe!”».

Otros imaginaban escenas divertidas en el ansiado futuro en libertad. Por ejemplo, en una cena de cierto relumbre social, olvidarían la buena educación y le rogarían a la anfitriona que les sirviera de la sopa una cucharada «del fondo», como pedían cada noche al *kapo* de turno.

Los intentos por desarrollar el sentido del humor y ver la realidad bajo una luz humorística constituyen una especie de truco que aprendemos en el arte de vivir. Incluso es posible practicarlo en un campo de concentración, aunque el sufrimiento sea omnipresente. Se podría explicar de esta forma: el sufrimiento humano actúa como un gas en una cámara vacía; el gas se expande por completo y regularmente en el interior, con independencia de la capacidad de la cámara. Análogamente, el sufrimiento, sea

fuerte o débil, ocupa el alma y toda la conciencia del hombre. De ahí se deduce que el «tamaño» del sufrimiento humano es relativo. Y a la inversa, el hecho más insignificante puede generar las mayores alegrías. Sirva de ejemplo lo que nos sucedió en el viaje de Auschwitz a un campo filial de Dachau. Todos temíamos que nos fueran a trasladar a Mauthausen. Nuestro nerviosismo aumentaba a medida que el tren se acercaba a un puente sobre el Danubio que había que cruzar si el destino era Mauthausen, como lo atestiguaban los prisioneros con experiencia. Quien no haya presenciado una escena similar, difícilmente imaginará los saltos de júbilo de los prisioneros, hacinados en el vagón, al comprobar que el tren no cruzaba el puente. Por fortuna, nos dirigíamos «solo» a Dachau.

¿Y qué sucedió al llegar a Dachau, tras un viaje de dos días y tres noches? En el vagón no había sitio para que todos pudiéramos viajar acurrucados en el suelo; la mayoría hizo el trayecto de pie y solo algunos se turnaban para ponerse de cuclillas sobre la escasa paja, empapada de orines. Llegamos extenuados. Con todo, la información de los veteranos nos levantó el ánimo: el campo era pequeño (constaba de 2500 reclusos) y ¡no tenía crematorios ni cámaras de gas! Eso significaba que en un campo así ni los «musulmanes» iban a la cámara de gas, ya que debían esperar, como mínimo, a que se organizara un nuevo «convoy de enfermos» que los devolviera a Auschwitz. Esta agradable noticia nos puso a todos de buen humor. El deseo del viejo vigilante de nuestro barracón en Auschwitz se había cumplido: a diferencia de Auschwitz, estábamos en un campo sin «chimenea». Bromeábamos, reíamos, contábamos chistes, sin saber qué nos depararían las horas siguientes.

En el recuento de los recién llegados faltaba un prisionero. Tuvimos que esperar, bajo la lluvia y el viento helado, a que apareciera. Lo encontraron finalmente dormido en un barracón, abatido por el cansancio. En represalia, ese recuento se convirtió en castigo: estuvimos de pie, a la intemperie, toda la noche hasta la mañana siguiente, helados y calados hasta los huesos, después de un viaje agotador. ¡Y aun así nos sentíamos todos muy contentos! Estábamos en un campo sin chimenea y lejos de Auschwitz.

¡Quién fuera un preso común!

En otra ocasión pasó cerca de nuestro lugar de trabajo un grupo de convictos. Con qué claridad comprendimos la relatividad del sufrimiento humano. ¡Cómo envidiábamos a estos presos por su vida relativamente ordenada, segura, higiénica y feliz. Quizá se bañaban con cierta frecuencia, pensábamos con tristeza. Seguramente disponían de cepillos de dientes, de ropa, de un colchón para cada uno, y el correo les traía cada mes

noticias de los suyos, o al menos sabían si estaban vivos o muertos. Nosotros, en cambio, hacía mucho tiempo que no teníamos ninguna de esas cosas.

¡Envidiábamos incluso a aquellos de los nuestros que trabajaban en una fábrica cubierta, al abrigo de la lluvia y el viento! Todos ansiábamos cualquier privilegio, pues la escalera de la suerte tenía muchos peldaños. Por ejemplo, entre los destacamentos que trabajaban fuera del campo (en uno de ellos estaba yo) había unidades que se consideraban peores que otras. Se envidiaba al que no tenía que chapotear en la húmeda y fangosa arcilla de una pendiente, mientras vaciaba durante doce horas las artesas del ferrocarril. La mayoría de los accidentes diarios se producían en esa tarea, y con frecuencia eran mortales.

En otras cuadrillas los capataces seguían la tradición, al parecer local, de propinar a los prisioneros golpes a diestro y siniestro, lo que nos hacía envidiar la relativa suerte de no estar bajo su mando, o de estarlo solo temporalmente. Una vez, debido a una fatalidad, me incluyeron en ese grupo. Si no fuera porque una alarma aérea nos obligó a dejar el trabajo después de las primeras dos horas —durante las cuales el capataz se ensañó especialmente conmigo— y a reagruparnos pasado un tiempo, creo que habría regresado al *Lager* en una de las camillas que transportaban a los muertos y los moribundos (casi siempre por fatiga extrema). Nadie puede imaginar el alivio que, en semejante situación, produce el sonido de la sirena; ni siquiera el boxeador que ha oído la campana del final del asalto y que, en el último instante, gracias a ella se salva de ser noqueado.

SUERTE ES LO QUE UNO NO PADECE

Agradecíamos el alivio más insignificante. Nos conformábamos con tener tiempo para despiojarnos antes de ir a la cama, lo que no era ningún placer, pues había que estar desnudo en un barracón con carámbanos colgando del techo. Nos contentábamos si durante la operación no sonaba la alarma aérea y la luz no se apagaba. Pues en la oscuridad era imposible despiojarse y no hacerlo suponía pasar la noche en vela.

Los escasos «placeres» de la vida del campo no constituían sino una especie de felicidad negativa —«la ausencia de dolor», en expresión de Schopenhauer—, por tanto, eran una alegría relativa. Los placeres positivos escaseaban, incluso los más pequeños. Recuerdo haber confeccionado un día una especie de contabilidad de los placeres diarios, y haber llegado a la conclusión de que en varias semanas había experimentado solo dos momentos placenteros. Uno sucedió a la vuelta del trabajo, cuando fui admitido en el barracón de cocina, tras una larga espera, y asignado a la fila que atendía F., el cocinero-

prisionero. Detrás de las enormes cacerolas, F. servía la sopa con endiablada rapidez en los cuencos que le presentaban los prisioneros. Era el único cocinero que repartía la sopa a todos por igual, sin discriminar entre los hombres, sin reparar en la persona y sin favoritismos con sus amigos o paisanos, como hacían otros cocineros que reservaban las patatas del fondo a sus amigos, y los demás debíamos conformarnos con la sopa aguada de la superficie.

Pero no me incumbe juzgar a los prisioneros que favorecían a su propia gente. ¿Quién se atrevería a arrojar la primera piedra contra el que favorece a sus amigos en condiciones en que, tarde o temprano, hay que decidir entre la vida o la muerte? Nadie puede juzgar, a menos que pudiera asegurar, con absoluta certeza, que no habría hecho lo mismo en una situación semejante.

Años más tarde, ya integrado a la vida normal (bastante tiempo después de ser liberado), me enseñaron una revista ilustrada con fotografías de prisioneros hacinados en sus catres, mirando, insensibles e inexpresivos, al visitante: «¿No hay algo terrible en la mirada de esos rostros? ¿Y lo que dejan traslucir...?».

«¿Por qué?», pregunté, pues realmente no lo comprendía. De pronto reviví todo aquello: las cinco de la mañana y la grisácea oscuridad en el patio. Yo dormitaba en un duro tablón sobre el suelo de tierra del barracón donde unos setenta reclusos nos hallábamos «en cuidados». Estábamos enfermos, no teníamos que formar al amanecer ni ir a trabajar. Podíamos permanecer tumbados todo el día en nuestro rincón del barracón y amodorrarnos a la espera del reparto del pan diario (que, por supuesto, era más escaso para los enfermos) y el rancho de sopa (aún más aguada y escasa). ¡Pero cuán satisfechos, qué felices nos sentíamos a pesar de todo! Mientras apretujábamos nuestros cuerpos para conservar el calor, mientras yacíamos allí, demasiado apáticos y perezosos como para mover siquiera un dedo si no era absolutamente necesario, se escuchaban desde la explanada los agudos silbatos y el griterío de órdenes que indicaban el regreso del turno de noche y la formación para el recuento. Nuestra indolencia contrastaba con todo aquello. La ventisca abrió la puerta de par en par y la nieve entró en el barracón. Un compañero exhausto, cubierto de nieve, entró a trompicones y se sentó unos minutos para descansar, hasta que el vigilante lo expulsó. Estaba tajantemente prohibido admitir a un extraño en un barracón mientras se procedía al recuento. ¡Cómo me compadecí de aquel hombre! ¡Y cuánto me alegré de estar «en cuidados» en ese momento y poder dormitar en la enfermería! ¡Qué alivio pasar ahí dos días, y quizá otros dos días más!

Las fotografías de la revista despertaron este recuerdo. Al contar mi experiencia, los que me escuchaban comprendieron por qué no me resultaban tan horribles aquellas escenas: con todo, esos hombres inexpresivos tal vez no se habían sentido tan desgraciados como ellos imaginaban.

La suerte seguía favoreciéndome. Al cuarto día de mi estancia en la enfermería, a punto de ser destinado al turno de noche —lo que supondría una muerte segura—, el médico jefe entró apresuradamente en el barracón y me instó a que me presentara como voluntario para tareas médicas en un campo con enfermos de tifus. Contra el criterio de mis amigos —y consciente de que casi ningún colega se ofrecía—, decidí acudir como médico. Sabía que, dada mi debilidad física, en una cuadrilla moriría en poco tiempo, pero ya que tenía que morir, al menos que mi muerte tuviera algún sentido. Me parecía más sensato intentar ayudar a mis compañeros como médico que vegetar o perder la vida como el trabajador inútil que era entonces. Para mí era una simple cuestión matemática, no un sacrificio. Tiempo después me enteré de que, en secreto, el suboficial del equipo sanitario había ordenado dejar «en cuidados» a los dos médicos voluntarios hasta su traslado al campo de infecciosos. Teníamos un aspecto tan demacrado que seguramente temía enviar, no dos médicos, sino un par de cadáveres más.

Ya he dicho que para nosotros carecía de interés cuanto no se relacionara con la preocupación inmediata por la supervivencia personal y la de los amigos. Todo se supeditaba a ese fin. La supervivencia absorbía la personalidad hasta provocar un torbellino mental que ponía en duda la jerarquía de valores que había sostenido al prisionero antes del internamiento. Influido por un entorno que no reconocía la vida y la dignidad humanas, que despojaba al hombre de voluntad y lo reducía a «carne de exterminio» (no sin antes exprimir sus fuerzas al máximo), la persona acababa por perder sus principios morales. Si en un supremo esfuerzo por conservar la dignidad, el prisionero no luchaba por mantener sus principios, terminaba por perder la conciencia de su individualidad — un ser con mente propia, con voluntad e integridad personal— y se consideraba una simple fracción de una enorme masa de gente: la vida descendía al nivel animal. Los prisioneros eran conducidos como si fueran ganado —de un sitio a otro, juntos o separados—, como un rebaño de ovejas sin pensamiento propio o voluntad. Un reducido grupo de vigilantes, bien adiestrados en métodos de tortura y sadismo, los observaba como una jauría desde todos los ángulos. Conducían constantemente el rebaño, atrás, adelante, con gritos, patadas y golpes; y nosotros obedecíamos como borregos con dos únicos pensamientos: evitar a los perversos sabuesos y conseguir un poco de comida. Igual que las ovejas medrosas se agolpan en el centro del rebaño, también nosotros buscábamos el centro de las formaciones; allí se recibían menos golpes de los guardias, que marchaban en los flancos, al frente y en la retaguardia del grupo. Y a

la vez ir en el centro nos protegía del frío y del viento, de modo que el afán de disolverse en la multitud literalmente suponía una maniobra para salvar el pellejo. Una maniobra que, a la hora de formar, ejecutábamos automáticamente, pero en otros momentos era también una acción consciente, suscitada por la ley del instinto de conservación del *Lager:* no llamar la atención. Hacíamos lo imposible para no llamar la atención de las SS.

AÑORANZA DE SOLEDAD

Por supuesto, había momentos en que era necesario alejarse de la aglomeración. Sabemos que la imposición de la vida comunitaria, en la que continuamente somos observados en las más triviales acciones del día, produce un deseo irrefrenable de estar solo, al menos unos instantes. El prisionero anhelaba estar a solas consigo mismo y con sus pensamientos. Añoraba intimidad y soledad.

Después de mi traslado a uno de los llamados «campos de reposo», tuve la increíble fortuna de encontrar, de vez en cuando, cinco minutos de soledad. Detrás del barracón en el que trabajaba y donde se hacinaban, sobre un suelo de tierra, unos cincuenta pacientes delirantes, había un lugar tranquilo junto a la doble alambrada que rodeaba el campo. Una tienda improvisada con unos postes y ramas de árbol servía de cobertizo para guarecer a unos seis cadáveres (la media diaria de muertes en el campo). Había al lado, además, un pozo, por el que se accedía a las tuberías de la conducción del agua, cubierto con una tapa de madera. Si no me reclamaban, aprovechaba para sentarme en cuclillas sobre esta tapadera y contemplar el florecer de las verdes laderas y las lejanas colinas azuladas del paisaje bávaro, enmarcadas por las alambradas de espino. La melancolía me vencía y mis pensamientos vagaban hacia el norte y el nordeste, en la ansiada dirección de mi hogar, aunque solo podía ver nubes.

No me perturbaban los cadáveres tendidos a mi lado, hormigueantes de piojos. Lo único que me despertaba de mis ensueños eran las inquietantes pisadas de los guardias, o el aviso de la enfermería para recoger un suministro de medicinas para mi barracón —cinco o quizá diez tabletas de aspirina para varios días y cincuenta pacientes—. Las recogía y hacía mi ronda tomando el pulso a los pacientes y administrando media tableta de aspirina en los casos graves. Los desahuciados no recibían ningún medicamento. No les habría servido de nada y se lo privarían a los enfermos que tenían alguna esperanza de curación. Para los pacientes leves solo tenía palabras de aliento. Y esa visita, paciente a paciente, la hacía casi arrastrándome, pues yo mismo estaba débil y exhausto, convaleciente de un fuerte ataque de tifus. Terminada la ronda, volvía a sentarme sobre la tapadera del pozo, mi lugar solitario.

Por cierto, ese pozo salvó en una ocasión la vida de tres compañeros. Poco antes de la liberación, las autoridades del *Lager* organizaron transportes masivos al campo de Dachau. Sensatamente, tres compañeros procuraron evitar el viaje. Se metieron en el pozo y se escondieron de los guardias. Yo me senté tranquilamente sobre la tapa; con aire inocente, tiraba piedrecitas a la alambrada como en un juego infantil. Un guardia reparó en mí y desconfió un momento, pero mi actitud ingenua lo tranquilizó y siguió adelante. Más tarde avisé a los escondidos de que lo peor ya había pasado.

JUGUETE DEL DESTINO

Para una persona ajena a las condiciones de vida del *Lager* resultaría incomprensible el poco valor que allí se concedía a la vida humana. El prisionero ya estaba endurecido, pero adquiría más conciencia del desprecio por la vida cuando se organizaba un convoy de enfermos. Tiraban los cuerpos demacrados en unas carretillas que los prisioneros empujaban varios kilómetros, a veces bajo una tormenta de nieve, hasta el siguiente campo. Si algún pobre enfermo moría antes de salir, lo echaban igualmente en la carretilla, ¡la lista de prisioneros tenía que cuadrar! La lista era lo único importante. Un hombre contaba solo por su número de prisionero, uno se convertía literalmente en un número: estar vivo o muerto, eso carecía de importancia, porque la vida de un «número» era del todo irrelevante. Y todavía importaba menos lo que había detrás de ese número y esa vida: el destino, la historia, el nombre del prisionero... En un transporte de enfermos a un campo de Baviera, en el que yo iba en calidad de médico, había un joven prisionero cuyo hermano no estaba en la lista, por lo que había quedado en tierra. El joven imploró con tal insistencia que el guardia decidió cambiar al hermano por un hombre que en aquel momento prefería quedarse. ¡Pero la lista tenía que cuadrar! Era fácil conseguirlo: el hermano intercambió su número y sus apellidos con el otro prisionero. Pues, como ya he dicho, no teníamos documentación y nuestra suerte consistía en conservar el cuerpo, que, después de todo, aún respiraba.

Las cosas de nuestro alrededor poco nos interesaban, como los harapos que cubrían nuestros cuerpos macilentos, pero cobraran utilidad cuando se organizaban transportes de enfermos: se examinaba con interés y sin ningún disimulo a los «musulmanes» que partían para comprobar si sus abrigos o zapatos eran mejores que los propios y, en tal caso, cambiárselos. Al fin y al cabo, su suerte ya estaba echada. En cambio, los que quedaban en el campo y podían trabajar debían ingeniárselas como pudieran para mejorar sus posibilidades de supervivencia. No cabía ni un ápice de sentimentalismo. Los prisioneros se sabían completamente a merced del humor de los guardias —juguetes del

destino—, lo que los hacía tan inhumanos como presagiaban las circunstancias.

Yo sostenía, antes de mi internamiento, que tras cinco o diez años una persona estaba en condiciones de saber si algo la había favorecido o no en la vida. En el campo de concentración el tiempo se acortaba: en cinco minutos ya sabíamos si algo había sido beneficioso.

Ya en Auschwitz me impuse una norma que se demostró acertada y que otros luego adoptaron. Consistía en responder con sinceridad a cuanto se me preguntaba, pero sin salirme de la pregunta. Si me preguntaban la edad, la decía; si deseaban conocer mi profesión, decía «médico», sin más explicaciones. En la primera mañana en Auschwitz, un oficial de las SS asistió a la revista. Nos ordenaron agruparnos siguiendo diferentes criterios: prisioneros de más de cuarenta años, de menos de cuarenta, trabajadores del metal, mecánicos, etc. A continuación, examinaron si teníamos hernias, y con algunos formaron un grupo aparte. El mío fue conducido a otro pabellón, donde nos alinearon de nuevo. Tras otra selección y después de nuevas preguntas sobre mi edad y profesión, me incluyeron en un grupo muy reducido. De nuevo nos condujeron a otro pabellón y nos agruparon de forma diferente. Este proceso se alargó bastante tiempo y, al verme rodeado de extranjeros que hablaban idiomas para mí ininteligibles, comencé a sentirme desasosegado. Por fin pasé la última revisión y ¡volví a encontrarme con los compañeros del primer barracón! Ellos no se habían percatado de que yo había deambulado de pabellón en pabellón. Pero yo sí fui consciente de que en ese tiempo me había cruzado con destinos diferentes.

Cuando se organizó el mencionado traslado de los enfermos al «campo de reposo» incluyeron mi nombre (es decir, mi número) porque necesitaban algunos médicos. Nadie creía que el final del trayecto fuera realmente un campo de reposo. Estábamos al tanto de sus artimañas. Semanas antes se había organizado un traslado similar, y ya entonces sospechábamos que los deportados habían acabado en la cámara de gas. La incredulidad era tal que, cuando se anunció que serían borrados de la lista del traslado quienes se presentaran voluntarios para el temido turno de noche, de inmediato se ofrecieron ochenta y dos prisioneros. Quince minutos más tarde se canceló el transporte, y los ochenta y dos prisioneros quedaron inscritos en el turno de noche. Para la mayoría supuso la muerte en los siguientes quince días.

LA ÚLTIMA VOLUNTAD APRENDIDA DE MEMORIA

Era la segunda vez que se organizaba un trasporte a un campo de reposo. No nos fiábamos, y no podíamos saber si se trataba de una estratagema para explotar a los

enfermos hasta el último aliento —aunque duraran solo catorce días—, o si terminarían en la cámara de gas o en un verdadero campo de reposo. Todo resultaba insidiosamente intrigante. El médico jefe, que me había tomado afecto, me comentó cautelosamente una noche, a las diez menos cuarto:

—He dicho en la oficina que aún se puede borrar tu nombre de la lista. Tienes hasta las diez para solicitarlo.

Le contesté amistosamente que ese proceder no iba conmigo. Había aprendido a dejar que el destino siguiera su curso.

—Prefiero quedarme con mis amigos enfermos —le contesté.

Asomó en sus ojos un brillo de piedad, como si supiera... Me estrechó la mano en silencio, a modo de adiós, no para la vida, sino desde la vida. Volví despacio a mi barracón, donde un buen amigo me estaba esperando.

—¿Quieres de verdad irte con ellos? —me preguntó, compungido.

—Sí, voy a ir.

Se le saltaron las lágrimas. Intenté consolarlo, y le expresé mi última voluntad:

—Escucha, Otto, si no regreso a casa con mi mujer y tú la vuelves a ver, dile, en primer lugar, que hablábamos de ella todos los días, a todas horas. Recuérdalo. En segundo lugar, dile que la he amado más que a nadie en el mundo. Y en tercer lugar, que el breve tiempo de felicidad de nuestro matrimonio me ha compensado de todo, incluso del sufrimiento que aquí hemos tenido que soportar.

¿Dónde estás ahora, Otto? ¿Estás vivo? ¿Qué ha sido de ti desde esa última hora que lloramos juntos? ¿Has encontrado a tu mujer? ¿Recuerdas que te hice memorizar, palabra por palabra, mi testamento, a pesar de tus lágrimas de niño?

A la mañana siguiente partí con el transporte. En esta ocasión no era ningún truco. Llegamos a un campo de reposo, no a una cámara de gas. Los que me habían compadecido se quedaron en un campo donde el hambre se ensañaría con ellos con una fiereza mayor que en el nuevo campo. Habían querido salvarse, pero firmaron su sentencia de muerte. Meses después, tras la liberación, encontré a un amigo, vigilante de aquel campo. Me contó que a los pocos días de mi marcha, le ordenaron buscar un trozo de carne humana «robada» de un montón de cadáveres. Lo encontró cociéndose en un puchero. En aquel campo, de cuyo ulterior infierno me había escapado a tiempo, había hecho su aparición el canibalismo.

¿No recuerda esto el viejo cuento *Muerte en Teherán*? Un persa rico y poderoso paseaba un día por el jardín con uno de sus criados. Este estaba compungido porque acababa de ver a la muerte, que lo había amenazado. El criado suplica a su amo que le preste un caballo veloz para huir a Teherán, adonde podía llegar esa misma noche. El amo accede y el sirviente se aleja al galope. Al regresar a casa, el amo se encuentra con

la muerte y le pregunta:

—¿Por qué has asustado y amenazado tanto a mi criado?

—No lo he amenazado. Me ha sorprendido verlo aquí, cuando tengo que encontrarme esta noche con él en Teherán —respondió la muerte.

Planes de fuga

El prisionero de un campo de concentración padecía un miedo atroz a tomar decisiones o a tener cualquier tipo de iniciativa. Era la consecuencia de sentirse un juguete del destino, como si no pudiera interferir en el curso ya marcado. Añádase a eso la apatía que paralizaba el ánimo del prisionero. No obstante, de vez en cuando era necesario tomar rápidas decisiones que podían significar la vida o la muerte, aunque el prisionero prefería que el destino eligiera por él. Esta tendencia a evitar la responsabilidad se manifestaba especialmente cuando al recluso se le presentaba la oportunidad de evadirse. ¿Debía fugarse o no? Había que reflexionar y decidir en escasos minutos —siempre era cuestión de minutos—, y eso suponía una inconcebible tortura. ¿Tenía que intentar escapar? ¿Valía la pena correr ese riesgo?

También yo experimenté ese tormento. Tuve la oportunidad de escapar cuando se acercaba el frente de batalla. Un médico amigo, encargado de visitar los barracones fuera del campo, quería evadirse y llevarme con él. Me sacaría del campo con el pretexto de que un enfermo grave necesitaba la atención de un especialista. Una vez fuera, un miembro de la resistencia extranjera nos facilitaría uniformes, documentos y alimentos. A última hora surgieron dificultades técnicas y nos vimos obligados a volver al *Lager*.

La intentona nos surtió de algunas provisiones —unas pocas patatas podridas— y de una mochila para cada uno. Entramos en un barracón vacío de la sección de mujeres, a quienes habían evacuado a otro campo. El barracón era un caos; parecía que las mujeres habían conseguido víveres y habían escapado. Por todas partes había desperdicios, jirones de ropa, paja, alimentos podridos y loza rota. Algunos tazones aún estaban en buen estado y nos hubieran servido, pero preferimos dejarlos. Sabíamos muy bien que últimamente, desde que la situación en el *Lager* se había vuelto del todo desesperada, los cuencos no se habían utilizado ya solo para comer, sino también de palanganas y orinales. (En el campo regía una norma inflexible que prohibía tener cualquier tipo de utensilio en el barracón; no obstante, algunos prisioneros tenían que incumplirla, en especial los afectados de tifus, demasiado débiles para salir al chamizo a hacer sus necesidades, aun con ayuda). Mientras yo vigilaba, mi amigo entró en el barracón y al rato salió con una mochila bajo la chaqueta. Había visto otra en el interior del barracón y

yo debía ir a buscarla. Esta vez él vigiló y yo entré. Al escarbar en aquella basura encontré la mochila y, para mi gran sorpresa y satisfacción, incluso un gastado cepillo de dientes; pero, de pronto, entre los objetos abandonados vi el cadáver de una mujer...

Entonces volví corriendo a mi barracón e hice acopio de mis posesiones: mi cuenco, un par de mitones rotos («herencia» de un paciente muerto de tifus) y unos cuantos recortes de papel con signos taquigráficos (en los que, como ya he mencionado, había empezado a recomponer el manuscrito perdido al entrar en Auschwitz). Hice una última visita a mis pacientes, que yacían hacinados a ambos lados del barracón, sobre camastros de madera carcomida. Me acerqué a un paisano mío, agonizante, cuya vida me había empeñado inútilmente en salvar. Debía guardar la máxima discreción sobre mi intento de fuga, pero el enfermo debió intuir algo (quizá notó mi nerviosismo). Con voz cansada me preguntó: «¿Tú también te vas?». Lo negué, aunque me costaba eludir su triste mirada. Al terminar la ronda volví a su lado. Sentí otra vez su triste mirada y algo semejante a un reproche. Eso hizo que se agudizara en mí la desapacible inquietud que me oprimía el corazón desde que había resuelto evadirme del campo con mi amigo. De repente decidí, por una vez, sobreponerme a mi destino. Salí a toda prisa y le dije a mi amigo que no podía irme. Tan pronto como expresé la resolución de quedarme con los enfermos, desapareció la inquietud interior. No sabía qué nos depararían los días siguientes, pero había ganado una paz interior que nunca antes había experimentado. Volví al barracón, me senté en los tablones, a los pies de mi paisano, y traté de consolarlo; luego hablé con los demás, intentando calmar sus delirios.

Y llegó el último día que pasamos en el campo. Al acercarse el frente de batalla, casi todos los prisioneros eran trasladados a otros campos. Las autoridades, los *kapos* y los cocineros se habían esfumado. Ese día se ordenó la evacuación total del campo hasta el atardecer. Incluso los pocos prisioneros que quedaban —los enfermos, unos pocos médicos y el «personal sanitario»— tenían que marcharse de inmediato. Por la noche se iba a prender fuego al campo de concentración.

Pero a media tarde aún no habían aparecido los camiones que debían trasladar a los enfermos. En lugar de esto, se cerraron de pronto las puertas y se intensificó la vigilancia sobre la alambrada, para evitar intentos de fuga. Todo parecía indicar que se condenaba a los enfermos a perecer en el fuego.

Los acontecimientos parecían cobrar un nuevo rumbo, entonces mi amigo y yo decidimos intentar la fuga por segunda vez.

Nos habían ordenado enterrar a tres cadáveres al otro lado de la alambrada. Éramos las únicas dos personas en el campo con fuerzas suficientes para realizar esa tarea; todos los demás yacían en los barracones que estaban aún en uso, delirando y postrados por la fiebre. Trazamos nuestro plan: con el primer cadáver sacaríamos la mochila de mi amigo

escondida en la vieja tinaja de ropa sucia que hacía las veces de camilla y ataúd; de igual modo llevaríamos mi mochila con el segundo cadáver; y, en el tercer traslado, intentaríamos la huida. Hicimos los dos primeros traslados según el plan previsto. Tras el segundo, mi amigo intentó conseguir algo de pan para resistir los días que pasaríamos en el bosque. Esperé. Pasaban los minutos y empezaba a impacientarme cada vez más al ver que no aparecía. Después de tres años de cautiverio, sentía ya la maravilla de la libertad, el gozo de correr en dirección al frente. Solo más tarde nos enteramos de lo peligrosa que hubiera resultado esa fuga hacia el frente. Pero no llegamos lejos. En el mismo instante en que, al fin, mi amigo se reunió conmigo, se abrió la verja del campo de par en par y entró un flamante camión, de color aluminio, con grandes cruces rojas, que se detuvo en la explanada donde formábamos. En el camión venía un delegado de la Cruz Roja Internacional de Ginebra, y el campo y sus últimos harapientos ocupantes quedamos bajo su protección. El delegado se alojó en una granja vecina para estar siempre cerca y acudir en caso de emergencia. ¿Quién pensaba ya en evadirse? Descargaron del camión cajas con medicinas, repartieron cigarrillos, nos fotografiaron y nos inundó la alegría. Ya no necesitábamos escapar para llegar al frente.

Debido a nuestra excitación olvidamos el tercer cadáver. Lo sacamos y lo enterramos en la estrecha «fosa» cavada para los tres cuerpos. El guardia de turno —un hombre relativamente inofensivo— de pronto se volvió extremadamente amable. Veía que las cosas estaban cambiando y trataba de ganarse nuestra simpatía: rezó con nosotros por los muertos antes de echar tierra sobre ellos. Tras la tensión y la excitación de los últimos días y las horas pasadas, en esta carrera contrarreloj contra la muerte, nuestras plegarias por la paz eran tan fervientes como las más ardorosas jamás musitadas por una voz humana.

El último día en el *Lager* fue un anticipo de la libertad. Pero nuestro regocijo resultó prematuro. El delegado de la Cruz Roja había asegurado que se había firmado un acuerdo para no evacuar el campo. Sin embargo, por la noche llegaron los camiones de las SS con instrucciones de despejar el campo. Los últimos prisioneros serían enviados a un campo central desde donde se los remitiría a Suiza, en menos de cuarenta y ocho horas, para ser intercambiados por prisioneros de guerra. No reconocíamos a los hombres de las SS, con esa amabilidad insólita animándonos a subir sin miedo a los camiones y felicitándonos por nuestra buena suerte. Los que tenían aún fuerzas se apiñaban en los camiones; se ayudaba a subir a los más débiles o enfermos, no sin dificultad. Mi amigo y yo —sin ocultar ya nuestras mochilas— íbamos en el grupo final. De ese grupo eligieron a trece presos para completar el último camión. El médico jefe contó el número exacto —éramos quince— y nosotros dos quedamos excluidos. Los trece subieron al camión y mi amigo y yo nos quedamos en el campo. Sorprendidos,

desilusionados y enfadados, increpamos al médico jefe, y él se excusó diciendo que la fatiga le impedía centrarse en lo que hacía. Y añadió que creía que aún queríamos fugarnos. Impacientes, nos sentamos con los otros prisioneros, con las mochilas a la espalda, esperando la llegada del último camión. Resultó una larga espera. Rendidos, nos echamos en los colchones del cuarto de guardia, ahora vacío, extenuados por la excitación de los últimos días y horas, durante los cuales fluctuábamos constantemente entre la esperanza y la desesperación. Dormimos con la ropa y los zapatos puestos, listos para el viaje.

De pronto nos despertó el ruido de los rifles y los cañones. Los fogonazos de las bengalas y los disparos de los fusiles alumbraban el barracón. Entró el médico jefe y nos ordenó que nos echáramos a tierra. Un prisionero saltó sobre mi estómago desde la litera con los zapatos puestos. ¡Vaya si me despertó! Entonces caímos en la cuenta de lo que estaba pasando: ¡el frente estaba allí! Se detuvo el tiroteo y empezó a amanecer. En el mástil, junto a la verja del campo, una bandera blanca ondeaba al viento.

Pero solo semanas después supimos que el destino había jugado, una vez más, con los prisioneros no evacuados del campo. De nuevo advertimos lo incierto de las decisiones humanas, especialmente cuando de vida o muerte se trata. Recordé, una vez más, la historia de *Muerte en Teherán*, pensando en los compañeros que aquella noche habían salido en camiones rumbo a la libertad. Pues semanas después tenía delante unas fotografías de un pequeño campo cercano al nuestro adonde habían llevado a mis pacientes, los habían encerrado en barracones y prendido fuego. Los cuerpos de aquellos compañeros, parcialmente carbonizados, se podían aún reconocer en las fotografías.

IRRITABILIDAD

Además de ser un mecanismo de defensa, la apatía era resultado de otros factores. La producía el hambre y la falta de sueño —como en la vida normal—, que también produce irritabilidad, otra característica de la psicología del prisionero del campo de concentración. La falta de sueño se debía en buena medida a los rebosantes barracones infectados de pulgas, que carecían de higiene y atención sanitaria. A eso había que añadir que no consumíamos cafeína ni nicotina, que habrían mitigado la apatía y la irritabilidad.

A esas causas físicas se asociaban las psicológicas, en forma de complejos. La mayoría de los prisioneros sufrían una especie de complejo de inferioridad. Todos habíamos sido —o creíamos haber sido— «alguien» en la vida anterior al internamiento. Ahora se nos trataba como si no fuéramos nada, como si no existiéramos. (La conciencia de sentirse un ser humano está tan arraigada en el espíritu que resulta imposible

arrancarla incluso en las lacerantes condiciones del *Lager*, pero ¿cuántos hombres, libres o cautivos, la conservan?). El prisionero medio se sentía horriblemente degradado. Esto se hacía evidente al observar el contraste que ofrecía la singular estructura sociológica del campo. Los prisioneros de «mayor rango» —*kapos*, cocineros, intendentes y guardias— no se sentían en general degradados, como nos veíamos los demás prisioneros; al contrario, se consideraban ¡ascendidos! Algunos hasta desarrollaban pequeños delirios de grandeza. La reacción psicológica de la mayoría, envidiosa y rencorosa ante los privilegiados, era frecuente y emergía a veces en forma de chistes maliciosos. Una vez oí que un prisionero le decía a otro, refiriéndose a un *kapo:* «¿Qué te parece? Conocí a ese hombre cuando solo era presidente de un gran banco. El cargo de *kapo* se le ha subido a la cabeza».

Cada vez que la mayoría degradada y la minoría privilegiada entraban en conflicto (y no faltaban ocasiones a lo largo del día, empezando por el reparto de comida), el resultado era explosivo. De manera que la irritabilidad general —cuyas causas físicas he apuntado antes— se incrementaba con las tensiones psicológicas que afligían a los prisioneros. Nada tiene de sorprendente que esa tensión a menudo desencadenara una pelea. Como el prisionero estaba habituado a ver escenas de brutalidad, su impulso agresivo había aumentado notablemente. Yo mismo cerraba los puños, crispado por la rabia, aunque estuviera tumbado, hambriento y cansado. El cansancio era mi estado normal, pues durante la noche tenía que avivar la estufa, un privilegio del barracón de los enfermos de tifus. Sin embargo, pasé allí alguna de las horas más idílicas de mi vida. Al abrigo de la noche, mientras mis compañeros enfermos dormían o deliraban, yo podía estirarme frente a la estufa y asar unas patatas robadas en un fuego alimentado con carbón también robado. Disfrutaba de ese pequeño placer, pero al día siguiente me sentía aún más cansado, insensible e irritable.

Cuando trabajaba como médico en el barracón de los enfermos de tifus tuve que ejercer, por enfermedad de un colega, de jefe de bloque. Eso significaba que, ante las autoridades del campo, yo era responsable de la limpieza del barracón, si es que el término «limpieza» puede aplicarse a aquellas míseras condiciones. Las frecuentes inspecciones al barracón, una mera patraña, se hacían más con ánimo de torturarnos que por higiene. Una mejor alimentación y unas cuantas medicinas nos hubieran ayudado más, pero la única preocupación de los inspectores consistía en no ver en el pasillo una brizna de paja y en revisar que las mantas, andrajosas, sucias e infectadas de piojos, estuvieran plegadas y remetidas a los pies de los pacientes. Cuando se anunciaba una inspección, yo tenía que encargarme de que, a la hora de echar un rápido vistazo desde la puerta de nuestro barracón, al comandante del *Lager* o al prisionero jefe no les llamara la atención ni una brizna de paja ni un poco de polvo delante de la estufa ni cosas por el

estilo. El estado de los enfermos que malvivían en este cuchitril no les preocupaba en absoluto. Se sentían plenamente satisfechos si yo, quitándome la gorra de prisionero y haciendo sonar los talones con aire marcial, les informaba: «Barracón número VI/9; cincuenta y dos pacientes, dos enfermeros ayudantes y un médico». Daban media vuelta y se marchaban.

Desde que anunciaban la inspección —generalmente con horas de antelación, aunque no siempre se presentaban— comenzaba la «tortura mental». Durante la larga espera me veía obligado a mantener estiradas las mantas, a recoger, una a una, las pajas que caían de las literas y a desgañitarme gritando a los pobres diablos que, al revolverse en sus catres, amenazaban con desbaratar a última hora mis esfuerzos de lograr la limpieza requerida. La apatía era aún más grave entre los enfermos febriles, que solo reaccionaban si se les gritaba. A veces ni los gritos servían, y en esos casos debía hacer un tremendo esfuerzo de autocontrol para no acabar golpeándolos. La propia irritabilidad adquiría proporciones desmesuradas al confrontarse con la apatía de los demás, especialmente en situaciones de inminente peligro, como las temidas inspecciones.

LA LIBERTAD INTERIOR

Este intento de descripción psicológica y explicación psicopatológica de las características del prisionero del campo quizá induzca a pensar que el hombre es un ser inevitablemente determinado por el entorno (en este caso, un entorno con una estructura insólita, con leyes dominantes y represivas infranqueables, a las que se debía someter). Pero ¿qué decir de la libertad humana? ¿No hay libertad de la conducta frente al entorno? ¿Es correcta la teoría que concibe al hombre como mero resultado de factores condicionantes, sean biológicos, psicológicos o sociológicos? ¿No es el hombre un producto accidental de esos factores? Y, lo que es más importante, las reacciones psicológicas de los reclusos ante el particular mundo del campo de concentración ¿demuestran que el hombre no puede escapar a la influencia de su entorno? ¿Carece el hombre, en tales circunstancias, de capacidad de elección si se limita o anula su libertad de actuar?

Se puede contestar a esas preguntas desde la óptica de la experiencia y también con arreglo a principios. La experiencia de la vida en el campo de concentración demuestra que el hombre mantiene su capacidad de elección. Abundan los ejemplos, a menudo heroicos, que prueban que se pueden superar la apatía y la irritabilidad. El hombre *puede* conservar un reducto de libertad espiritual, de independencia mental, incluso en terribles estados de tensión psíquica y física.

Los supervivientes de los campos aún recordamos a los hombres que iban a los barracones a consolar a los demás, ofreciéndoles su único mendrugo de pan. Quizá no fueron muchos, pero esos pocos son una muestra irrefutable de que al hombre se le puede arrebatar todo, salvo una cosa: *la libertad humana —la libre elección de la acción personal ante las circunstancias— para elegir el propio camino.*

Y allí siempre había ocasiones para elegir. Cada día, cada hora, brindaba la oportunidad de tomar una decisión, una decisión que estipulaba si uno se sometería o no a la presión que amenazaba con arrebatarle el último vestigio de su personalidad: la libertad interior. Una decisión que prefijaba si la persona se convertiría —al renunciar a la libertad y la dignidad— en juguete de las condiciones del campo, dejándose moldear por ellas hasta convertirse en el prisionero «típico».

Vistas desde este ángulo, las reacciones psicológicas de los prisioneros de un campo de concentración van mucho más allá de la mera expresión de determinadas condiciones físicas y sociológicas. Por mucho que todas ellas —la falta de sueño, la escasísima alimentación y las múltiples tensiones psíquicas— nos induzcan a suponer un comportamiento estereotipado de los reclusos, se advierte, en un análisis más profundo, que el tipo de persona en que se convertía cada prisionero era más el resultado de una decisión personal que el producto de la tiranía del *Lager.* De modo que cada hombre, incluso en condiciones trágicas, puede decidir quién quiere ser —espiritual y mentalmente — y conservar su dignidad humana.

Dostoyevski escribió: «Solo temo una cosa: no ser digno de mis sufrimientos». Estas palabras acudían constantemente a mi mente al conocer a esos mártires cuya conducta, sufrimiento y muerte en el campo suponían un testimonio vivo de que el reducto íntimo de libertad nunca se pierde. Ellos fueron dignos de su sufrimiento; la manera en que lo soportaron supuso una verdadera hazaña interior. *Precisamente esa libertad interior, que nadie puede arrebatar, confiere a la vida intención y sentido.*

Una vida activa cumple con la finalidad de brindar al hombre la posibilidad de desempeñar un trabajo que le proporciona valores creativos; una vida contemplativa también le concede la posibilidad de hallar la plenitud al experimentar la belleza, el arte o la naturaleza. Pero también atesora sentido una vida exenta de creación o contemplación, que solo admite una única capacidad de respuesta: la actitud de mantenerse erguido ante su inexorable destino, como por ejemplo en un campo de concentración. En esas condiciones, al hombre se le niega el valor de la creación o de la vivencia, pero aun así la vida ofrece un sentido. De manera que todos los aspectos de la vida son significativos; también el sufrimiento. Si hay un sentido en la vida, entonces debe haber un sentido en el sufrimiento. La experiencia indica que el sufrimiento es parte sustancial de la vida, como el destino y la muerte. Sin ellos, la existencia quedaría incompleta.

Mientras que la principal preocupación de la mayoría de los prisioneros se resumía en la pregunta: ¿sobreviviremos? —de no ser así, no valdrían de nada los atroces sufrimientos—, a mí me angustiaba otra cuestión: todo este sufrimiento, todas esas muertes, ¿tienen un sentido? —pues, de no ser así, tampoco tendría sentido sobrevivir a la estancia en el *Lager*—. Una vida que consistiera solo en salvarse o perecer, cuyo sentido dependiera del azar de las miles de arbitrariedades que conforman la vida en un campo de concentración, no merecería ser vivida.

EL DESTINO, UN REGALO

La actitud con la que un hombre acepta su destino y el sufrimiento que este conlleva, la forma en que carga con su cruz, comporta la singular coyuntura —incluso en circunstancias muy adversas— de dotar de sentido profundo a su vida. Puede conservar su valor, su dignidad, su generosidad o, arrastrado en la amarga lucha por la supervivencia, puede olvidar su dignidad humana y actuar como un animal, como sucede con los prisioneros de los campos. En esa decisión reside la oportunidad de atesorar o despreciar los valores morales que su dolorosa situación y su duro destino le brindan para su enriquecimiento interior. Y eso determina si será o no digno de sus sufrimientos.

No crean que estoy hablando de ilusiones alejadas de la vida real. Es cierto que alcanzar metas morales tan altas está reservado a pocas personas. De entre los prisioneros, solo unos pocos conservaron esa fortaleza y fueron capaces de aprovechar los atroces sufrimientos para lograr una madurez interior. Pero incluso si solo se hubiera dado un único caso, este bastaría para demostrar que la libertad interior puede elevar al hombre por encima de un destino adverso, y eso no solamente en un campo de concentración. Cualquier hombre, a lo largo de su vida, se verá enfrentado a su destino y tendrá la oportunidad de convertir un puro estado de sufrimiento en una hazaña interior. Piénsese en los enfermos, en especial en los incurables. En una ocasión leí la carta de un joven enfermo a un amigo; en ella le comunicaba que no le quedaba mucho tiempo de vida, que ni siquiera una intervención quirúrgica podría ya salvarlo. Continuaba recordando una película que había visto en la que el protagonista encaraba la muerte con dignidad y coraje. En ese entonces pensaba en el privilegio que suponía enfrentarse a la muerte con esa dignidad, y ahora —escribía— el destino le brindaba una oportunidad semejante.

Quizá los que vimos hace años la película *Resurrección*, basada en la novela de Tolstói, tengamos los mismos recuerdos: esos eran grandes destinos y grandes hombres. Pero nosotros no tendríamos ese destino y, probablemente, tampoco se nos brindaría

jamás la oportunidad de alcanzar tal grandeza humana. Luego, al salir del cine, tal vez fuimos a una cafetería y, con una taza de café y un bocadillo, olvidaríamos los extraños pensamientos metafísicos que la película nos había suscitado por un instante. Pero cuando nos hallamos nosotros mismos ante un gran destino y así también ante la decisión de afrontarlo con igual grandeza de ánimo, olvidamos el lejano ardor de la juventud y no dimos la talla.

Tal vez veamos de nuevo esa película u otra similar. Entonces se cruzará en nuestra alma otro caudal de imágenes: veremos las cimas extraordinarias que alcanzaron algunos prisioneros del *Lager*, imágenes más hermosas que las que puede mostrar una película sentimental. Acuden a mi mente detalles de una especial e íntima grandeza humana: como, por ejemplo, la muerte de una joven en el *Lager*, que yo mismo presencié. Es una historia sencilla; hay poco que contar y puede parecer invención, pero para mí es puro lirismo.

La joven sabía que iba a morir en unos días. No obstante, se encontraba serena e incluso animada.

—Estoy agradecida de que el destino se haya mostrado tan cruel conmigo. En mi vida anterior fui una niña consentida y no tomaba en serio mis deberes espirituales —me dijo, señalando por la ventana del barracón—. Ese árbol es el único amigo que me queda en esta soledad. —Por la ventana se veía solo la rama de un nogal con dos brotes en flor—. A menudo hablo con el árbol —añadió—.

Yo estaba atónito; no sabía cómo interpretar sus palabras. ¿Estaba delirando? ¿Sufría alucinaciones? Ansiosamente le pegunté si el árbol le contestaba.

—¡Sí!

—¿Y qué le dice?

—Me dice: «Estoy aquí, estoy aquí, yo soy la vida, la vida eterna».

ANÁLISIS DE LA VIDA PROVISIONAL

Ya hemos dicho que, en última instancia, la causa del estado de ánimo del prisionero no era solo consecuencia de los factores psicofísicos antes mencionados, sino fruto de una libre decisión. La observación psicológica de los prisioneros ha demostrado que el que sucumbía a las influencias degradantes del *Lager* era quien ya previamente se había abandonado en el nivel espiritual y humano, quien ya no poseía amparo moral. Aquí se suscita la pregunta: ¿qué podría constituir ese «amparo interior».

Hay unanimidad entre los liberados en que la influencia más deprimente del cautiverio era no saber cuánto duraría el internamiento. Nadie podía pronosticar una fecha de

liberación (en nuestro campo hasta resultaba absurdo mencionar el tema). La duración no solo era incierta, sino ilimitada. Un renombrado investigador en psicología ha manifestado que la reclusión en un campo de concentración podía denominarse «vida provisional». En virtud de nuestra experiencia, completaríamos esa expresión añadiendo que es una «vida provisional de duración desconocida».

Por regla general, los recién llegados ignoraban por completo las condiciones de vida del *Lager*. Los que venían de otros campos se sentían obligados a guardar silencio, y de algunos campos no regresó nadie. La mente del prisionero sufría una fuerte alteración a los pocos días de cautiverio. Con el final de la incertidumbre nacía la incertidumbre del final.

Resultaba imposible predecir cuándo y cómo terminaría esa vida, en caso de tener fin. El vocablo latino *finis* posee dos significados: «final» y «meta a alcanzar». Un hombre que no vislumbraba el fin de su «vida provisional» tampoco podía aspirar a una meta. A diferencia del hombre normal, el prisionero no vivía ya orientado hacia el futuro. Por consiguiente, se modificaba por completo su estructura psicológica. Aparecían signos de decaimiento que se conocen en otras facetas de la vida. El obrero en paro, por ejemplo, se halla en una situación similar; su vida se ha vuelto provisional, y con el futuro cercenado sus metas son inseguras. Los estudios realizados con mineros sin trabajo han demostrado que padecen una deformación en la percepción del tiempo —del tiempo subjetivo—, resultado de su condición de parados.

También los prisioneros sufríamos esa extraña «percepción del tiempo». Ocurría así: una pequeña unidad de tiempo —por ejemplo, un día— de continuos tormentos y agotamiento parecía que no terminaba nunca, mientras una unidad de tiempo mayor —digamos una semana— transcurría con rapidez. Yo decía, y mis compañeros estaban de acuerdo, que en el *Lager* el día duraba más que la semana. ¡Qué paradójica era nuestra percepción del tiempo!

A este respecto recuerdo las atinadas observaciones de Thomas Mann en *La montaña mágica*. Mann observa la evolución psicológica de personas que se hallan en tales condiciones existenciales de provisionalidad: por ejemplo, los enfermos de tuberculosis de un sanatorio, que no saben tampoco cuándo recibirán el alta. Estos pacientes experimentan una vivencia similar, sin ningún futuro, sin ninguna meta.

Tiempo después un prisionero me contó que el primer día de su internamiento tuvo la sensación, al marchar desde la estación del tren al campo en la larga columna de reclusos, de estar asistiendo a su propio funeral. Le parecía que ya no tenía futuro y todo lo contemplaba como si ya estuviera muerto. Esa sensación de «cadáver viviente» se agudizaba por otras causas: respecto al tiempo, se experimentaba intensamente la duración ilimitada del cautiverio; en relación con el espacio, nos atenazaban los estrechos

límites de la prisión. Lo que estaba más allá de la alambrada parecía remoto, inalcanzable y, en cierto modo, irreal. Los acontecimientos y la gente ajenos a la vida del *Lager*, toda la vida normal allí fuera, adquirían un aspecto fantasmal. La vida del exterior, al menos hasta donde se podía vislumbrar, surgía como la visión de un hombre muerto que se asomara desde el otro mundo.

El hombre que se dejaba vencer por la ausencia de futuro ocupaba su mente con pensamientos retrospectivos. Ya me he referido a la tendencia a refugiarse en el pasado para apaciguar el horror del presente haciéndolo menos real. Pero despojar al presente de su realidad acarrea ciertos riesgos. Aplacado por esa irrealidad, el prisionero dejaba de realizar acciones positivas en el campo de concentración, y esas oportunidades eran reales, existían de verdad. Considerar la «vida provisional» como algo irreal constituía ya de por sí un factor primordial para que los prisioneros se desentendieran de su vida, ya que todo carecía de sentido. Esas personas olvidaban que, muchas veces, las circunstancias excepcionalmente adversas otorgan al hombre la oportunidad de crecer espiritualmente más allá de sí mismo. En lugar de aprovechar las dificultades del campo para probar su entereza, juzgaban errónea su situación, un paréntesis inconsistente del destino. Preferían cerrar los ojos y refugiarse en el pasado. Para esas personas, la vida perdía todo su sentido.

Evidentemente, solo unos pocos conseguían alcanzar esas cimas de desarrollo espiritual. Pero los que la alcanzaban conquistaban la grandeza humana, a pesar de su aparente fracaso o de su muerte; una hazaña que quizá nunca hubieran logrado en circunstancias ordinarias. A los demás, a los mediocres y pusilánimes, se nos podrían aplicar las palabras de Bismarck: «La vida es como visitar al dentista. Siempre crees que lo peor aún está por llegar, cuando en realidad ya ha pasado». Parafraseando ese enunciado, se podría afirmar que buena parte de los prisioneros creía que las verdaderas ocasiones de autorrealización ya habían pasado, cuando en realidad consistían precisamente en el desafío de elegir qué hacer de la vida en el *Lager:* convertir esa tremenda experiencia en una victoria, transformarla en un triunfo interior, o bien desdeñar la experiencia y limitarse a vegetar, como hicieron casi todos los prisioneros.

Spinoza, educador

Cualquier tentativa de combatir mediante la psicoterapia, o con métodos psicohigiénicos, la presión psicopatológica que la vida en el campo ejerce sobre el prisionero debía tener como objetivo darle fuerza interior señalándole una meta que pueda alcanzar en el futuro. De manera instintiva, algunos prisioneros trataban de encontrar por su cuenta esa

finalidad. Es propio del hombre poder subsistir al cobijo de la esperanza en el futuro: *sub specie aeternitatis.* Ahí radica la clave de la salvación en los momentos más difíciles, aunque a veces haya que servirse de algún truco para lograrlo.

Por experiencia propia conozco esa fuerte sacudida interior. En una ocasión, al borde del llanto por el tremendo dolor —los gastados zapatos me habían provocado terribles llagas en los pies—, caminaba con mi destacamento los kilómetros que separaban el campo del lugar de trabajo. Arreciaba un viento gélido que nos abatía. Iba pensando en la infinidad de pequeños problemas de nuestra condición miserable. ¿Qué comeríamos esa noche? ¿Si nos daban un trozo extra de salchicha convendría cambiarlo por un trozo de pan? ¿Debía servirme del cigarrillo, ganado en un bono hacía quince días, y cambiarlo por un cuenco de sopa? ¿Cómo conseguir una tira de alambre para sustituir el trocito con que me ataba los zapatos? ¿Llegaría al lugar de trabajo con tiempo suficiente para seguir a mi pelotón o tendría que unirme a otro, tal vez con un capataz más brutal? ¿Qué podía hacer para ganarme la amistad de un determinado *kapo* que podría ayudarme a conseguir un trabajo en el interior del campo, para no tener que realizar esas dolorosas caminatas diarias?

Me deprimía sentirme afectado, día y noche, por esos triviales asuntos. Me obligué a pensar en otras cosas. De repente me vi de pie en el estrado de un salón de conferencias bien iluminado, agradable y cálido. Había un atento auditorio, sentado en cómodas butacas tapizadas. ¡Daba una conferencia sobre la psicología de los campos de concentración! Al delimitar científicamente los hechos, lo que me oprimía cobraba relieve y una cierta perspectiva. Con ese método conseguía distanciarme de la situación y superar de algún modo el sufrimiento, contemplándolo como si ya hubiera sucedido. Mis problemas se transformaban en el objeto de un estudio psicocientífico que yo mismo estaba realizando. ¿Qué dice Spinoza?: «Affectus, qui passio est, desinit esse passio simulatque eius claram et distinctam formamus ideam» («El sentimiento que se convierte en sufrimiento deja de serlo en cuanto nos formamos una idea clara y precisa de él», *Ética*, 5.ª parte, proposición III).

El prisionero que perdía la fe en el futuro —en su futuro— estaba condenado. Con la quiebra de la esperanza faltaba, asimismo, la fuerza del asidero espiritual; se abandonaba y decaía y se convertía en un sujeto aniquilado, física y mentalmente. Normalmente se producía de repente, con una crisis cuyos síntomas reconocían los reclusos experimentados. Todos temíamos esa crisis, no por nosotros mismos, pues entonces ya no tendría importancia, sino por nuestros amigos. Comenzaba cuando el prisionero se negaba a levantarse, a lavarse, a vestirse y a salir del barracón a la hora de formar. Entonces ya no había nada que hacer: ni las súplicas, ni los golpes, ni las amenazas surtían ningún efecto. El prisionero se limitaba a quedarse en su lugar, sin apenas

moverse. Si la crisis desembocaba en enfermedad, no quería que lo llevaran a la enfermería ni aceptaba ninguna ayuda. Sencillamente, se daba por vencido. Permanecía allí, tendido sobre sus propios excrementos. Ya nada le importaba.

Una vez fui testigo de una dramática demostración del estrecho vínculo entre la pérdida de fe en el futuro y este peligroso abandono. F., jefe de mi barracón, un famoso compositor y libretista, me confió un día:

—Me gustaría contarle algo, doctor. He tenido un sueño extraño. Una voz me dijo que podía pedir un único deseo, que bastaba con decir lo que quería saber y enseguida sería satisfecho. ¿Sabe qué pregunté? Quería saber cuándo terminaría la guerra para mí. Ya sabe lo que quiero decir, doctor, ¡para mí! Saber cuándo seríamos liberados y cuándo terminarían nuestros sufrimientos.

—¿Cuándo tuvo usted ese sueño? —pregunté.

—En febrero —contestó. Nos hallábamos a principios de marzo de 1945.

—¿Y qué respondió la voz?

Casi furtivamente, me susurró:

—El 30 de marzo.

Cuando mi amigo F. me contó ese sueño, se hallaba aún rebosante de esperanza y convencido de la veracidad de ese oráculo. Pero al acercarse el día prometido las noticias sobre la guerra que llegaban a nuestro campo menguaban las esperanzas de ser liberados en esa fecha. El 29 de marzo, de improviso, F. cayó enfermo con una fiebre muy alta. El 30 de marzo, el día en que la voz le anunció el final de la guerra y de su sufrimiento, cayó en estado de delirio y perdió la conciencia. El 31 de marzo falleció. Según todas las apariencias, murió de tifus.

Quienes conocen la estrecha relación entre el estado de ánimo de una persona —su valor y su esperanza, o la falta de ambos— y la capacidad de su sistema inmunológico comprenderán que la pérdida repentina de esperanza puede desencadenar un desenlace mortal. La causa principal de la muerte de mi amigo fue la profunda decepción que le produjo no ser liberado el día previsto. En consecuencia, la resistencia de su organismo y sus defensas se debilitaron, dejándolo a merced de la infección tifoidea latente. Su esperanza y la voluntad de vivir se paralizaron, y su cuerpo sucumbió a la enfermedad. Después de todo, la voz de su sueño se hizo realidad.

La observación de este caso y sus consecuencias psicológicas concuerdan con un hecho que el médico del campo me hizo notar: la mortalidad semanal en el campo se incrementó entre la Navidad de 1944 y el Año Nuevo de 1945. En su opinión la explicación no había que buscarla en el empeoramiento de las condiciones de trabajo, ni en la disminución de la ración alimenticia, ni en un cambio climático, ni en el brote de nuevas epidemias. Se trataba sencillamente de que la mayoría de los presos había

alimentado la esperanza de volver a estar en sus casas en Navidades. Según se acercaba esa fecha, al no recibir noticias alentadoras, los prisioneros perdían la entereza y se dejaban vencer por el desaliento. Muchos de ellos morían al debilitarse su capacidad de resistencia.

Ya advertimos que cualquier intento por restablecer la fortaleza interior de los reclusos bajo las dramáticas condiciones de un campo de concentración requería, en primer lugar, proponerles un objetivo que diera sentido a su vida. Las palabras de Nietzsche «quien tiene un *porqué* para vivir puede soportar casi cualquier *cómo*» podrían ser la motivación de todos los esfuerzos psicohigiénicos y psicoterapéuticos de los prisioneros. Siempre que se presentaba la oportunidad, era preciso infundir un *porqué* —un objetivo— a su vida, con el fin de fortalecerlos para soportar el terrible *cómo* de su existencia. Pobre del que no percibiera ya ningún sentido en su vida, ninguna meta, ninguna intencionalidad y, por tanto, ninguna finalidad para seguir viviendo: ese estaba perdido. La respuesta típica de ese hombre, frente a cualquier intención de animarlo, era: «Ya no espero nada de la vida». ¿Hay algún argumento contra esas palabras?

LA PREGUNTA POR EL SENTIDO DE LA VIDA

Lo que se necesita urgentemente en tal situación es un cambio radical de nuestra actitud frente a la vida. Debemos aprender por nosotros mismos, y enseñar a los hombres desesperados, que en realidad *no importa lo que esperamos de la vida, sino que importa lo que la vida espera de nosotros.* Hablando en términos filosóficos podríamos decir que se trata de una especie de giro copernicano: tenemos que dejar de preguntar por el sentido de la vida y en su lugar percatarnos de que es la vida la que nos plantea preguntas, cada día y a cada hora. Preguntas a las que no hemos de responder con reflexiones o palabras, sino con el valor de una conducta recta y adecuada. En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a las cuestiones que la vida plantea, cumpliendo la obligación que nos asigna.

Esas obligaciones y tareas, y en consecuencia el sentido de la vida, difieren en cada hombre, en un momento u otro, de manera que resulta imposible concebir el sentido de la vida en términos abstractos. Nunca se podrá responder a la pregunta sobre el sentido de la vida con afirmaciones absolutas. «Vida» no significa algo vago, sino real y concreto, del mismo modo que las tareas que nos impone son muy reales y concretas. Ellas conforman el destino de cada hombre, que es distinto y único para cada cual. Un hombre no puede compararse con otro hombre, ni un destino con otro destino. Ninguna situación se repite, cada situación reclama una respuesta diferente. Una situación puede

exigir al hombre que construya su propio destino con determinado tipo de acciones, que aproveche la oportunidad y lo trace simplemente contemplándolo y vivenciándolo. O también puede ser que se le pida sencillamente aceptar su destino, cargar con su cruz. Cada situación es única e irrepetible, y para cada una existe una única respuesta adecuada.

Cuando un hombre descubre que su destino es sufrir, ha de aceptarlo porque el sufrimiento se convierte en su única y singular tarea. Es más, tendrá que llegar a la conciencia de que ese destino doloroso le otorga el valor de persona única e irrepetible. Nadie puede redimirlo de su sufrimiento ni sufrir por él. Sin embargo, es en su actitud frente al dolor donde reside la posibilidad de conseguir un logro excepcional.

Para nosotros, los prisioneros del campo de concentración, estos pensamientos no constituían en absoluto especulaciones alejadas de la realidad, sino que eran los únicos pensamientos capaces de liberarnos de la desesperación, incluso cuando ya no vislumbrábamos ninguna perspectiva de salir vivos de allí. Ya habíamos superado la ingenua etapa de creer que el sentido de la vida consiste en alcanzar un objetivo a través de la creación de algo valioso. Nuestro sentido abarcaba los amplios círculos de la vida y la muerte, del sufrir y del morir. Ahí se entablaba nuestra lucha.

EL SUFRIMIENTO COMO LOGRO

Cuando se nos reveló el significado del sufrimiento, rehusamos aliviar las torturas del campo a fuerza de reprimirlas en nuestras mentes o de engañarnos abrigando falsas ilusiones o alimentando un optimismo simulado. Asumimos el sufrimiento como una tarea a la que no queríamos dar ya la espalda. Descubrimos las ocultas oportunidades de enriquecimiento que llevaron al poeta Rilke a escribir: «¡Por cuánto sufrimiento hay que pasar!». Rilke hablaba de «conseguir mediante el sufrimiento» como otros dicen «conseguir mediante el trabajo». Teníamos ante nosotros una inmensidad de sufrimiento que soportar; debíamos enfrentarnos a él, intentar reducir al mínimo los momentos de desfallecimiento y las lágrimas. Pero no había que avergonzarse de las lágrimas, pues ellas testimonian la valentía del hombre, el valor de enfrentar el sufrimiento. No obstante, muy pocos lo entendían. Algunos confesaban con vergüenza haber llorado. Un compañero al que pregunté cómo había conseguido curarse el edema me dijo azorado: «¡Lo expulsé del organismo con mis lágrimas!».

ALGO NOS ESPERA

Siempre que se podía se aplicaban en el campo fundamentos de psicoterapia o de psicohigiene, tanto individual como colectivamente. Los intentos de psicoterapia individual a menudo constituían una especie de «tratamiento» para salvar la vida. Las acciones terapéuticas se reducían, en general, a evitar los suicidios. Una de las leyes más estrictas del campo prohibía cualquier acción que pudiera impedir que un hombre se suicidara. Por ejemplo, no se permitía cortar la soga de un hombre que quería ahorcarse. Por consiguiente, era de suma importancia anticiparse a cualquier asomo de tentativa de suicidio.

Recuerdo dos casos frustrados de suicidio que guardan una sorprendente semejanza. Ambos prisioneros habían manifestado su intención de suicidarse y aducían el típico argumento de no esperar nada de la vida. En ambos casos, la terapia, según lo expuesto, consistía en hacerles ver que la vida sí esperaba algo de ellos, que algo los esperaba en el futuro. Resulta que para uno de ellos era su hijo, al que adoraba y que lo esperaba en el extranjero. En el otro la vinculación no era con una persona, sino con su obra. Era un científico que había iniciado la publicación de una colección de libros aún inconclusa. Nadie más que él podía acabar el trabajo, así como nadie podía reemplazar al padre en el afecto por su hijo.

Esta unicidad y esta singularidad que diferencian a cada individuo y que confieren un sentido a su vida se fundamentan en el trabajo creador y en la capacidad de amar. Cuando uno se percata de la imposibilidad de sustituir a una persona, la responsabilidad que el hombre debe asumir ante el sentido de su existencia y su continuación aparece en toda su magnitud. Un hombre que se vuelve consciente de su responsabilidad ante quien lo aguarda con todo su corazón, o ante una obra por terminar, nunca será capaz de tirar su vida por la borda. Conoce el *porqué* de su existencia y podrá soportar casi cualquier *cómo.*

UNA PALABRA A TIEMPO

Las posibilidades de aplicar la psicoterapia colectiva eran, lógicamente, muy limitadas. Un ejemplo o modelo adecuado era mucho más convincente que las palabras. Los jefes de barracón de buen proceder, por ejemplo, disponían de mil oportunidades para, a través de su comportamiento justo y alentador, ejercer una influencia decisiva en los reclusos bajo su mando. La influencia inmediata de una determinada conducta siempre es más eficaz que las palabras. Aunque a veces las palabras también son eficaces, especialmente si la receptividad de la otra persona se ve incrementada por las

circunstancias. Recuerdo un incidente que permitió realizar una labor psicoterapéutica con los prisioneros de un barracón entero, en forma de un discurso colectivo, gracias a que una situación concreta aumentó la necesidad de confianza.

Había sido un mal día. A la hora de pasar revista se había leído una declaración sobre las nuevos actos que, en adelante, se considerarían sabotaje y, por consiguiente, serían castigados con la horca. Entre las faltas se incluían menudencias como cortar pequeñas tiras de las viejas mantas para vendarnos los tobillos y otros «robos» menores. Días antes, un prisionero al borde de la inanición había robado de un almacén de víveres unos kilos de patatas. El robo se descubrió y algunos prisioneros conocían al infractor. Las autoridades del campo ordenaron la entrega del culpable; en caso contrario, todos pasaríamos un día entero sin probar bocado. Por supuesto que los 2500 prisioneros preferimos callar.

La tarde de aquel día de ayuno yacíamos extenuados en los camastros, con el ánimo abatido. Apenas se hablaba, o se mascullaba con un tono irritado. Para colmo, se apagó la luz. Cundió un tenebroso desánimo, pero el experimentado jefe de nuestro barracón, un hombre sabio, improvisó una pequeña charla sobre lo que pensábamos y sentíamos en esos momentos. Recordó a los muchos compañeros que habían muerto en los últimos días, por enfermedad o suicidio, y también mencionó cuál era posiblemente la verdadera razón de su muerte: la pérdida de esperanza. Afirmó que tenía que haber algún medio para prevenir el mortal abatimiento interior de los prisioneros. Y me señaló a mí para que los aconsejara.

Bien sabe Dios que no me hallaba en la mejor disposición para improvisar una disertación psicológica o soltar un sermón a mis compañeros para ofrecerles una especie de cura médica de sus almas. Tenía frío y hambre, estaba agotado, me sentía irritable. Con gran esfuerzo, me sobrepuse y no desaproveché esta singular oportunidad, pues en aquel momento era más necesario que nunca infundir ánimos.

CURA MÉDICA DE ALMAS

Recurrí al más trivial de los consuelos. Dije que, a pesar de estar en el sexto invierno de la Segunda Guerra Mundial, no estábamos en la peor de las situaciones. Dije que cada uno podía preguntarse qué pérdidas irreparables había sufrido hasta el momento, y di por sentado que serían escasas. Los que aún estábamos con vida teníamos razones para la esperanza: la salud, la familia, la felicidad, la capacidad profesional, la fortuna material, la posición social... Todas esas cosas podían recuperarse. Al fin y al cabo, todavía teníamos los huesos sanos. Nuestras vivencias en el campo podrían resultar provechosas en el

futuro... Y cité a Nietzsche: «Todo lo que no me destruye me hace más fuerte».

Luego aludí al futuro. Afirmé con sencillez que, sin duda, este se presentaba bastante negro. Admití que cada uno podía aventurar que sus posibilidades de sobrevivir eran mínimas. Les expliqué que, aunque todavía no había irrumpido ninguna epidemia de tifus en el *Lager*, estimaba que mis propias posibilidades de supervivencia eran de una en veinte. Pero también les dije que, aun así, no tenía intención de perder la esperanza y tirarlo todo por la borda, pues nadie sabía lo que el futuro nos podría deparar, ni siquiera en la hora siguiente. Y aunque no cabía esperar ningún «milagro» militar en los próximos días, nadie conocía mejor que nosotros, con nuestra larga experiencia en el campo, los vaivenes de la suerte, al menos individualmente. La «suerte» del prisionero se presentaba de improviso, y una mañana podíamos ser destinados a un grupo de trabajo con condiciones especialmente favorables.

Pero no solo hablé del futuro y del velo que lo cubría. También me referí al pasado, a la alegría y la luz que irradiaba contra el tenebroso presente. Para evitar la soflama de predicador cité de nuevo al poeta: «Ningún poder de la tierra podrá arrancarte lo que has vivido». Esa afirmación abarca todas las cosas de la vida, no solo las vivencias, los pensamientos, los sufrimientos, las acciones... Nada se había perdido, porque lo habíamos abierto al ser y traído a la realidad, y haber sido es una forma de ser, y quizá la más segura.

Después me referí a las numerosas posibilidades que pueden dar sentido a la vida. Mientras mis compañeros yacían inmóviles, y a veces se oía alguna queja, les dije que la vida humana nunca, bajo ninguna circunstancia, deja de tener sentido, y que este sentido infinito de la vida incluye también el sufrimiento y la agonía, las privaciones y la muerte. Rogué a aquellas pobres criaturas que escuchaban en la oscuridad del barracón que encararan con entereza la gravedad de nuestra situación. No debían dejarse abatir por el desánimo, sino conservar la confianza y el coraje, conscientes de que ni siquiera la falta de perspectivas de nuestra desesperada lucha podía arrebatarles su sentido y su dignidad. Les aseguré que en las horas difíciles siempre había alguien —un amigo, una esposa, una persona viva o muerta, o un dios— que observaba nuestro comportamiento y no querría sentirse decepcionado; al contrario, confiaba en que sabríamos sufrir con orgullo —no miserablemente— y que moriríamos con dignidad.

Finalmente mencioné nuestro sacrificio de aquel momento, que para cada uno tenía su propio significado. Les expliqué que ese sacrificio parecería absurdo en el mundo normal, donde impera el éxito material. Pero en realidad nuestro sacrificio sí tenía un sentido. Los que profesan una fe religiosa, dije con franqueza, no tendrán dificultad en entenderlo. Les hablé de un compañero que, al ingresar en el campo, se había ofrecido al cielo para que su sufrimiento y su muerte liberaran de un doloroso final al ser que amaba.

Para ese hombre el sufrimiento y la muerte tenían un sentido, su sacrificio poseía el significado más profundo. No quería morir en vano, ninguno de nosotros lo queríamos.

El propósito de mis palabras era dotar de este sentido último a nuestras vidas en aquel momento, en aquel lugar, en ese barracón, en aquella situación prácticamente desesperada. Al encenderse las luces comprobé que había logrado mi propósito, pues las miserables figuras de mis compañeros se acercaban renqueantes y agradecidas, con lágrimas en los ojos. No obstante, he de confesar que en escasas ocasiones me encontré con fuerzas para establecer este vínculo con mis compañeros de sufrimiento. Seguramente perdí muchas oportunidades de ofrecer este consuelo.

PSICOLOGÍA DE LOS GUARDIAS DEL CAMPO

Entramos en la tercera fase de las reacciones psicológicas del prisionero: la fase tras la liberación. Pero antes conviene considerar la pregunta que con frecuencia se le formula al psicólogo, especialmente si conoce el tema por experiencia propia. ¿Cómo eran los guardias del campo? ¿Cómo era posible que hombres de carne y hueso, como los demás, trataran a los prisioneros de modo tan inhumano, tan brutal? Si se da crédito —por increíbles que parezcan— a las atrocidades narradas por los supervivientes, parece obligado preguntar cómo es posible —desde el punto de visto psicológico— que esto haya podido suceder. Para responder a esta pregunta sin entrar en demasiados detalles es preciso puntualizar algunas cosas.

En primer lugar, había sádicos entre los guardias, sádicos en el sentido clínico más estricto. En segundo lugar, siempre se elegía a esos sádicos cuando se necesitaba una patrulla realmente implacable. A la selección negativa a la que ya nos referimos —como la que se realizaba entre los prisioneros para elegir a los *kapos*, y en la que fácilmente se comprende que se eligiera a los individuos más brutales— se añadía la selección positiva de los sádicos.

Una de las grandes alegrías en los grupos de trabajo, tras duras horas de bregar helados, consistía en calentarnos unos minutos, si lo permitían, ante una pequeña estufa alimentada con ramitas y virutas de madera. Pero siempre aparecía algún capataz que disfrutaba privándonos de ese pequeño consuelo. En su rostro se reflejaba un placer macabro. No solo nos prohibía acercarnos al calor, sino que gozaba volcando la estufa y apagando el agradable fuego en la nieve. Y si a las SS les molestaba un preso determinado, había siempre entre sus filas alguien sin escrúpulos y especialmente competente en torturar sádicamente, y en cuyas manos dejaban al desdichado prisionero.

En tercer lugar, la mayoría de los guardias tenían el corazón embotado por haber sido

testigos en el campo, durante largos años, a un ritmo creciente, de los métodos más brutales. Estos hombres, endurecidos moral y mentalmente, al menos se negaban a participar activamente en las acciones sádicas. Pero no impedían que otros las consumaran.

En cuarto lugar, hay que afirmar que algunos guardias sentían compasión por nosotros. Mencionaré solo el caso del comandante del campo del que fui liberado. Pertenecía a las SS. Tras la liberación — antes de esa fecha, únicamente lo sabía el médico, también prisionero— me enteré de que el comandante había comprado de su bolsillo, en una cercana localidad, medicinas para los presos, y había gastado notables cantidades de dinero. De ahí que no extrañe la protección que recibió de algunos prisioneros judíos. Al finalizar la guerra, liberados por las tropas norteamericanas, tres jóvenes judíos húngaros escondieron al comandante nazi en los bosques bávaros. Luego se presentaron ante el comandante de las fuerzas norteamericanas, ansioso por capturar a ese oficial de las SS, para decirle que revelarían su escondite si les garantizaban ciertas condiciones: el comandante norteamericano debía prometer que no se le haría ningún daño. Tras pensarlo un rato, prometió a los jóvenes judíos su protección al oficial alemán. No solo cumplió su promesa, sino que, además, restituyó al oficial a su antiguo puesto en el campo, encargándole la supervisión de la recogida de ropa en las aldeas cercanas para distribuirlas entre los que aún llevábamos los harapos heredados de los desafortunados compañeros de Auschwitz que habían sido mandados directamente a las cámaras de gas.

Sin embargo, el prisionero más antiguo del campo era peor que todos los guardias de las SS juntos. Golpeaba cruelmente a los prisioneros a la mínima falta, mientras que el comandante alemán, que yo sepa, nunca levantó la mano contra ninguno de nosotros.

Es evidente que el mero hecho de que un hombre haya sido guardia del campo o prisionero no revela casi nada de él. La bondad humana se encuentra en todos los grupos, incluso en aquellos que, en términos generales, merecen ser condenados. Los límites entre estos grupos se difuminan y superponen, y no se puede simplificar afirmando que unos eran ángeles y otros demonios. Si un guardia o capataz, a pesar de las perniciosas influencias del campo, se mostraba cordial con los reclusos, eso suponía un logro personal y moral, mientras que la vileza del preso que maltrataba a sus compañeros resultaba especialmente despreciable. Obviamente, con estos hombres los prisioneros se sentían desconcertados hasta la desesperación, y se conmovían por la mínima bondad de alguno de los guardias. Recuerdo el día en que un capataz me dio a escondidas un trozo de pan, seguramente de su propia ración del desayuno. Y me obsequió con algo más, «algo» humano que me hizo saltar las lágrimas: la palabra y la mirada con que acompañó el regalo.

Con lo expuesto podemos concluir que hay dos razas de hombres en el mundo, solo dos: la de los hombres decentes y la de los indecentes. Ambas se mezclan en todas partes y en todas las capas sociales. Ningún grupo social se compone exclusivamente de hombres decentes o indecentes. En este sentido, ningún grupo es de «pura raza», y por ello había entre los guardias personas decentes.

La vida en un campo de concentración desgarraba el alma humana y exponía a la luz los abismos interiores. ¿Sorprende que en esa profundidad las cualidades humanas estén compuestas, en su íntima naturaleza, de bien y de mal? El límite que separa el bien del mal, y que imaginariamente atraviesa todo el ser humano, llega hasta las más hondas profundidades del alma y aparece incluso en el fondo del abismo que se pone de manifiesto en el campo de concentración.

La historia nos brindó la oportunidad de conocer la naturaleza humana quizá como ninguna otra generación. ¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre *decide* lo que es. Es quien ha inventado las cámaras de gas, pero también el que ha entrado en ellas con paso firme, musitando una oración.

TERCERA FASE
DESPUÉS DE LA LIBERACIÓN

Analicemos ahora, en la última parte del examen de la psicología del campo de concentración, las reacciones del prisionero después de su liberación. Para describir estas experiencias, que por fuerza han de ser personales, retomaremos la narración en aquel pasaje en que, tras varios días de gran tensión, al fin se izó la bandera blanca a la entrada del campo. Al estado de ansiedad siguió una relajación total. Pero se engañaría quien creyese que nos volvimos locos de alegría. ¿Qué sucedió?

Con pasos torpes, los prisioneros nos agolpamos en la puerta del campo. Observábamos con recelo a nuestro alrededor y nos interrogábamos unos a otros con la mirada. Luego nos aventuramos a dar unos pasos fuera del campo, y en esta ocasión nadie impartía órdenes a gritos, ni debíamos agacharnos o escabullirnos rápidamente para esquivar un golpe o un puntapié. ¡Oh, no! ¡Increíblemente los guardias nos ofrecían cigarrillos! Al principio apenas los reconocíamos; se habían apresurado a vestirse de civiles. Nos adentramos lentamente por la carretera que partía del campo. Enseguida notamos las piernas doloridas, que amenazaban con doblarse. Pero nos repusimos y marchamos a trompicones; queríamos ver, por primera vez, los alrededores del *Lager* con ojos de hombres libres. «¡Somos libres!», nos decíamos una y otra vez, casi sin creerlo. Habíamos repetido esa palabra tantas veces durante los años que soñamos con la libertad que el término parecía gastado y carecía de sentido. No penetraba en nuestra conciencia: no comprendíamos su significado. Aún no creíamos que la libertad nos perteneciera.

Llegamos a unos prados cubiertos de flores. Las contemplamos, pero no nos despertaban ninguna emoción. El primer destello de alegría se produjo al divisar un gallo con su cola de plumas multicolores. Pero no fue más que un leve destello; aún no pertenecíamos a ese mundo.

Al atardecer, al encontrarnos todos de nuevo en el barracón, un hombre le susurró a otro, en tono confidencial:

—¿Dime, has sentido hoy alegría?

El otro contestó avergonzado, pues no sabía que los demás nos sentíamos de manera parecida:

—Sinceramente, no.

Dicho con toda crudeza: habíamos perdido la capacidad de sentir alegría y teníamos que volver a aprenderla lentamente.

Lo que les sucedía a los prisioneros se denomina en psicología «despersonalización». Todo parecía irreal, improbable, como un sueño. No podíamos creer que fuera verdad. Cuántas veces habíamos soñado con la liberación, con la vuelta al hogar, con saludar a los amigos y abrazar a la esposa, con sentarnos a la mesa de nuestra casa y contarles todo por lo que habíamos pasado, los sufrimientos del cautiverio, incluso las imágenes del sueño de nuestra ansiada libertad. Durante años el sueño de libertad se había desvanecido una y otra vez con el estridente silbato, la señal para levantarnos. Y ahora el sueño se había hecho realidad. ¿Podíamos creer en él?

El cuerpo desarrolla menos inhibiciones que la mente; desde el primer momento se adaptó a la libertad recién adquirida y empezó a comer con voracidad durante horas y días enteros, incluso en la mitad de la noche. Es asombrosa la cantidad de comida que se puede ingerir. Y si algún amable granjero de la vecindad invitaba a almorzar a un prisionero, este comía y comía y bebía café, y ese bienestar azuzaba su locuacidad y hablaba horas enteras. La presión que durante años había oprimido su mente al fin desaparecía. Escuchándolo se tenía la impresión de que necesitaba hablar, empujado por una fuerza irresistible. Conocí a algunas personas que habían sufrido un intenso pavor solo en un breve período de tiempo (por ejemplo, en un interrogatorio de la Gestapo) y me comentaron que experimentaban reacciones similares. Primero se les soltaba la lengua, y varios días después estallaba algo escondido en el interior; y, de pronto, los sentimientos brotaban de lo profundo del ser, rompiendo la compacta barrera que los reprimía.

Cierto día, poco después de la liberación, caminé kilómetros y kilómetros por un campo florido en dirección al mercado de un pueblo cercano. Las alondras se elevaban al cielo y se oían sus alegres cantos; no se veía a nadie en varias millas a la redonda, no había nada más que el cielo y la tierra y el júbilo de las alondras, la libertad del espacio. Me detuve, miré a mi alrededor, después al cielo, y caí de rodillas. En aquel momento yo sabía muy poco de mí y del mundo, no tenía sino una única frase en mi cabeza: «En la angustia clamé al Señor y Él me contestó desde el espacio en libertad».

No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí, de rodillas, repitiendo mi jaculatoria. Pero estoy seguro de que aquel día, en aquel instante, mi vida comenzó de nuevo. Fui avanzando, poco a poco, hasta volverme otra vez un ser humano.

EL DESAHOGO

El camino que nos alejaba de la aguda tensión psicológica de los últimos días en el campo (de la guerra de nervios a la paz mental) no estaba exento de obstáculos. Sería un error

creer que el prisionero liberado de un campo de concentración ya no necesitaba ninguna atención psicológica. Hay que considerar que una persona sometida, durante tanto tiempo, a una tensión psicológica tan tremenda sigue en peligro también después de la liberación, en especial si esta se ha producido bruscamente. Este peligro (desde el punto de vista de la psicohigiene) es la contrapartida psicológica de la aeroembolia. Así como un buzo —sometido a la presión atmosférica— correría peligro si le quitaran de golpe la escafandra, el hombre repentinamente liberado de una tensión psicológica puede sufrir daños en su salud psíquica.

En esa fase psicológica, la influencia de la brutalidad que había imperado en la vida del campo fue más perniciosa en las personalidades más primitivas, a quienes les resultaba más difícil sustraerse a esas experiencias. Ahora, al verse libres, creían que podían tomarse su derecho de usar la libertad sin sujetarse a ninguna norma, de forma arbitraria y sin escrúpulos. Lo único que para ellos había cambiado era que habían pasado de ser oprimidos a ser opresores. Se convertían en instigadores de la violencia y la injusticia, ya no eran víctimas. Justificaban su conducta con sus terribles sufrimientos, y extendían su proceder a las situaciones más insignificantes. En una ocasión me dirigía con un amigo al campo de concentración cuando, sin darnos cuenta, llegamos a un sembrado de espigas verdes. Intuitivamente traté de evitarlas, pero mi amigo me agarró del brazo y me arrastró hacia el sembrado. Intenté balbucir algo referente a no tronchar las espigas jóvenes. Mi amigo se enfadó, me miró airado y gritó:

—¡No me digas! ¿No nos han pisado bastante a nosotros? Mi mujer y mi hijo han muerto en la cámara de gas, por no mencionar a tantos más. ¿Y tú te preocupas de no tronchar unas espigas de avena?

Se necesitaba tiempo y paciencia para que estos hombres aceptasen la lisa y llana verdad de que nadie tiene derecho a hacer el mal, aunque se haya sufrido una atroz injusticia. Tenían que admitir de nuevo el valor de esta verdad, porque las consecuencias irían mucho más allá de la pérdida de unas espigas de avena. Recuerdo a aquel prisionero que, arremangándose la camisa, me puso delante la mano derecha y gritó: «¡Que me corten la mano si no la empapo de sangre el día de mi regreso a casa!». Quisiera recalcar que el autor de estas palabras no era mala persona; fue el mejor de los compañeros en el campo, y también después.

Además de la deficiencia moral, consecuencia del cese repentino de la tensión psicológica, otras dos experiencias fundamentales amenazaban con dañar el carácter del hombre liberado: la amargura y el desencanto que sufría al regresar.

La amargura se surtía del cúmulo de decepciones que el recién liberado sufría al volver a la vida anterior. Se amargaba al comprobar que en muchas partes era recibido con nada más que un encogimiento de hombros y frases rutinarias. Ante estos lánguidos

recibimientos se preguntaba para qué había sufrido aquellos horrores. Constantemente escuchaba expresiones estereotipadas del tipo: «No sabíamos nada», «También nosotros hemos sufrido». ¿No tenían nada mejor que decir?

La experiencia del desencanto es distinta. En este caso, el propio destino demostraba su crueldad, no el amigo (cuya superficialidad e insensibilidad disgustaban hasta el punto de desear meterse en un agujero y no ver nunca más a un ser humano). El hombre que durante años había pensado que había tocado el fondo del sufrimiento veía ahora que el sufrimiento no tenía límites, que todavía podía seguir sufriendo, y aún con más intensidad.

Cuando, páginas atrás, nos referimos a la necesidad de infundir en el prisionero ánimos para superar su dramática situación, dijimos que esto se conseguía proponiéndole alguna meta alcanzable en el futuro. Era preciso recordarle que la vida seguía esperándolo, que un ser querido aguardaba su regreso con devoción. ¿Y después de la liberación? Algunos se encontraron con que no los esperaba nadie.

¡Pobre de aquel que no encontró a la persona cuyo recuerdo le infundía valor en el campo! ¡Desdichado quien descubrió una realidad totalmente distinta a la añorada en los años de cautiverio! Quizá subió en un tranvía y se dirigió a la casa de sus recuerdos, llamó al timbre, como había soñado tantas veces en el *Lager*, pero no halló a la persona que debía abrirle, no estaba allí, nunca volvería.

En el campo nos habíamos confesado unos a otros que ninguna dicha en esta tierra podía compensar toda la desgracia padecida. No esperábamos encontrar la felicidad, no era eso lo que infundía valor y sentido a nuestro sufrimiento, a nuestro sacrificio, a nuestra agonía. Pero tampoco estábamos preparados para la infelicidad. Ese desencanto, con el que se topó un número nada desdeñable de prisioneros, resultó una experiencia muy dolorosa y difícil de sobrellevar, y también muy difícil de tratar para un psiquiatra. Pero eso no debería desalentar al psiquiatra, sino constituir un mayor estímulo.

Transcurrido el tiempo, llegó el día en que, al volver la vista atrás, hacia la espeluznante experiencia del campo, a los prisioneros les resultaba imposible comprender cómo consiguieron soportar todo aquello. Y del mismo modo que la liberación les había parecido un bello sueño, sentían ahora las atroces vivencias del campo como una lejana pesadilla.

Después de describir la psicología del prisionero del campo de concentración, hemos de reconocer que salir de aquel mundo ignominioso y volver al calor del hogar producía una maravillosa sensación de fortaleza interior. Tras haber soportado increíbles sufrimientos, ya no había nada que temer, excepto a Dios.

SEGUNDA PARTE

CONCEPTOS BÁSICOS DE LOGOTERAPIA

Muchos lectores de mi breve relato autobiográfico me reclamaban una exposición más explícita de mi teoría terapéutica. De modo que añadí, a la edición original de *Un psicólogo en un campo de concentración*, un sucinto resumen de la logoterapia. Al parecer no ha sido suficiente; he seguido recibiendo peticiones para ampliar esos conceptos. Finalmente, en esta edición[1] los he redactado de nuevo, ampliándolos considerablemente.

No ha sido un trabajo fácil. Transmitir al lector, en un espacio reducido, el contenido que ocupa en alemán 20 volúmenes es una tarea que desanima a cualquiera. Recuerdo a aquel colega norteamericano que, en mi clínica de Viena, me preguntó:

—¿Dígame, doctor, es usted psicoanalista?

—No exactamente; más bien soy psicoterapeuta —respondí.

—¿A qué escuela pertenece?

—Sigo mi propia teoría; se llama *logoterapia.*

—¿Podría describirme, en pocas palabras, en qué consiste?

—Sí —dije—, pero antes, ¿podría usted definirme el psicoanálisis?

He aquí su respuesta:

—En el psicoanálisis, el paciente se tiende en un diván y cuenta cosas que no son agradables de decir.

Su enunciado me dio pie a una improvisación:

—En la logoterapia, en cambio, el paciente permanece sentado, bien derecho, y tiene que oír cosas que no son agradables de escuchar.

Dije esto, por supuesto, en un tono distendido, sin pretender esbozar una versión abreviada de la logoterapia. No obstante, esa simplificación se ajusta a la verdad; comparada con el psicoanálisis, la logoterapia es un método menos *introspectivo* y menos *retrospectivo*. La logoterapia se dirige al futuro, es decir, a los valores y el sentido que el paciente quiere proyectar en el futuro. La logoterapia, ciertamente, es una psicoterapia centrada en el sentido. Se propone romper el círculo vicioso de los mecanismos de retroalimentación que tanta importancia tienen en el desarrollo de la neurosis. De esta forma no se alimenta el típico egocentrismo del neurótico, sino que se

quiebra.

Sin duda aquella definición improvisada simplificaba muchísimo la logoterapia. Pero es cierto que, al aplicar la logoterapia, el paciente ha de enfrentarse con el sentido de su vida y confrontar luego su conducta con ese sentido. Por consiguiente, se trata de una definición válida de la logoterapia, en cuanto el neurótico pretende eludir su responsabilidad vital; y despertar su conciencia al sentido de la vida es el fundamento para sobreponerse a la neurosis.

Explicaré por qué empleo el término «logoterapia» para designar mi teoría. *Logos* es una palabra griega que denota «sentido», «significado» o «propósito». La logoterapia, también denominada, «Tercera Escuela de Viena de Psicoterapia», se centra en el sentido de la existencia humana y en la búsqueda de ese sentido por parte del hombre. De acuerdo con la logoterapia, la primera fuerza motivadora del hombre es la lucha por encontrar un sentido a su vida. Por eso aludo a la *voluntad de sentido*, en contraste tanto con el principio de placer (o *voluntad de placer*) del psicoanálisis freudiano como con la *voluntad de poder* que enfatiza la psicología de Alfred Adler.

LA VOLUNTAD DE SENTIDO

En el hombre la búsqueda del sentido de su vida constituye una fuerza primaria, no una «racionalización secundaria» de sus impulsos instintivos. Este sentido es único y específico, en cuanto es uno mismo quien tiene que encontrarlo; únicamente así logra el hombre un significado que satisfaga su voluntad de sentido. Algunos autores sostienen que los valores y el sentido no son más que «mecanismos de defensa», «formaciones reactivas» o «sublimaciones». Personalmente no querría vivir en aras de mis mecanismos de defensa, ni estaría dispuesto a morir por mis «formaciones reactivas». El hombre, no obstante, ¡tiene la capacidad de vivir, incluso de morir, por sus ideales!

Hace años se realizó en Francia una encuesta de opinión. Los resultados demostraron que el 89% de la población reconocía necesitar «algo» por lo que vivir. Además, el 61% afirmaba tener algo o a alguien por lo que daría la vida. Repetí esa encuesta entre los pacientes y el personal de mi departamento, en el Hospital de Viena, y el resultado fue similar al obtenido con las miles de personas entrevistadas en Francia. La diferencia osciló en torno al 2%. Se realizó otro estudio estadístico con 7948 estudiantes de 48 *colleges* de la Universidad Johns Hopkins (su informe preliminar forma parte de un trabajo de dos años patrocinado por el Instituto Nacional de Salud Mental). A la pregunta sobre qué era importante en ese momento en su vida, el 16% respondió: «Ganar mucho dinero»; el 78% dijo que su objetivo primordial era «encontrar sentido y finalidad a su

vida». En otras palabras: *la voluntad de sentido* para la mayoría es más una cuestión *de hecho* que de *fe.*

Naturalmente, hay casos en que las personas ocultan sus conflictos internos tras el velo de los principios morales de su conducta; aun siendo eso cierto, es la excepción a la regla, no representan a la mayoría. En esos casos la interpretación psicoanalítica se justifica como un intento de analizar la dinámica inconsciente que sustenta su comportamiento. En realidad son falsos valores que conviene desenmascarar (un ejemplo es el caso del fanático). Ahora bien, el desenmascaramiento o la desmitificación finaliza cuando el psiquiatra encuentra un valor auténtico y genuino, el deseo de una vida repleta de sentido. Si al alcanzar uno de estos valores el psiquiatra no suspende sus intentos de desenmascaramiento, estaría actuando según sus principios *a priori* psicoanalíticos, y no a favor del paciente, menospreciando así sus aspiraciones, lo genuinamente humano.

Hay que precaverse de la tendencia a considerar los principios morales como simple expresión del hombre. Pues *logos* o «sentido» no es solo algo que nace de la propia existencia, sino que se presenta frente a esa misma existencia. Si ese sentido que espera realizarse en el hombre no fuera más que la expresión de sí mismo, la proyección de un espejismo, perdería inmediatamente su carácter de exigencia y desafío; sería inútil para motivar al hombre o para responsabilizarlo. Estas razones se arguyen no solo respecto a la sublimación de los impulsos instintivos, sino también en relación con lo que Jung denomina «arquetipos» del «inconsciente colectivo», que representan expresiones propias de la humanidad como un todo. Y es igualmente válido contra la concepción del existencialismo, que considera que los ideales humanos son meras invenciones. Según Sartre, el hombre se inventa a sí mismo, concibe su propia «esencia», es decir, lo que debería ser o tendría que ser. Yo afirmo, sin embargo, que el hombre no inventa el sentido de su vida, sino que lo descubre.

La investigación psicoanalítica en el campo los principios es legítima; la cuestión estriba en la pertinencia de sus límites. La metodología de la experimentación nos recuerda que una investigación exclusivamente psicodinámica puede, en principio, mostrar o revelar las fuerzas pulsionales del hombre. Ahora bien, los principios morales no mueven al hombre, no lo *empujan;* más bien tiran de él. Esa diferencia me la recordaban constantemente los hoteles de Norteamérica, donde hay que tirar de una puerta y empujar otra. Si afirmo que el hombre se ve *arrastrado* por los principios morales, de ello se infiere que apelo a su voluntad: a la libertad del hombre para elegir entre aceptar o rechazar una oportunidad; dicho de otra manera, a la libertad para completar un determinado sentido o rechazarlo.

No obstante, conviene dejar claro que en el hombre no cabe hablar de lo que se denomina *impulso moral* o *impulso religioso*, declarando así que el hombre se halla

determinado por sus instintos básicos. El hombre nunca se ve impulsado a una conducta moral preestablecida; actúa, en cada ocasión, de una forma determinada. Y además, el hombre no actúa para satisfacer su impulso moral, silenciando así su conciencia; lo hace para lograr una meta con la que se identifica, o por una persona a la que ama o por la gloria de Dios. Si actuara con el fin de acallar su conciencia sería un fariseo, dejaría de ser una persona verdaderamente moral. Creo que hasta los mismos santos sirven exclusivamente a Dios, olvidándose de los actos que conducen a su propia santidad. De no hacerlo así, serían perfeccionistas, pero no santos. Cierto que, como reza el dicho alemán, «la mejor almohada es una buena conciencia». Pero la verdadera moralidad es más que un somnífero o un tranquilizante.

La frustración existencial

El hombre es capaz de malograr su voluntad de sentido, y en este caso la logoterapia habla de «frustración existencial». El término «existencial» admite tres significados: (1) la *existencia* misma, esto es, el modo de ser específicamente humano; (2) el *sentido* de la existencia; y (3) el afán de encontrar un sentido concreto a la vida personal, es decir, la *voluntad de sentido.*

La frustración existencial también puede cursar en neurosis. A este tipo de neurosis la logoterapia lo denomina «neurosis noógena», por oposición a la neurosis en sentido estricto: la neurosis psicógena. La neurosis noógena tiene su origen en la dimensión noológica (del griego *noos*, que significa «mente») de la existencia humana, no en la dimensión psicológica. Este término logoterapéutico denota su vinculación con el núcleo «espiritual» de la personalidad humana. Pero conviene recalcar que en la semántica de la logoterapia el término «espiritual» carece de una connotación religiosa: describe y define (antropológicamente) una dimensión específicamente humana.

Neurosis noógena

Las neurosis noógenas no surgen del conflicto entre impulsos e instintos, sino más bien de problemas existenciales (que en una formulación general podríamos calificar de espirituales), y en ellos desempeña una función primordial la frustración de la voluntad de sentido.

Es evidente, por tanto, que la terapia más apropiada para las neurosis noógenas no es la psicoterapia tradicional, sino la logoterapia: una psicoterapia que se adentra en la

dimensión espiritual. De hecho *logos*, en griego, además de «significado» y «sentido», también tiene la acepción de «espíritu». La logoterapia contempla desde niveles espirituales temas asimismo espirituales, como la aspiración humana a encontrar sentido a la vida o la frustración de ese sentido. Estas cuestiones se tratan frontalmente, en su actual consistencia psíquica o espiritual, sin pretender rastrear sus orígenes inconscientes, que en definitiva serían *instintivos.* Si un médico no acierta a distinguir la dimensión espiritual como opuesta a la dimensión instintiva, genera una tremenda confusión para explicar el comportamiento humano.

Me serviré de un ejemplo: un diplomático norteamericano de alto rango acudió a mi consulta en Viena para continuar el tratamiento psicoanalítico comenzado cinco años antes con un analista de Nueva York. En la primera sesión le pregunté qué le hizo pensar en la necesidad de ser analizado; o, dicho de otra forma, qué causa lo llevó a iniciar el tratamiento psicoanalítico. El paciente respondió que se sentía insatisfecho con su profesión y que le costaba aceptar la política exterior norteamericana. El psicoanalista había insistido en que debía reconciliarse con su padre y en que el gobierno estadounidense y sus superiores «no eran otra cosa» que imágenes del padre; en consecuencia, la insatisfacción por su trabajo se debía al aborrecimiento que, inconscientemente, albergaba hacia su padre. En cinco años de tratamiento psicoanalítico el paciente iba sintiendo mayor predisposición a aceptar esa interpretación, pero le costaba diferenciar la realidad entre la maraña de símbolos e imágenes. Después de unas pocas entrevistas en mi consulta, se hizo patente la frustración de su voluntad de sentido respecto a su vocación profesional y su deseo de realizar un trabajo distinto. Como nada le impedía dejar su empleo, finalmente se decidió a dedicarse a otra cosa, con resultados muy gratificantes. Según su última información, lleva cinco años en su nueva ocupación y está contento. Dudo mucho de que, en este caso, se tratara de una neurosis; por lo tanto, sobraba cualquier psicoterapia o logoterapia: no era un paciente en el sentido clínico.

De esta historia se deduce que no todos los conflictos son neuróticos; y a veces es normal, e incluso saludable, cierta dosis de conflictividad. De la misma manera, el sufrimiento no necesariamente es un fenómeno patológico; más que considerarlo un síntoma neurótico, el sufrimiento puede constituir un logro humano, en especial si nace de la frustración existencial. Niego tajantemente que la búsqueda de un sentido, o la duda de si existe ese sentido, proceda o sea el resultado de una enfermedad. La frustración existencial en sí misma no es patológica ni patogénica. La preocupación, o la desesperación, por encontrarle a la vida un sentido valioso revela una *angustia espiritual*, pero en modo alguno supone una enfermedad. Podría suceder que, al interpretar la angustia como enfermedad, el psiquiatra se vea inducido a ocultar la

frustración existencial del paciente con la administración de drogas tranquilizantes. Sin embargo, su función consiste en guiar al paciente a través de su crisis existencial, una crisis que podría generar el crecimiento interior.

La logoterapia entiende que su función es ayudar al paciente a encontrar el sentido de su vida; por tanto, procede de un modo analítico al activar en la conciencia el *logos* oculto de su existencia. En este aspecto, la logoterapia se parece al psicoanálisis. Ahora bien, el intento de la logoterapia por recuperar los contenidos de la conciencia no se reduce a los hechos *instintivos* —que conforman el inconsciente del individuo—, sino que también lo fuerzan a avivar las realidades *espirituales* que inciden en la experiencia, como el potencial sentido de la vida o la *voluntad* de sentido. No obstante, cualquier análisis, aunque rehúse incluir la dimensión noológica en su práctica terapéutica, intenta que el paciente cobre conciencia del más profundo anhelo de su ser. La logoterapia difiere del psicoanálisis en la medida en que considera al hombre como un ser cuyo interés primordial consiste en asumir un sentido y realizar un conjunto de valores, y no en la gratificación y la satisfacción de sus impulsos e instintos, en el ajuste del conflicto interior generado por las exigencias del ello, del yo y del superyó, o en las luchas de adaptación y ajuste al entorno y a la sociedad.

NOODINÁMICA

Sin duda la búsqueda humana de sentido y de valores puede nacer de una tensión interna, no de un equilibrio interno. Ahora bien, esa tensión es un requisito indispensable para la salud mental. Me atrevería a afirmar que, aun en las peores condiciones, nada en el mundo ayuda a sobrevivir como la conciencia de que la vida esconde un sentido. Hay mucha sabiduría en las palabras de Nietzsche: «Quien tiene un *porqué* para vivir puede soportar casi cualquier *cómo*». Yo veo en esas palabras un motor válido para la psicoterapia. Los campos de concentración nazis dan fe de que los prisioneros más aptos para la supervivencia fueron los que se sabían esperados por algún ser querido o les apremiaba acabar una tarea o cumplir una misión (experiencia que confirmarían los psiquiatras norteamericanos en Japón y en Corea).

En mi caso, cuando fui internado en el campo de Auschwitz me confiscaron un manuscrito listo para su publicación.[2] Sin duda mi intenso deseo de reelaborar ese libro me ayudó a sobrellevar los inhumanos rigores del campo. Por ejemplo, cuando caí enfermo de tifus en un campo de Baviera, para soportar los delirios de la fiebre anotaba en míseras tiras de papel ideas y palabras clave que me servirían para redactar de nuevo el texto, si sobrevivía al día de la liberación. Estoy convencido de que ese esfuerzo, al

límite de mi resistencia, me ayudó a superar el riesgo de un colapso cardiovascular.

Lo anterior confirma que la salud psíquica necesita cierto grado de tensión interior, la tensión existente entre lo que se ha logrado y lo que hay que conseguir, o la distancia entre lo que uno es y lo que debería llegar a ser. Esta tensión es inherente al ser humano y, por tanto, indispensable para el bienestar psíquico. No hay que amedrentarse, pues, al confrontar al hombre con el sentido de su existencia. Únicamente así despertaremos la voluntad de sentido del estado de latencia. Considero erróneo y peligroso para la psicohigiene dar por supuesto que el hombre necesita, ante todo, equilibrio interior o, como se denomina en biología, «homeostasis»: un estado sin tensiones, en equilibrio biológico interno. Lo que el hombre necesita no es vivir sin tensión, sino esforzarse y luchar por una meta que merezca la pena. Vivir sin tensión a cualquier precio no es un proceder psicohigiénico; beneficia más sentir el apremio de un deber o la urgencia de una misión por cumplir. Releguemos la «homeostasis» y situemos en primer lugar la «noodinámica» (en lenguaje logoterapéutico): la dinámica espiritual dentro de un campo de tensión bipolar, en el que un polo representa el sentido que se ha de cumplir y el otro corresponde al hombre que debe cumplirlo. Y si la noodinámica supone un proceder válido para las condiciones normales del psiquismo, su validez es aún más patente en individuos neuróticos. Así como el arquitecto apuntala un arco que se hunde *aumentando* la carga, para que sus partes se afiancen mejor, del mismo modo, si el terapeuta quiere fortalecer la salud mental del paciente, no debe temer aumentar la tensión interior, orientándolo hacia el sentido de la vida.

Aclarada la incidencia beneficiosa del sentido de la vida, me ocuparé ahora de las nocivas consecuencias del fenómeno contrario: la carencia total y absoluta de sentido, muy frecuente en los pacientes de nuestros días, acosados por un vacío interior, por un desierto interior que los arrastra a una amarga sensación que ellos mismos denominan «vacío existencial».

EL VACÍO EXISTENCIAL

El vacío existencial es un fenómeno muy extendido en el siglo XX. Es comprensible y quizá se deba a una doble pérdida que el hombre ha tenido que padecer para convertirse en verdaderamente civilizado. Al principio de la historia, el hombre perdió algunos instintos básicos que rigen la vida animal y confieren seguridad; una seguridad que, como el paraíso, hoy le está vedada: ahora está forzado a elegir. En las últimas etapas del progreso ha sufrido, además, otra pérdida fundamental: las tradiciones. Las tradiciones cumplían una función de contrapeso de la conducta, y en la sociedad moderna se diluyen

con enorme rapidez. Al no conservar las tradiciones que marcan la actuación socialmente aceptada, el hombre carece del instinto que guía su conducta, y con frecuencia no sabe cómo comportarse. Por ello, hace lo que otras personas hacen (conformismo) o hace lo que otras personas quieren que haga (totalitarismo).

El equipo de mi departamento neurológico del Hospital Policlínico de Viena realizó una encuesta con los pacientes y enfermos; en ella se reveló que el 55% de los encuestados admitía haber sufrido, en mayor o menor grado, una situación de vacío existencial. En otras palabras, más de la mitad había experimentado en algún momento la pérdida del sentido de la vida.

El vacío existencial se manifiesta sobre todo en un estado de tedio. Entendemos hoy mejor a Schopenhauer cuando decía que la humanidad está condenada a oscilar eternamente entre la tensión y el aburrimiento. De hecho, el hastío genera hoy más problemas que la tensión y, desde luego, envía a más personas a la consulta del psiquiatra. En las últimas décadas estos problemas se han agudizado debido a la progresiva automatización, que ha incrementado el tiempo de ocio de los trabajadores. Lo penoso de esto es que quizá muchos no saben qué hacer con tanto tiempo libre.

Pensemos, por ejemplo, en la «neurosis dominical», esa especie de depresión que aflige a algunas personas al cesar su trajín durante la semana y encontrarse, en el fin de semana, con una intimidad vacía de sentido. No pocos suicidios se originan en ese vacío existencial. Y si consideramos que el vacío existencial es una buena excusa, se comprenden mejor las tasas de alcoholismo y la delincuencia juvenil. Este mecanismo psicológico también se aplica a las crisis de los jubilados y de los ancianos.

Es más, con frecuencia el vacío existencial se presenta de forma enmascarada. A veces la frustración de la voluntad de sentido se compensa con la voluntad de poder en su expresión más burda: el deseo de tener dinero. En otras ocasiones el vacío de la voluntad de sentido se llena con la voluntad de placer. Y eso explica que la frustración existencial suela provocar un desenfreno libidinoso, e incluso que esas pulsiones de la libido se mezclen con las agresivas.

Algo parecido sucede con las neurosis. Una neurosis asocia diversos mecanismos neuróticos que trataré más adelante. Una sintomatología similar se observa en personas con una frustración de sentido, y en ese vacío existencial germinan los procesos y los mecanismos neuróticos. Sin embargo, a pesar de la semejanza sintomatológica, no son pacientes con neurosis noógena. Ahora bien, no podremos lograr que el paciente se sobreponga si no complementamos el tratamiento psicoterapéutico con la logoterapia, ya que al dotar de sentido al vacío existencial se previene la recaída. Así pues, la logoterapia está indicada no solo en las neurosis noógenas, como he señalado, sino también en las psicógenas y, en especial, en los casos que he denominado «(pseudo)neurosis

somatógenas». Con esta perspectiva se justifica la afirmación de Magda B. Arnold: «Toda terapia debe ser también logoterapia, aunque sea en un grado mínimo».[3]

Consideremos ahora qué podemos hacer cuando el paciente pregunta cuál es el sentido de la vida.

EL SENTIDO DE LA VIDA

Dudo que haya algún médico que pueda responder a esta pregunta con nociones generales, pues el sentido de la vida difiere de un hombre a otro, de un día a otro y de una hora a otra. Por tanto, lo que importa no son las formulaciones abstractas, sino el sentido concreto de la vida de un individuo en un momento dado. Plantear la cuestión en términos generales equivale a la pregunta que se le hizo a un campeón de ajedrez: «Dígame, maestro, ¿cuál es la mejor jugada de ajedrez?». Sencillamente, no hay contestación posible; nunca se dará una buena jugada, o la mejor jugada, sin la referencia a una determinada partida y a la personalidad del oponente. Así ocurre con la existencia humana; no deberíamos buscar un sentido abstracto a la vida, pues cada uno tiene una misión o un cometido que cumplir. Por tanto, no puede ser reemplazado en su función, ni su vida puede repetirse: su tarea es única como es única la oportunidad de realizarla.

Si consideramos, pues, que toda situación plantea una cuestión que solo la persona puede responder, el sentido de la vida también puede entenderse desde el ángulo opuesto. En última instancia, el hombre no debería cuestionarse sobre el sentido de la vida, sino comprender que es a *él* a quien la vida interroga. En otras palabras, la vida pregunta por el hombre, cuestiona al hombre, y este contesta de una única manera: *respondiendo* de su propia vida y con su propia vida. Solo con la responsabilidad personal se puede contestar a la vida. De modo que la logoterapia considera que la esencia de la existencia consiste en la capacidad del ser humano para responder responsablemente a las demandas que la vida le plantea en cada situación particular.

LA ESENCIA DE LA EXISTENCIA

Este énfasis en la responsabilidad se refleja en el imperativo categórico de la logoterapia: «Actúa como si vivieras por segunda vez y la primera lo hubieras hecho tan desacertadamente como estás a punto de hacerlo ahora». Pocas estrategias estimulan más el sentido de la responsabilidad que esta máxima que invita a imaginar, primero, que el presente ya es pasado y, segundo, que ese pasado se puede corregir. Este precepto

enfrenta al hombre con la *finitud* de la vida y con su *finalidad* personal y existencial.

La logoterapia intenta que el paciente tome plena conciencia de su responsabilidad personal; por tanto, lo fuerza a elegir por qué, de qué o ante quién se siente responsable. De ahí que el logoterapeuta sea el menos indicado, entre los psicoterapeutas, para imponer al paciente algún juicio de valor, porque nunca dejará que el paciente le transfiera la responsabilidad de juzgar su vida.

Corresponde al paciente decidir si debe interpretar su vida con responsabilidad ante la sociedad o ante su conciencia. Una gran mayoría considera que es a Dios a quien tiene que rendir cuentas; son personas que no se quedan simplemente en la tarea que deben cumplir, sino que se vuelven hacia quien les ha encomendado esa tarea.

La logoterapia no es una labor docente ni misionera. Está lejos tanto del razonamiento lógico como de la exhortación moral. Intentaré explicarlo gráficamente: el papel del logoterapeuta se parece más al de un oftalmólogo que al de un pintor. El pintor ofrece una imagen del mundo tal como él lo ve; el oftalmólogo, en cambio, quiere que veamos el mundo tal y como el mundo realmente es. La función del logoterapeuta consiste en ensanchar el campo visual del paciente hasta que visualice responsablemente el amplio espectro de valor y de sentido de su horizonte existencial. La logoterapia no necesita imponer al paciente ningún juicio de valor porque la verdad se impone por sí misma.

Al declarar que el hombre es responsable y capaz de descubrir el sentido concreto de su existencia, quiero destacar que el sentido de la vida debe buscarse en el mundo, no dentro del ser humano o de la *psique*, como si fuera un sistema cerrado. Por idéntica razón, la verdadera meta de la existencia humana no se cifra en la autorrealización. La autorrealización, por sí misma, no puede ser una meta. El mundo no debe considerarse como expresión de uno mismo, ni como mero instrumento, ni un medio para la autorrealización. En ambos casos, la visión del mundo *(Weltanschauung)* se convierte en *Weltentwertung*, es decir, menosprecio del mundo.

He llamado «autotrascendencia de la existencia» a esta característica esencial del hombre. Ser hombre implica dirigirse hacia algo o alguien distinto de uno mismo, bien sea para realizar un valor, bien para alcanzar un sentido o para encontrar a otro ser humano. Cuanto más se olvida uno de sí mismo —al entregarse a una causa o a la persona amada —, más humano se vuelve y más perfecciona sus capacidades. Por el contrario, cuanto más se empeña el hombre en conseguir la autorrealización, más se le escapa, pues la verdadera autorrealización es el efecto profundo del cumplimiento del sentido de la vida. En otras palabras, la autorrealización no se logra como un fin, sino que es el legítimo fruto de la trascendencia.

Ya he dicho que el sentido de la vida cambia continuamente, pero nunca cesa. De acuerdo con la logoterapia, podemos descubrir el sentido de la vida de tres modos: (1)

realizando una acción; (2) aceptando los dones de la existencia; (3) por el sufrimiento. En el primer caso, el recurso para alcanzarlo resulta obvio. El segundo y el tercero requieren una explicación.

EL SENTIDO DEL AMOR

El segundo modo de descubrir el sentido de la vida se produce con la aceptación de los dones de la existencia; por ejemplo, la conmoción interior ante la belleza del arte, el esplendor de la naturaleza o el amoroso calor de otro ser humano.

El amor es la única vía para llegar a lo más profundo de la personalidad de un hombre. Nadie conoce la esencia de otro ser humano si no lo ama. Por el acto espiritual del amor se contemplan los rasgos esenciales de la persona amada; incluso su potencialidad, lo que aún no ha sido revelado. Aún más: mediante el amor, la persona que ama capacita al amado a actualizar sus posibilidades ocultas. El amor consigue que el otro realice su potencialidad personal.

En la logoterapia el amor no se interpreta como un mero epifenómeno[4] de los impulsos e instintos sexuales, de acuerdo con el mecanismo de la sublimación. El amor es un fenómeno tan primario como el sexo. Normalmente el sexo es una forma de expresar el amor. El sexo está justificado, incluso santificado, como vehículo del amor, con esa dimensión. Así, el amor no se entiende como un efecto secundario del sexo, sino que el sexo es un medio de expresión de la fusión absoluta y definitiva que es el amor.

EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

El tercer modo de encontrarle un sentido a la vida es a través del sufrimiento.

Cuando hay que enfrentarse a una situación inevitable, inapelable e irrevocable (una enfermedad incurable, un cáncer terminal), la vida ofrece la oportunidad de realizar el valor supremo, de cumplir el sentido más profundo: aceptar el sufrimiento. El valor no reside en el sufrimiento en sí, sino en la actitud frente a él, en la capacidad de soportarlo.

Lo ilustraré con un ejemplo: un doctor en medicina general me consultó sobre la fuerte depresión que padecía. No podía sobreponerse a la pérdida de su mujer, con quien había compartido un matrimonio excepcionalmente feliz. Su mujer había muerto hacía dos años. ¿Cómo podía ayudarle? Me abstuve de decirle nada y le pregunté:

—¿Qué habría sucedido, doctor, si hubiera muerto usted y su mujer le hubiese sobrevivido?

—Habría sido terrible para ella, ¡sufriría muchísimo! —contestó.

Entonces repliqué:

—No se da cuenta de que usted le ha ahorrado a ella este sufrimiento; para conseguirlo ha tenido que sobrevivirla y llorar su muerte.

No dijo nada, me tomó la mano, y luego abandonó en silencio la consulta. El sufrimiento, en cierto modo, deja de ser sufrimiento cuando encuentra un sentido, como ocurre en el sacrificio.

Claro está que, en este caso, no se llevó a cabo ninguna terapia en sentido estricto, pues la desesperación de ese hombre no era patológica y nadie podía devolver la vida a su mujer. Pero logré modificar su *actitud* hacia su inevitable destino, y a partir de entonces encontró un sentido a su sufrimiento.

Uno de los postulados de la logoterapia mantiene que la preocupación primordial del hombre no es gozar del placer, o evitar el dolor, sino encontrar un sentido a la vida. Y en esas condiciones el hombre está dispuesto a aceptar el sufrimiento, si el sufrimiento tiene sentido.

Pero quisiera dejar bien claro que el sufrimiento no es *necesario* para otorgar sentido a la vida. El sentido es posible sin sufrimiento. Para que el sufrimiento confiera un sentido ha de ser inevitable, completamente necesario. El sufrimiento evitable debe combatirse con los remedios oportunos; no hacerlo sería masoquismo, no heroísmo.

La psicoterapia tradicional tiende a restaurar en la persona la capacidad para el trabajo y el disfrute de la vida. Esos objetivos los comparte la logoterapia, pero va más allá al pretender que el paciente recupere su capacidad de sufrir, si fuera necesario, para poder encontrar sentido al sufrimiento. En este contexto, Edith Weisskopf-Joelson, profesora de Psicología en la Universidad de Georgia, en un artículo sobre logoterapia defiende que «nuestra actual filosofía de la higiene mental insiste en la idea de que las personas deberían ser felices, y por ello a la infelicidad se la ve como un desajuste. Este sistema de valores, frente a la inevitable infelicidad, podría ser responsable del incremento de desdicha que causa no ser plenamente feliz».[5] En un artículo posterior expresaba la esperanza de que la logoterapia «logre contribuir a contrarrestar algunas tendencias indeseables en la cultura estadounidense actual, en la que al paciente incurable se le dan pocas oportunidades para sentirse orgulloso de su sufrimiento y considerar que lo ennoblece en vez de degradarlo», de modo que «no solo es infeliz, sino que además se avergüenza de serlo».[6]

A veces la existencia no nos permite desempeñar el trabajo deseado y disfrutar de la vida, pero nunca nos puede arrebatar el sufrimiento inevitable. Al aceptarlo con entereza, la vida mantiene su sentido hasta el último instante y lo conserva hasta final, en su sentido más literal. Dicho de otra forma, el sentido de la vida es incondicional, pues

incluye también el sentido del sufrimiento ineludible.

Traigo ahora a la memoria mi experiencia del campo de concentración. Las posibilidades de sobrevivir en uno de esos campos no superaban la proporción de uno en veintiocho, como han mostrado las estadísticas. No parecía posible, ni siquiera probable, rescatar el manuscrito de mi primer libro, escondido bajo mi chaqueta al llegar a Auschwitz. Debía aceptar el destino y sobreponerme a la pérdida de mi hijo espiritual. Me embargó la terrible certeza de que nadie ni nada me sobreviviría, ni un hijo físico, ni un hijo espiritual, nada que fuera mío. En esas condiciones me cuestionaba que la vida tuviera sentido.

Pronto hallé una respuesta a esa desesperanzada pregunta, con la que mantenía una lucha encarnizada. Sucedió al cambiar mi ropa por los harapos de un prisionero enviado a la cámara de gas nada más llegar a Auschwitz. Las páginas de mi manuscrito no podían estar en esa andrajosa chaqueta, pero en un bolsillo había una página arrancada de un libro de oraciones en hebreo que contenía la más sublime oración judía: el *Shemá Israel.* ¿Cómo interpretar esa «coincidencia» si no como una propuesta para, en lugar de llevarlos al papel, *vivir* mis pensamientos?

Más adelante, según recuerdo, creí que pronto moriría. En esa crítica situación, mis preocupaciones eran distintas a las de mis compañeros. Ellos se preguntaban: «¿Sobreviviremos? Si no, este sufrimiento no tiene sentido». Yo me hacía otra pregunta: «¿El sufrimiento y la muerte de tanta gente próxima tiene algún sentido? Tenía que tenerlo, pues, en caso contrario, sobrevivir carecería de sentido. La vida que depende del azar no merece ser vivida».

Problemas metaclínicos

Con frecuencia creciente, el psiquiatra se ve interpelado con nuevos interrogantes. ¿Qué es la vida? ¿Qué es el sufrimiento? Actualmente, los pacientes acuden al psiquiatra con problemas humanos más que con síntomas neuróticos. Personas que hoy visitan al psiquiatra, en otra época habrían acudido al sacerdote, al pastor o al rabino; y aún hoy deberían acudir a ellos. En nuestra cultura, la gente se resiste a ponerse en manos de un eclesiástico, y el médico ha de atender a cuestiones humanas y filosóficas más que a conflictos emocionales o síntomas patológicos.

Un logodrama

Me gustaría citar el siguiente caso: la madre de un muchacho muerto a los once años ingresó en mi clínica tras un intento de suicidio. Mi ayudante, el doctor Kocourek, la invitó a participar en una sesión de psicoterapia de grupo; yo entré por casualidad en la sala destinada a los psicodramas. En ese momento la mujer contaba su historia. Tras la muerte de su hijo, se quedó sola con otro hijo disminuido a causa de una parálisis infantil. Necesitaba una silla de ruedas. La madre se rebelaba contra el destino. Intentó suicidarse con su hijo y este se lo impidió. ¡Él quería vivir! Para él la vida seguía teniendo sentido. ¿Por qué no lo tenía para su madre? ¿Cómo encontrar el sentido de su vida? ¿Cómo podríamos ayudarla a encontrarlo y ser consciente de él?

Improvisando, participé en el debate. A otra mujer del grupo le pregunté la edad:

—Treinta —me contestó.

Le repliqué:

—No, usted no tiene treinta, sino ochenta años; está moribunda en su cama y recuerda su pasado. Una vida sin hijos, pero repleta de éxitos económicos y prestigio social.

Y la invité a que imaginara cómo se sentiría en esa hipotética situación.

—¿Qué pensaría usted? ¿Qué se diría a sí misma?

Reproduzco textualmente la grabación magnetofónica de la sesión: «Oh, me casé con un millonario, y llevé una vida cómoda, llena de lujo, ¡y la viví plenamente! ¡Coqueteé con los hombres y me burlé de ellos! Pero ahora tengo ochenta años y ningún hijo. Al volver la vista atrás, ya vieja, no comprendo el sentido de todo aquello; siento que mi vida ha sido un fracaso: ¡un tremendo fracaso!».

Invité entonces a la madre del muchacho paralítico a que se imaginara a sí misma viendo *su* vida ya pasada, en una situación semejante a la mujer anterior. Esto es lo que dijo, igualmente grabado: «Yo quería tener hijos y mi deseo se cumplió. Un hijo murió y el otro, minusválido, habría ingresado en una institución benéfica si yo no me hubiera ocupado de él. Aunque está tullido e inválido, es mi hijo, y me he esforzado en que tenga la mejor vida posible. He hecho de mi hijo un ser humano mejor!». En ese punto rompió a llorar y continuó entre sollozos: «En cuanto a mí, puedo recordar en paz mi pasado; he intentado con todas mis fuerzas cuidar a mi hijo. He actuado lo mejor que he sabido. Lo hice por el bien de mi hijo. ¡Mi vida no ha sido un fracaso!».

Al contemplar su vida desde la proximidad de la muerte percibió el sentido que la animaba, la misión que debía realizar; y en ese sentido se incluía el sufrimiento. Por igual motivo se hizo patente que quizá una vida tan corta como la de su hijo muerto podría ser más plena en alegría y amor, con mayor sentido, que una vida mucho más larga.

Al cabo de un rato, hice otra pregunta a todo el grupo. Les pregunté si un chimpancé con el que se había experimentado el suero de la poliomielitis, un animal al que

inyectaban continuamente, podría percibir el sentido de su sufrimiento. Unánimemente contestaron que no. El chimpancé no puede entrar en el mundo del hombre, y el mundo del hombre es el único lugar donde se comprende el sufrimiento. Después formulé las siguientes cuestiones: «¿Y qué hay del hombre? ¿Tienen la seguridad de que lo humano constituye el término de la evolución? ¿No es concebible otra dimensión, un mundo más allá del mundo del hombre, un mundo donde la pregunta sobre el sentido del sufrimiento obtenga una respuesta?».

EL SUPRASENTIDO

Este sentido último excede, lógicamente, la capacidad intelectual del hombre; en logoterapia se denomina «suprasentido». Al hombre no se le exige, como predican los filósofos existencialistas, que soporte lo absurdo de la vida, sino que asuma racionalmente su capacidad para captar la sensatez incondicional de la vida. El *logos* es más profundo que la lógica.

El psiquiatra que vaya más allá del concepto de suprasentido se verá, antes o después, desconcertado por sus pacientes, como me sucedió a mí cuando mi hija de seis años me preguntó:

—¿Por qué decimos «*buen* Dios»?

—Hace unas semanas tenías sarampión y el *buen* Dios te curó —respondí.

La niña no quedó satisfecha y replicó:

—Sí, papá, pero no olvides que primero me lo envió.

Si un paciente posee una creencia religiosa firmemente arraigada, no hay ninguna objeción en utilizar el efecto terapéutico de sus convicciones. Y, por consiguiente, reforzar así sus recursos espirituales. Para ello, el psiquiatra ha de ponerse en el lugar del paciente. Y eso hice cuando me visitó un rabino de Europa oriental y me contó su historia. Había perdido a su mujer y a sus seis hijos en la cámara de gas, en el campo de concentración de Auschwitz, y ahora resultaba que su segunda esposa era estéril. Le insinué que la vida no tiene como única finalidad la procreación, porque entonces la vida en sí misma carecería de sentido, y lo que en sí mismo es insensato no se convierte en sensato por la perpetuación. El rabino examinó mis palabras a la luz de la ortodoxia judía y expresó su desesperación por no tener un hijo que, a la hora de la muerte, pudiera rezarle el *Kaddish.*[7]

No me di por vencido. Hice un último intento por ayudarlo y le pregunté si no tenía la esperanza de ver a sus hijos en el cielo. Me contestó con sollozos y lágrimas, y afloró la verdadera causa de su desesperación: sus hijos, al morir como mártires inocentes,[8]

ocuparían los más altos lugares en el cielo, mientras que él, viejo pecador, no podía ni soñar con esos lugares. No lo contradije, pero repliqué:

—¿Y no cabe suponer, rabino, que usted haya sobrevivido, precisamente, para purificarse con el sufrimiento, y hacerse así merecedor de reunirse con ellos en el cielo, aunque no tenga su inocencia? ¿No está escrito en los Salmos que Dios guarda nuestras lágrimas?[9] Tal vez ninguno de sus sufrimientos haya sido en vano.

Por primera vez en muchos años, amparado por este punto de vista, el rabino encontró alivio a su sufrimiento.

La transitoriedad de la vida

Los hechos que parecen quitarle sentido a la vida incluyen no solo el sufrimiento o la angustia, sino también la muerte. Nunca me cansaré de decir que el único aspecto verdaderamente transitorio de la vida es lo que hay en ella de potencial. Ahora bien, lo potencial, al actualizarse, se hace realidad. Y todo lo real se guarda en el pasado, de donde se lo rescata y se lo preserva de la transitoriedad. Nada del pasado está irremediablemente perdido, sino que se conserva irrevocablemente.

De lo dicho se desprende que la transitoriedad de nuestra vida en modo alguno la vuelve carente de sentido; por el contrario, determina nuestra responsabilidad al verificar que las posibilidades son esencialmente transitorias. De las múltiples posibilidades presentes en cada instante, el hombre renuncia a algunas y rescata otras para la realización. ¿Cuál de ellas, por la elección del hombre, se volverá una acción imperecedera, una «huella inmortal en la arena del tiempo»? En todo momento el hombre debe decidir, para bien o para mal, cuál será el monumento de su existencia.

Con frecuencia el hombre solo observa la rastrojera de lo transitorio y pasa por alto el fruto ya granado del pasado, donde han quedado cincelados los valores, todos sus gozos y sufrimientos. De ahí, el hombre puede recuperar las acciones de su pasado. Nada puede deshacerse y nada puede volverse a hacer. *Haber sido* es la forma más segura de ser.

La logoterapia, consciente de la esencial transitoriedad de la existencia humana, no es pesimista sino activista. Podríamos explicarlo de la siguiente manera: el pesimista se parece al hombre que, día a día, arranca la hoja del almanaque y observa, con miedo y tristeza, cómo se reduce según transcurre el tiempo. La persona activa también arranca las hojas, día a día, pero las va guardando después de escribir unas notas al dorso. Así conserva, con orgullo y goce, la riqueza que atesoran esas notas, escritas a lo largo de una vida vivida intensamente. ¿Para qué quiere saber que está envejeciendo? ¿Por qué

tiene que sentir nostalgia de la juventud perdida? ¿Por qué ha de envidiar a los jóvenes? ¿Por sus posibilidades y el futuro que les espera? «No, gracias —dirá—. En lugar de posibilidades por hacer yo cuento con las realidades de mi pasado: mis trabajos, los amores sentidos y regalados, los sufrimientos aceptados con valor. De esos sufrimientos precisamente me siento más orgulloso, aunque no susciten ninguna envidia».

LA LOGOTERAPIA COMO TÉCNICA

No es posible disipar un miedo real, como el temor a la muerte, con una interpretación psicodinámica; tampoco se puede curar un temor neurótico —la agorafobia, por ejemplo — con el simple conocimiento filosófico. La logoterapia ha desarrollado una técnica para tratar estos casos. Para comprender la técnica se necesita entender los mecanismos que impelen a las personas neuróticas. Comencemos por la ansiedad anticipatoria. Lo característico de este temor es provocar en el paciente precisamente aquello que teme. Por ejemplo, una persona teme sonrojarse al entrar en una gran sala abarrotada de gente; sin la menor duda se ruborizará al entrar en esa sala. En este contexto, podemos extrapolar el aforismo que dice que «el deseo es el padre del pensamiento» y afirmar que «el miedo es la madre del suceso».

Por irónico que parezca, así como el miedo provoca lo que se teme, la intención excesiva impide realizar lo que se desea. Esta intención excesiva —«hiperintención», en logoterapia— se observa sobre todo en casos de neurosis sexual. Cuanto más se empeña un hombre en demostrar su potencia sexual, o una mujer en sentir un orgasmo, menos posibilidades tienen de éxito. El placer es, y así debe seguir siendo, un efecto secundario, y se destruye o malogra si se hace de él un fin en sí mismo.

Además de la intención excesiva, como acabamos de describir, también la atención excesiva —«hiperreflexión», en logoterapia— puede resultar patógena (es decir, causar enfermedades). Con el siguiente informe clínico ilustraré lo que quiero decir. Una joven acudió a mi consulta a causa de su frigidez. Su padre había abusado de ella cuando era una niña. Sin embargo, la historia clínica evidenció que esa traumática experiencia no desencadenó una neurosis sexual. La paciente había leído varios trabajos de divulgación de psicoanálisis y dedujo que necesariamente esa traumática experiencia infantil tenía que acarrearle consecuencias nefastas. Durante años vivió temerosa ante la sexualidad. Esta ansiedad anticipatoria se resolvía tanto en la excesiva intencionalidad de confirmar su feminidad como en la excesiva atención a sí misma, no a su compañero. Esa tensión resultaba suficiente para privarla del placer sexual, ya que para la paciente el orgasmo era un objeto de atención y de intención, no un efecto de la entrega. Tras unas pocas

sesiones de logoterapia, la atención e intención excesivas de la paciente sobre su capacidad de experimentar el orgasmo se hicieron «de-reflexivas» (otro término de la logoterapia). Cuando la paciente recodificó su atención hacia el objeto apropiado —su compañero—, alcanzaba el orgasmo espontáneamente.[10]

La logoterapia fundamenta su técnica denominada «intención paradójica» en un doble principio: por un lado, el miedo provoca precisamente aquello que se teme; por otro, la hiperintención impide la realización del efecto que se desea.[11] Con la intención paradójica se invita al paciente fóbico a realizar precisamente lo que teme, al menos por un momento o por una vez.

Recordaré otro caso. Un joven médico me consultó sobre su temor a transpirar. Siempre que tenía miedo a transpirar la ansiedad anticipatoria era suficiente para precipitar la sudoración. Para cortar este proceso tautológico, aconsejé al paciente que, cuando empezara a transpirar, decidiera deliberadamente mostrar a la gente cuánto era capaz de sudar. Una semana más tarde me informó de que había conseguido, al encontrarse frente personas que desencadenaban su ansiedad anticipatoria, decirse a sí mismo: «Antes sudaba un cuarto de litro; ahora voy a sudar más de diez». En una sesión de logoterapia, y en una semana, se libró de una fobia sufrida durante años.

El lector advertirá que este procedimiento consiste en invertir la actitud del paciente: su temor se ve reemplazado por un deseo paradójico. Con este tratamiento, el viento se aleja de las velas de la ansiedad.

Ahora bien, este procedimiento debe aprovechar la capacidad específicamente humana de distanciarse de sí mismo, esa capacidad de distanciarse de sí mismo es un efecto inherente al sentido del humor y se actualiza siempre que se aplica la técnica logoterapéutica denominada «intención paradójica». Al mismo tiempo, capacita al paciente para distanciarse de su propia neurosis. Gordon W. Allport escribió: «El neurótico que aprende a reírse de sí mismo puede estar en camino de gobernarse a sí mismo, tal vez de curarse».[12] La intención paradójica es la constatación empírica y la aplicación clínica de esa afirmación de Allport.

Unos cuantos casos más quizá ayuden a explicar mejor este método. Expondré la historia de un paciente que había sido tratado por diferentes doctores en varias clínicas sin obtener ningún avance terapéutico. Cuando me visitó se encontraba al límite de la desesperación, casi al borde del suicidio. Era contable, llevaba años padeciendo el calambre de los escribientes, y corría grave riesgo de perder su empleo por la frecuencia e intensidad de las crisis. La situación aconsejaba una terapia breve e inmediata, casi una curación repentina. Para iniciar el tratamiento, mi ayudante recomendó al paciente que hiciera justo lo contrario de lo que venía haciendo; es decir, garabatear, en lugar de tratar de escribir con la mayor pulcritud. Se le aconsejó que se repitiera a sí mismo: «Ahora

voy a demostrar a todo el mundo lo buen chupatintas que soy». Al intentar garabatear le resultaba imposible hacerlo. «Intenté hacer garabatos, pero no pude; así de sencillo», nos dijo al día siguiente. En cuarenta y ocho horas remitió el dolor del calambre del escribiente y así continuó en observación después del tratamiento. Hoy es un hombre feliz y trabaja a pleno rendimiento.

Un colega del Departamento de Laringología del Hospital Policlínico de Viena me contó un caso parecido, pero referente al habla. Era uno de los casos más severos de tartamudeo de sus muchos años de práctica médica. El paciente no recordaba ninguna situación en la que se sintiera libre de su tartamudeo, a excepción de una ocasión, cuando tenía doce años y se coló en el autobús. Cuando el conductor lo descubrió, se le ocurrió la estratagema de ganarse su simpatía para evitar la multa y se presentó como un pobre muchacho tartamudo. En ese instante, al intentar tartamudear, no pudo hacerlo. Sin darse cuenta, había puesto en práctica la intención paradójica, aunque sin propósitos terapéuticos.

Esta relación de historias clínicas podría inducir a pensar que la intención paradójica es eficaz solo en los casos monosintomáticos. Sería una apreciación errónea. Con esta técnica logoterapéutica mi equipo del Hospital Policlínico de Viena ha conseguido curar neurosis obsesivo-compulsivas en los grados más graves y pertinaces. Me referiré, por ejemplo, a una mujer de sesenta y cinco años con una persistente y severa obsesión por la limpieza desde los cinco. Era un caso tan grave que llegué a plantearme practicarle una lobotomía como último recurso. No obstante, mi ayudante comenzó el tratamiento logoterapéutico con la técnica de la intención paradójica, y a los dos meses la paciente ya llevaba una vida normal. Antes de ser admitida en la clínica nos había confesado: «La vida es un infierno para mí». Disminuida por su compulsión y su obsesión bacteriofóbica, no se levantaba de la cama, incapaz de realizar ninguna tarea doméstica. No sería exacto afirmar que hoy está completamente libre de sus síntomas, pues todavía puede ser presa de alguna obsesión, pero ahora es capaz de «reírse de ella», según sus propias palabras; es decir, es capaz de autoaplicarse la intención paradójica.

La intención paradójica también se aplica en los casos de trastorno del sueño. El temor al insomnio[13] produce una hiperintención por quedarse dormido que, a su vez, impide al paciente lograrlo. Con el fin de superar ese miedo aconsejo al paciente que se resista a dormir, que permanezca despierto. En otras palabras, la hiperintención de quedarse dormido, nacida de la ansiedad anticipatoria de no conseguirlo, debe reemplazarse por la intención paradójica de no quedarse dormido, a la que seguramente seguirá pronto el sueño.

La intención paradójica no es una panacea, pero sí un instrumento útil en el tratamiento de las situaciones obsesivas, compulsivas y fóbicas, en especial cuando

subyace la ansiedad anticipatoria. Además, constituye una estrategia terapéutica de efectos a corto plazo; pero no debe concluirse que en una terapia a corto plazo los efectos terapéuticos son solo temporales. «Una de las ilusiones más comunes de la ortodoxia freudiana —escribía el desaparecido Emil A. Gutheil— es que la durabilidad de los resultados se corresponde con la duración de la terapia».[14] En mis archivos consta el informe de un paciente a quien se aplicó la intención paradójica hace más de veinte años y aún permanecen sus efectos terapéuticos.

Otro hecho digno de tenerse en cuenta es la efectividad de la intención paradójica al margen de la etiología del caso. Esto confirma los planteamientos de Edith Weisskopf-Joelson: «Aunque la terapia tradicional ha insistido en que las prácticas terapéuticas deben fundamentarse en bases etiológicas, es muy posible que determinados factores puedan ser causa de neurosis durante la temprana niñez, y que factores totalmente diferentes puedan curar esas neurosis en la edad adulta».[15]

Con frecuencia lo que se presenta como una causa de neurosis (los complejos, los conflictos y los traumas) no son causas, sino síntomas de la neurosis. El arrecife que se descubre con la marea baja no es la causa de la marea baja; por el contrario, la marea baja hace visible el arrecife. Ahora bien, ¿qué es la *melancolía* sino una especie de anormal marea baja? ¿Y los típicos sentimientos de culpa que surgen en las «depresiones endógenas» —no confundirlas con las neuróticas— son la causa de esta modalidad especial de depresión? Al contrario: la marea baja emocional deja ver los sentimientos de culpa, se limita a sacarlos a la superficie consciente.

En cuanto a la verdadera causa de las neurosis, además de sus elementos constitutivos —sean de naturaleza psíquica o somática—, parece que los mecanismos retroactivos de la ansiedad anticipatoria constituyen un importante factor patógeno. A un síntoma concreto le corresponde una fobia; la fobia desencadena de nuevo el síntoma y este, a su vez, refuerza la intensidad de la fobia. Una cadena similar se observa en los casos obsesivo-compulsivos, cuando el paciente lucha con las ideas que lo acosan.[16] Con este proceder, esas ideas incrementan su poder sobre el paciente, puesto que la presión precipita una contrapresión. ¡Otra vez queda reforzado el síntoma! Contrariamente, si el paciente deja de enfrentarse a sus obsesiones e intenta ridiculizarlas procediendo con ironía —al aplicar la intención paradójica—, *se rompe el círculo vicioso:* el síntoma remite, se debilita y finalmente se atrofia. Y si el paciente no se halla inmerso en un vacío existencial que provoque el síntoma, no solo conseguirá ridiculizar su temor neurótico, sino ignorarlo por completo.

Como vemos, la ansiedad anticipatoria debe contraatacarse con la intención paradójica; la hiperintención y la hiperreflexión se combaten con la «de-reflexión»; no obstante, solo es posible con un cambio de orientación del paciente hacia su vocación

específica y su misión en la vida.[17]

El ensimismamiento del neurótico, ya sea en forma de conmiseración o de desprecio, jamás es capaz de romper el círculo vicioso. La clave de la curación se halla en la autotrascendencia, en la trascendencia de uno mismo.

LA NEUROSIS COLECTIVA

Cada época tiene su propia neurosis colectiva. Y cada época precisa su propia psicoterapia para vencerla. El vacío existencial es la neurosis colectiva más frecuente en nuestro tiempo. Se la describe como una forma privada y personal de nihilismo, y el nihilismo se define por la radical negación de sentido del hombre. Por eso la psicoterapia no podrá nunca recomponer esta situación social si no se sitúa fuera de la influencia de la filosofía nihilista; de no ser así, en lugar de un recurso para su curación representaría un síntoma más de la neurosis colectiva. La psicoterapia no solo sería reflejo de la filosofía nihilista, sino que —involuntariamente— trasmitiría al paciente una caricatura del hombre, no su verdadera imagen.

Existe un grave riesgo en la enseñanza de la teoría de la «nada» del hombre, la teoría de que el hombre es resultado de las condiciones biológicas, psicológicas y sociológicas, o dicho de otra forma, producto de la herencia y del ambiente. Esta concepción del hombre lo convierte en un robot, no en un ser humano. El fatalismo neurótico se alimenta y fortalece por una psicoterapia que niega la libertad del hombre.

Sin duda el hombre es un ser finito y su libertad está limitada. No se trata, pues, de liberarse de los condicionantes (biológicos, psíquicos, sociológicos), sino de la libertad para adoptar una postura personal frente a esos condicionantes. Ya lo afirmé con claridad en cierta ocasión:[18] «Como profesor de dos disciplinas, neurología y psiquiatría, soy plenamente consciente de que el hombre está sujeto a las condiciones biológicas, psicológicas y sociales. Pero, además de profesor en estos dos campos, soy superviviente de otros cuatro —de concentración, se entiende—, y como tal quiero testimoniar el incalculable poder del hombre para desafiar y luchar contra las peores circunstancias que quepa imaginar».

CRÍTICA AL PANDETERMINISMO

Se acusa con frecuencia al psicoanálisis de ser un pansexualismo. Personalmente dudo de que tal reproche sea legítimo. No obstante, considero que el psicoanálisis postula algo

aún más equivocado y peligroso que el pansexualismo, a saber, aquello que llamo «pandeterminismo». Con esta expresión aludo a la visión del hombre que niega su capacidad para asumir posturas personales ante las circunstancias, sean las que sean. El hombre no está completamente condicionado y determinado; al contrario, él decide si cede ante las circunstancias o se enfrenta a ellas. En otras palabras, el hombre se determina a sí mismo, no se limita a existir, sino que decide cómo será su existencia, en qué se convertirá en el próximo minuto.

Por la misma razón, todo ser humano posee la libertad de cambiar en cada instante. Podemos predecir el futuro de un hombre en el marco de un estudio estadístico, pero su personalidad es impredecible. La base de cualquier predicción viene conjugada por las condiciones biológicas, psicológicas o sociológicas. Sin embargo, uno de los rasgos principales de la existencia humana es, precisamente, la capacidad para elevarse por encima de esas condiciones y trascenderlas. Análogamente, en última instancia, el hombre se trasciende a sí mismo, es un ser autotrascendente.

Permítanme citar el caso del doctor J. Es el único hombre con el que me he cruzado al que me atrevería a calificar de mefistofélico, un ser diabólico. En aquella época se lo conocía como «el asesino de masas de Steinhof», el gigantesco hospital psiquiátrico de Viena. Fue el encargado de poner en práctica el programa de eutanasia prescrito por los nazis, labor que desempeñó con tal fanatismo que ningún psicótico escapó a la cámara de gas. Cuando regresé a Viena, después de la guerra, me interesé por la suerte del doctor J. «Los rusos lo mantenían prisionero en una celda de aislamiento de Steinhof —me informaron—. Pero un día la puerta de su celda apareció abierta y nunca se volvió a saber nada de él». Todo parecía indicar que, como a muchos otros, sus camaradas lo habrían ayudado a escapar y estaría rumbo a Sudamérica.

Años después visitó mi consulta un antiguo diplomático austríaco, prisionero tras el telón de acero durante muchos años, primero en Siberia y después en la famosa prisión Lubianka de Moscú. Mientras cumplimentaba su examen neurológico, de repente me preguntó si había conocido al doctor J. Al contestarle que sí, dijo: «Coincidí con él en Lubianka. Murió allí de cáncer de próstata, a los cuarenta años. Pero antes de morir fue el mejor compañero, casi ejemplar. Consolaba a todo el mundo. Mantenía un comportamiento impecable. Ha sido el mejor amigo que he tenido en mis largos años de cautiverio».

Esta es la historia del doctor J., «el asesino de masas de Steinhof». ¡Cómo predecir el comportamiento humano! Somos capaces de adivinar los movimientos de una máquina o de un autómata; incluso se pueden predecir los mecanismos o los «dinamismos» de la *psique* humana. Pero el hombre es más que *psique.*

Al parecer, el pandeterminismo es una enfermedad infecciosa que los educadores nos

han inoculado; sucede lo mismo con muchos adeptos a las religiones, que no perciben que de ahí entresacan las bases más hondas de sus propias convicciones. Pues, o bien se reconoce la libertad del hombre a favor o en contra de Dios, a favor o en contra de los hombres, o toda religión es un espejismo y toda educación una ilusión. Ambas presuponen la libertad del hombre; en caso contrario, partirían de una concepción errónea.

Pero la libertad no es la última palabra. La libertad es una parte de la historia y la mitad de la verdad. La libertad es la cara negativa de cualquier fenómeno humano, cuya cara positiva es la responsabilidad. De hecho, la libertad corre peligro de degenerar en mera arbitrariedad, salvo si se ejerce en términos de responsabilidad. Por eso *yo aconsejo que la estatua de la Libertad en la costa este de los Estados Unidos se complemente con la estatua de la Responsabilidad en la costa oeste.*

EL CREDO PSIQUIÁTRICO

No es concebible una situación que condicione al hombre de tal modo que lo prive de la mínima libertad. Por consiguiente, al neurótico y aun al psicótico les queda también un resquicio de libertad, por pequeño que sea. La psicosis no roza siquiera el núcleo íntimo de la personalidad del paciente. Recuerdo a un hombre de unos sesenta años que padecía alucinaciones auditivas desde hacía décadas. En su entorno estaba considerado unánimemente como un idiota y a mí me pareció una personalidad derrumbada. Y sin embargo, ¡qué extraño encanto irradiaba aquel hombre! De niño había querido ser sacerdote, pero tuvo que conformarse con cantar los domingos por la mañana en el coro de la iglesia. Vino a la consulta acompañado de su hermana; ella me informó de que a veces se excitaba muchísimo, pero antes de estallar se dominaba. Me interesó mucho la psicodinámica que acompañaba a este caso, pues sospechaba una fuerte fijación del paciente por su hermana. Le pregunté qué hacía para controlarse: «Por quién lo hace». Tardó unos segundos en contestar: «Lo hago por Dios». En ese instante afloró lo más profundo de su personalidad, una auténtica vida religiosa, a pesar de la pobreza de su formación intelectual.

Un psicótico incurable quizá pierda la capacidad de ser útil, pero conserva la dignidad del ser humano. Tal es mi credo psiquiátrico.[19] Sin esta convicción no merecería la pena ejercer la psiquiatría. ¿A santo de qué? ¿Por consideración a una máquina cerebral dañada que no se puede reparar? Si el paciente fuera solo eso, estaría plenamente justificada la eutanasia.

Durante mucho tiempo —medio siglo— la psiquiatría ha tratado de interpretar la mente humana como un mecanismo y, en consecuencia, la terapia de la enfermedad mental ha sido meramente una técnica. En mi opinión ese sueño ha llegado a su fin. Frente a los esbozos de la medicina psicologizada, en el nuevo horizonte se vislumbra una psiquiatría humanizada.

Los médicos que persisten en desempeñar su papel clínico como técnicos deberían reconocer que estudian a sus pacientes como máquinas, prescindiendo del ser humano que se esconde detrás de la enfermedad.

El ser humano no es un objeto más entre otros; las *cosas* se determinan unas a otras, pero el *hombre*, en última instancia, es su propio determinante. Lo que alcance a ser —considerando las limitaciones de su capacidad y su entorno— tiene que construirlo él mismo. En los campos de concentración, en aquel laboratorio vivo, en aquel banco de pruebas, observamos y fuimos testigos de la actitud de nuestros compañeros: mientras unos se comportaron como cerdos, otros lo hicieron como santos. El hombre goza de ambas potencialidades. De sus decisiones, y no tanto de las condiciones, depende cuál de las dos sale a la luz.

Nuestra generación es muy realista, pues, después de todo, hemos llegado a conocer al hombre en estado puro. El hombre es ese ser capaz de inventar las cámaras de gas de Auschwitz, pero también es el ser que ha entrado en esas mismas cámaras con la cabeza erguida y el *Padrenuestro* o el *Shemá Israel* en los labios.

OTRAS OBRAS DE VIKTOR FRANKL

OBRAS EN ESPAÑOL

Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia [Das Leiden am sinnlosen Leben], Barcelona, Herder, [1/11]2010.

Búsqueda de Dios y sentido de la vida. Diálogo entre un teólogo y un psicólogo [Gottsuche und Sinnfrage. Ein Gespräch], con Pinchas Lapide, Barcelona, Herder, [2]2012.

El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia [Der leidende Mensch. Anthropologische Grundlagen der Psychotherapie], Barcelona, Herder, [1/7]2009.

El hombre en busca del sentido último [Man's Search for Ultimate Meaning], Barcelona, Paidós Ibérica, [1/2]2012.

En el principio era el sentido [Im Anfang war der Sinn], con Franz Kreuzer, Barcelona, Paidós Ibérica, 2014.

Escritos de juventud 1923-1942 [Frühe Schriften: 1923-1942], edición preparada por Gabriele Vesely-Frankl, con un prólogo de Eugenio Fizzotti, Barcelona, Herder, 2007.

Fundamentos y aplicaciones de la logoterapia [The Will to Meaning], Barcelona, Herder, 2012.

La idea psicológica del hombre [Das Menschenbild der Seelenheilkunde], Madrid, Rialp, 1999.

La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión [Der unbewusste Gott], Barcelona, Herder, [2/3]2012.

La psicoterapia al alcance de todos. Conferencias radiofónicas sobre terapéutica psíquica [Psychotherapie für den Alltag], Barcelona, Herder, [6/2]2010.

La psicoterapia en la práctica clínica. Una introducción casuística para médicos [Die Psychotherapie in der Praxis], Barcelona, Herder, 2014.

La psicoterapia y la dignidad de la existencia, Buenos Aires, Almagesto, 1991.

La voluntad de sentido. Conferencias escogidas sobre logoterapia [Der Wille zum Sinn. Ausgewählte Vorträge über Logotherapie], Barcelona, Herder, [1/5]2012.

Lo que no está escrito en mis libros. Memorias [Was nicht in meinen Büchern steht. Lebenserinnerungen], Buenos Aires, San Pablo, 2006.

Logoterapia y análisis existencial. Textos de cinco décadas [Logotherapie und Existenzanalyse], Barcelona, Herder, [2/2]2011.

Psicoanálisis y existencialismo [Ärztliche Seelsorge], México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Psicoterapia y existencialismo. Escritos selectos sobre logoterapia [Psychotherapy and Existentialism], Barcelona, Herder, [2/2]2011.

Psicoterapia y humanismo. ¿Tiene un sentido la vida? [The Unheard Cry for Meaning], México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Sincronización en Birkenwald. Una conferencia metafísica [Synchronisation in Birkenwald. Eine metaphysische Conference], Barcelona, Herder, 2013.

Teoría y terapia de las neurosis. Iniciación a la logoterapia y al análisis existencial [Theorie und Therapie der Neurosen], Barcelona, Herder, 2008.

INFORMACIÓN ADICIONAL

El hombre en busca de sentido es el estremecedor relato en el que Viktor Frankl nos narra su experiencia en los campos de concentración.

Durante todos esos años de sufrimiento, sintió en su propio ser lo que significaba una existencia desnuda, absolutamente desprovista de todo, salvo de la existencia misma. Él, que todo lo había perdido, que padeció hambre, frío y brutalidades, que tantas veces estuvo a punto de ser ejecutado, pudo reconocer que, pese a todo, la vida es digna de ser vivida y que la libertad interior y la dignidad humana son indestructibles. En su condición de psiquiatra y prisionero, Frankl reflexiona con palabras de sorprendente esperanza sobre la capacidad humana de trascender las dificultades y descubrir una verdad profunda que nos orienta y da sentido a nuestras vidas.

La logoterapia, método psicoterapéutico creado por el propio Frankl, se centra precisamente en el sentido de la existencia y en la búsqueda de ese sentido por parte del hombre, que asume la responsabilidad ante sí mismo, ante los demás y ante la vida. ¿Qué espera la vida de nosotros?

El hombre en busca de sentido es mucho más que el testimonio de un psiquiatra sobre los hechos y los acontecimientos vividos en un campo de concentración, es una lección existencial. Traducido a medio centenar de idiomas, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo. Según la Library of Congress de Washington, es uno de los diez libros de mayor influencia en Estados Unidos.

INFORMACIÓN DEL AUTOR

Viktor E. Frankl (1905-1997) es uno de los referentes más destacados de la psicología del siglo XX. Doctorado en Medicina y Filosofía por la Universidad de Viena, fundó la Logoterapia, denominada la Tercera Escuela Vienesa de Psicoterapia.

En 1942, en pleno apogeo de los nazis, él y su familia fueron hechos prisioneros e internados en los campos de concentración. Fue precisamente esta experiencia la que lo llevaría a desarrollar su teoría psicológica basada en el existencialismo.

Tras sobrevivir al Holocausto, fue profesor de Neurología y Psiquiatría en la Universidad de Viena y obtuvo la cátedra de Logoterapia en la Universidad Internacional de San Diego, California. Impartió conferencias en universidades de todo el mundo y 29

de ellas le otorgaron el título de doctor *honoris causa*. Galardonado con numerosos premios, entre ellos el Oskar Pfister Award de la American Psychiatric Association, fue miembro de honor de la Academia Austriaca de las Ciencias.

Notas

Prefacio

1. «Y resulta significativo cómo estas muertes individuales, personales, todas trágicas, pero distintas, pesan mucho más, influyen mucho más en nuestra sensibilidad que los millones de muertos anónimos reflejados en las estadísticas» (Primo Levi, prólogo al libro de Liana Millu *El humo de Birkenau* [Barcelona, Acantilado, 2005]). «Referirse al Holocausto por medio de cifras (seis millones), como se hace con frecuencia, implica deshumanizar de modo involuntario a las víctimas y trivializar lo profundamente humano de dicha tragedia. Los números transforman a las víctimas en una masa fungible de cuerpos anónimos y despojados de alma, en lugar de verlas como los seres humanos individuales que alguna vez fueron. Todos los que hemos vivido el Holocausto tenemos una historia personal digna de ser narrada, aunque sea por el mero hecho de ponerle rostro humano a la experiencia» (Thomas Buergenthal, *Un niño afortunado*, Barcelona, Plataforma, 2008, pp. 10-11).

2. Las citas textuales de Frankl irán entre comillas o bien marginadas y en cuerpo menor; especialmente las que se refieren a este libro. La casi totalidad de las referencias a la biografía de Frankl corresponden a uno de estos tres libros, o a los tres: Viktor E. Frankl, *Lo que no está escrito en mis libros*, Buenos Aires, San Pablo, 1997; Alfried Längle, *Viktor Frankl. Una biografía*, Barcelona, Herder, 2000; Haddon Klingberg Jr., *La llamada de la vida (la vida y la obra de Viktor Frankl)*, Barcelona, RBA, 2002.

3. Cuenta este suceso en varios de sus libros: *El hombre en busca de sentido* (en dos ocasiones); *Logoterapia y análisis existencial; Homo patiens.*

4. No supone una exageración afirmar que la ruptura del manuscrito podría significar la desaparición de esa obra. Recuérdese los escasos y anticuados medios de reproducción de los años cuarenta. Un escrito conllevaba una laboriosa transcripción a máquina, con escaso margen para subsanar errores o realizar retoques; y tan solo se podía aspirar a una copia —de malísima calidad— en papel carbón.

5. En *Psicoanálisis y existencialismo* recoge lo principal y representativo de su pensamiento: a) la agria polémica sostenida con Freud y Adler, también sus discrepancias con Jung; b) la crítica-superación del psicoanálisis y, en concreto, la superación del psicologismo de la psicología individual de Adler; c) el método y la técnica de la logoterapia; d) los principios inspiradores de su antropología médica (análisis existencial).

6. Uno de sus íntimos amigos, Joan Baptista Torelló, me comentó en cierta ocasión que la personalidad de Frankl trasmitía tal serenidad y alegría que, si alguien no conocía su historia, no podría ni sospechar que estuviera ante un superviviente de cuatro campos de concentración nazis. Pero también Frankl reconocía, pasados los ochenta años, que las noches de dormir inquieto —por cualquier causa— invariablemente soñaba de nuevo con el *Lager*.

7. Giselher Guttmann, Catedrático de Psicología General y Experimental de la Universidad de Viena, registra minuciosamente las ediciones del libro en los distintos idiomas y el número de ejemplares; es tal el

volumen que resulta imposible estar al día en sus anotaciones. El mismo Frankl aseguró hace dos décadas (1992) que *El hombre en busca de sentido* había vendido en Estados Unidos más de nueve millones de ejemplares en setenta y nueve ediciones. Se puede actualizar esta información en el Instituto Viktor Frankl de Viena. Aunque el dato más palmario de su abultada difusión universal lo proporciona el número de traducciones y ediciones actuales; en varios países, de vez en cuando, se sitúa en los primeros puestos de ventas entre los libros de pensamiento: ¡setenta años después de su primera edición!

---

8. Es tan decido el enfoque psiquiátrico que Frankl pretende infundir al libro que hasta él mismo señala el posible riesgo de subjetivismo al apoyar su argumentación en situaciones y experiencias personales. Repara en ello y lo advierte: «Dejo a otros autores la tarea de despersonalizar este texto para poder obtener teorías objetivas a partir de experiencias subjetivas».

---

9. Por ejemplo, Frankl publicó en una revista científica, en 1939, los principios y las técnicas de la logoterapia. En cierta ocasión, en el campo, ensaya esos principios adecuándolos a las circunstancias anímicas de los prisioneros en un barracón: ¡pero no fue al revés! De la misma manera procede con sus otras intervenciones psicológicas, como puede comprobarse en los siguientes apartados: «Algo nos espera»; «Una palabra a tiempo»; «Cura médica de almas». Frankl reafirma esta intencionalidad: «Siempre que se podía se aplicaban en el campo fundamentos de psicoterapia o psicohigiene, tanto individual como colectivamente».

---

10. Resulta vital reconocer esta secuencia y esta cronología en la formación del pensamiento antropológico y psiquiátrico de Frankl. No se corresponde con la verdad de los hechos afirmar que Frankl dedujo su doctrina sobre el hombre tras su paso por los campos de concentración. Incluso, en algunos círculos, esa afirmación puede debilitar su prestigio como psicólogo, pues considerarían sus aportaciones como unas meras intuiciones o aforismos al hilo de unos cuantos sucesos autobiográficos.

---

11. En una difundida entrevista concedida a Franz Kreuzer, el mismo Frankl afirma que el *sentido de la vida* es una noción clave de su pensamiento, con la que se asocia su teoría sobre el hombre. Esa entrevista está recogida en el libro *En el principio era el sentido* (Barcelona, Paidós Ibérica, 2014).

---

12. El término «espiritualidad» se utiliza en su sentido técnico. No debe confundirse con la espiritualidad o religiosidad explícita de la persona. Para evitar ese posible malentendido, Frankl acuñó un neologismo: *noológico*. Con frecuencia, en vez de referirse a la dimensión espiritual del hombre, utiliza la expresión *dimensión noológica*. Frankl explica el correcto significado de lo espiritual en los apartados «Neurosis noógena» y «Noodinámica», en la segunda parte de este libro.

---

13. Para que los quehaceres habituales se conviertan en sentido han de cumplir con la nota de trascender o autotrascender, y autotrascender implica «dirigirse hacia algo o alguien distinto de uno mismo, bien sea para realizar un valor, bien para alcanzar un sentido o para encontrar a otro ser humano».

---

14. Tomado del libro *En el principio era el sentido*.

Primera parte. Un psicólogo en un campo de concentración

---

1. Acrónimo de *Kameradenpolizei* (prisioneros que colaboraban con las tareas represivas y de control del campo). *(N. del E.)*

---

2. *Lager*, en alemán, significa «campamento», entre otras cosas. Después de la Segunda Guerra Mundial, tras los horrores del nazismo, designa los campos de exterminio. *(N. del E.)*

Primera fase. Internamiento en el campo

---

1. Se los llamaba así porque adoptaban una postura que, a la distancia, recordaba a la de los árabes en oración. *(N. del E.)*

Segunda parte Conceptos básicos de logoterapia

---

1. Viktor Frankl, *The Unheard Cry for Meaning: Psychotherapy and Humanism,* Nueva York, Washington Square Press, 1984. *(N. del E.)*

---

2. Era la primera versión de mi primer libro, cuya traducción inglesa fue publicada por Alfred A. Knopf, en Nueva York, en 1955, con el título *The Doctor and the Soul: an Introduction to Logotherapy*. [La traducción al castellano la publicó en 1950 el Fondo de Cultura Económico de México, con el título *Psicoanálisis y existencialismo*].

---

3. Magda B. Arnold y John A. Gasson, *The Human Person*, Nueva York, Ronald Press, 1954, p. 618.

---

4. Fenómeno que se produce como consecuencia de un fenómeno primario anterior.

---

5. Edith Weisskopf-Joelson, «Some Comments on a Viennese School of Psychiatry», *The Journal of Abnormal and Social Psychology* 51 (1955), pp. 701-703.

---

6. Edith Weisskopf-Joelson, «Logotherapy and Existential Analysis», *Acta Psychotherapeutica, Psychosomatica et Orthopaedagogica*, vol. 6 (1958), pp. 193-204.

---

7. Plegaria por los difuntos.

---

8. Murieron únicamente por la santificación del nombre de Dios.

---

9. «Tú has notado las sendas de mi exilio, y en tu odre mis lágrimas tienes recogidas. ¿Pues no están en tu libro consignadas?» (Sal 56,9).

---

10. Para tratar los casos de impotencia sexual, la logoterapia ha desarrollado una técnica fundamentada

en la teoría de la «hiperintención» y la «hiperreflexión», como se ha descrito en Viktor Frankl, «The Pleasure Principle and Sexual Neurosis», *The International Journal of Sexology*, vol. 5, n.º 3 (1952), pp. 128-130. Por supuesto, en este resumen de los principios de la logoterapia no hay espacio para una explicación detallada.

---

11. Lo describí en 1939 en «Zur medikamentösen Unterstützung der Psychotherapie bei Neurosen», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie* 43, pp. 26-31.

---

12. Gordon W. Allport, *The Individual and His Religion*, Nueva York, MacMillan, 1956, p. 92.

---

13. El temor al insomnio se debe, en la mayoría de los casos, al desconocimiento del paciente de que el organismo exige la mínima cantidad de sueño que necesita.

---

14. Emil A. Gutheil, *American Journal of Psychotherapy* 10 (1956), p. 134.

---

15. Edith Weisskopf-Joelson, «Some Comments on a Viennese School of Psychiatry», *op. cit.*, pp. 701-703.

---

16. Esto se debe al miedo del paciente a que sus obsesiones lo induzcan a una psicosis inminente o incluso ya efectiva; el paciente desconoce el hecho empírico de que la neurosis obsesivo-compulsiva lo inmuniza contra la psicosis formal, más que exponerlo a caer en ella.

---

17. Allport comparte esta convicción: «A medida que el foco del problema se reorienta hacia objetivos ajenos al yo del paciente, la vida en su totalidad se vuelve más plena de sentido, incluso aunque la neurosis no desaparezca nunca del todo» (*The Individual and His Religion*, *op. cit.*, p. 95).

---

18. *Value Dimensions in Teaching*, una película en color producida por Hollywood Animators Inc. para la California Junior College Association.

---

19. *Credo psiquiátrico:* «Realmente no existen enfermos "del espíritu", pues el espíritu, la persona espiritual misma, no puede enfermarse y permanece allí, detrás de la psicosis, aun cuando la mirada del psiquiatra apenas la puede distinguir. Yo he calificado esto, alguna vez, como el *credo psiquiátrico:* esta fe en la continuidad de la persona espiritual aun detrás de los síntomas de la enfermedad psicótica; pues si no fuera así, decía yo, no tendría sentido para el médico curar el organismo psicofísico, "repararlo"» *(La voluntad de sentido)*. *Credo psicoterapéutico:* «La fe en esta capacidad del espíritu del hombre, bajo cualquier circunstancia y condición, de desapegarse de lo psicofísico y ubicarse a una distancia fecunda. Si no valiera la pena —de acuerdo con el primer credo, el psiquiátrico— "reparar" el organismo psicofísico, por no ser una persona íntegramente espiritual la que, a pesar de su enfermedad, espera recuperarse, entonces nosotros —de acuerdo con el segundo credo— no estaríamos en condiciones de apelar a lo espiritual en el hombre para que ofrezca su poder de resistencia a lo psicofísico, pues no se daría el antagonismo noopsíquico» *(La voluntad de sentido)*. *(N. del E.)*

Índice